



1. 11. 62 3-2

ARTURO REYES

COSAS de mi Tierra

NOVELAS ANDALUZAS.



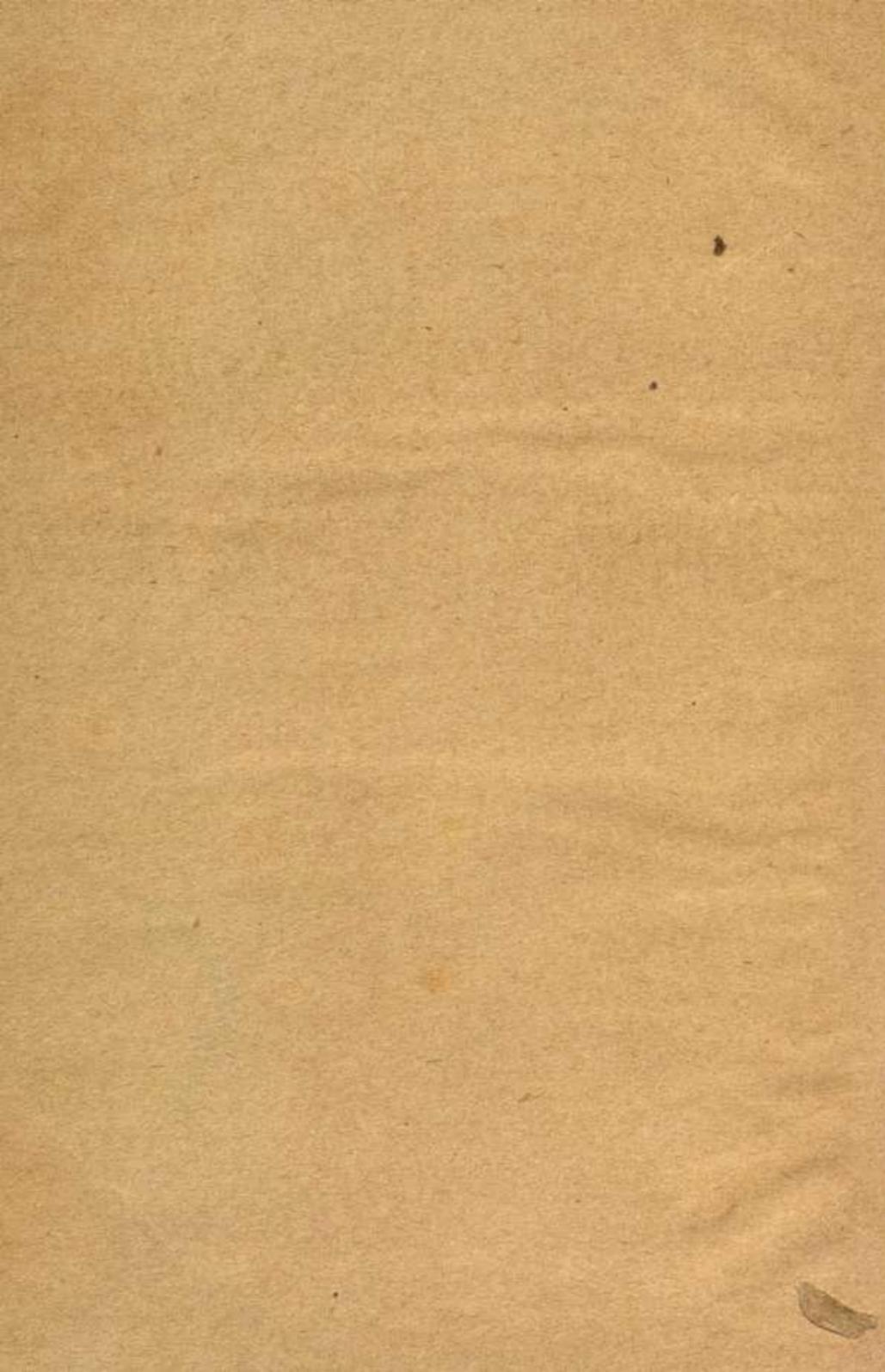
MÁLAGA. R

TIP. DEL DIARIO DE MÁLAGA.
1893.

860-3
REY
COS

Al impreso para
Narciso López de Buenos
Ayres
Compañía del alma
Antonio López

COSAS DE MI TIERRA



ARTURO REYES

COSAS

DE

MI TIERRA

NOVELAS



R. 16.609

1893

TIP. DE EL DIARIO DE MÁLAGA
Niño de Guevara, 2





Cuatro palabras

A MIS LECTORES

No hace muchos días, un conocido escritor y consecuente amigo mío me decía, refiriéndose al desenlace, casi siempre trágico, de las novelas cortas del presente volumen, que, tanto Salvador Rueda como yo, oficiábamos, en nuestros libros, como sistemáticos detractores de nuestra querida tierra natal, y me aconsejaba el sacrificio de estas escenas sangrientas en honor de la reputación de nuestra zona.

Agradezco con toda el alma el consejo al amigo, porque conozco la buena fé que lo inspira; pero respecto á la injustificada acusación voy á permitirme algunas observaciones que más tarde me sería imposible hacer, sin grave riesgo de ser tildado de vanidoso; y conste que si en vez de atacar el sistema hubiera atacado la for-

PRÓLOGO

ma mi referido amigo, no elevaría como elevo hoy hasta vosotros esta especie de recurso de alzada apelando del fallo de tan distinguido publicista.

La novela moderna, cuyos gloriosos oriflamos tan brillantemente hacen flamear tantos y tan famosos escritores acaudillados por Zola y Daudet en Francia, Tolstoi y Gogol en Rusia; Farina y D'Amicis en Italia, y Galdós y Pereda en nuestro país; la novela moderna, que al conjuro del trío inmortal del naturalismo, Balzac, Flaubert, Goncourt, de esos tres poderosos innovadores, rompe arrolladora las hondas raíces del romanticismo imperante y se presenta aún ante nuestros ojos con los bruscos perfiles y la parcial escasez de pulimento del molde nuevo todavía, hasta que Zola, ese maravilloso artífice, cincela y purifica la obra y arroja de su trono á Margarita Gautier, esa esplendente idealidad del vicio redimido por el amor y nos traduce á Nana, esa viva reproducción del desenfreno, y á la par que nos señala sus carnes corroídas por el cáncer, nos muestra cómo nace, cómo germina, cómo se desenvuelve la lepra en el alma de la mujer arrojada al fango, y los motivos que se acumulan para producir la catástrofe: la novela moderna, cuya misión es reproducir en el libro la vida real y trasladar á sus páginas al personaje escogitado por el observador en el vasto escenario del mundo, sin des-

pojarlo de ninguna sus facultades fisio-psicológicas y embelleciendo sus tonalidades con la luz propia, con ese reflejo inmaterial que hace gritar á Goethe «Verdad y Poesía:» la novela moderna, que exige, no las vertiginosas lucubraciones del soñador, no las olímpicas concepciones del clasicismo mitológico, no las tendencias de los sectarios de la Verdad única en al arte, sino la fé doctrinal del purista, que al reproducir la verdad deja en ella el tipo de sus sensibilidades y el reflejo de su inteligencia; la novela moderna no debe, pese á la opinión de los mantenedores del eclecticismo, supeditar de ningún modo ni su desenvolvimiento ni su acción ni su finalidad á conveniencias regionales, mal, pero muy mal interpretadas.

No es ya sólo en la novela donde se manifiesta la radical transformación. El cánon hierático de la estatuaria gentilica es relegado al olvido por los modernos cinceladores; la pintura ideal agoniza y el artista va á buscar nuevos motivos para sus lienzos, no ya en los pasajes bíblicos, no ya en la región fantástica de los sueños, sino en los purísimos veneros de la realidad viviente; y la música, aun ese arte difuso, rompe los límites de la senda seguida por todos y Wagner le señala más nuevos y amplísimos derroteros.

Uno de nuestros más grandes críticos, el inmortal Revilla, gritó:

«La realidad y nada más que la realidad ha
»de ser el modelo y el maestro del artista y es
»inútil buscar belleza ni goce allí donde no
»aliente el verdadero sentimiento de lo natural
»y lo humano».

Y esto que dijo Revilla en sus entusiasmos artísticos, es el grito de guerra de la moderna generación literaria.

*
* *

Objetarán Vds., lectores míos, que todo esto debe ser tenido en cuenta por los pontífices de la literatura, por los escritores ilustres cuyas obras han de vivir en la posteridad y han de reproducir nuestro estado moral y sociológico en generaciones venideras.

Mirado por ese prisma, tienen Vds. razón; que yo sea ó no convencional importa un arde al mundo, y yo estoy perfectamente convencido de ello; pero yo, que al escribir lo hago por irresistible vocación, yo, que me deleito con la novela moderna y languidezco de hastío con nuestros rutinarios folletinistas, yo quiero, pese á mi pequeñez y á mi insuficiencia, penetrar, aunque tambaleándome de emoción y ciego por tanta luz, en esas brillantes lontananzas, y recorrerlas con ellos; ellos cubiertos de gloria y con el laurel en la frente, y yo pobre y humilde, sumido en la penumbra que ellos proyectan, sin que por esta razón se

me cuelgue el sambenito de hijo ingrato de la tierra que me vió nacer.

Sentado esto, que considero indiscutible, paso al verdadero motivo que ha originado esta carta, prólogo ó aclaración.

El pueblo andaluz, ó mejor dicho, mi pueblo, y me concreto á este porque es el único que he podido estudiar de cerca, pues en el más famoso de sus barrios nací y en él se deslizaron los años primeros de mi vida; este pueblo entusiasta y belicoso, vehemente y apasionado por temperamento, pueblo que acaricia ó que mata, que reza ó que blasfema, este pueblo indolente y soñador, repito, vive constreñido á dos exigencias, una inherente á la especie, la otra adquirida en el medio ambiente educativo en que se desarrolla. Estas dos exigencias son el amor y la valentía. Amar mucho y ser valiente, he aquí las dos grandes aspiraciones de este pueblo poeta que lleva tan arraigado el germen del romanticismo andaluz en sus entrañas, que en sus instantes de vértigo iracundo, podrá blasfemar de Dios, porque es varón, pero nunca de la Virgen, porque se acuerda de su madre y de su novia.

Estos dos grandes motores originan los frecuentes crímenes que han dado sangrienta reputación á los hijos de este pueblo.

No es preciso recurrir á la estadística homicida, ni rebuscar entre expedientes procesales

PRÓLOGO

las impelentes de estas terribles escenas. «Porque yo soy más hombre que tú.» «Porque yo no quiero que mires á esa mujer», hé aquí las sistemáticas causas que hacen á un hombre llegar, sonriendo, á la muerte ó al presidio.

Yo he hojeado á título de curiosidad gran número de expedientes sumariales, en casa de uno de nuestros más distinguidos poetas y notable jurisconsulto, criminalista á la vez, y en la mayoría de ellos, los celos y el orgullo salvaje, lo que ellos en su *argot* califican de *negra honrilla*, han sido los elementos germinadores de las tragedias llevadas á cabo casi siempre frente á frente y con armas iguales.

Esta verdad inconcusa, esta convicción plena, está en el ánimo de todos los que hemos nacido y hemos vivido bajo este sol ardiente y cabe las ondas de este mar que nos hacen sentir y pensar casi al unísono con los ardientes hijos del litoral africano.

Ahora bien, concretándome á desempeñar mi cometido, simplemente como acuarelista á la pluma, hubiera podido prescindir de esbozar estos dramas, que con tan lastimosa frecuencia se desarrollan en nuestros barrios populares; hubiera podido prescindir no trasladando á la cuartilla más que la nota de color, más que la armonía estética, pero yo creo que ese es el cometido del pincel y no de la pluma. Esta, en manos del novelista, debe dejar en el

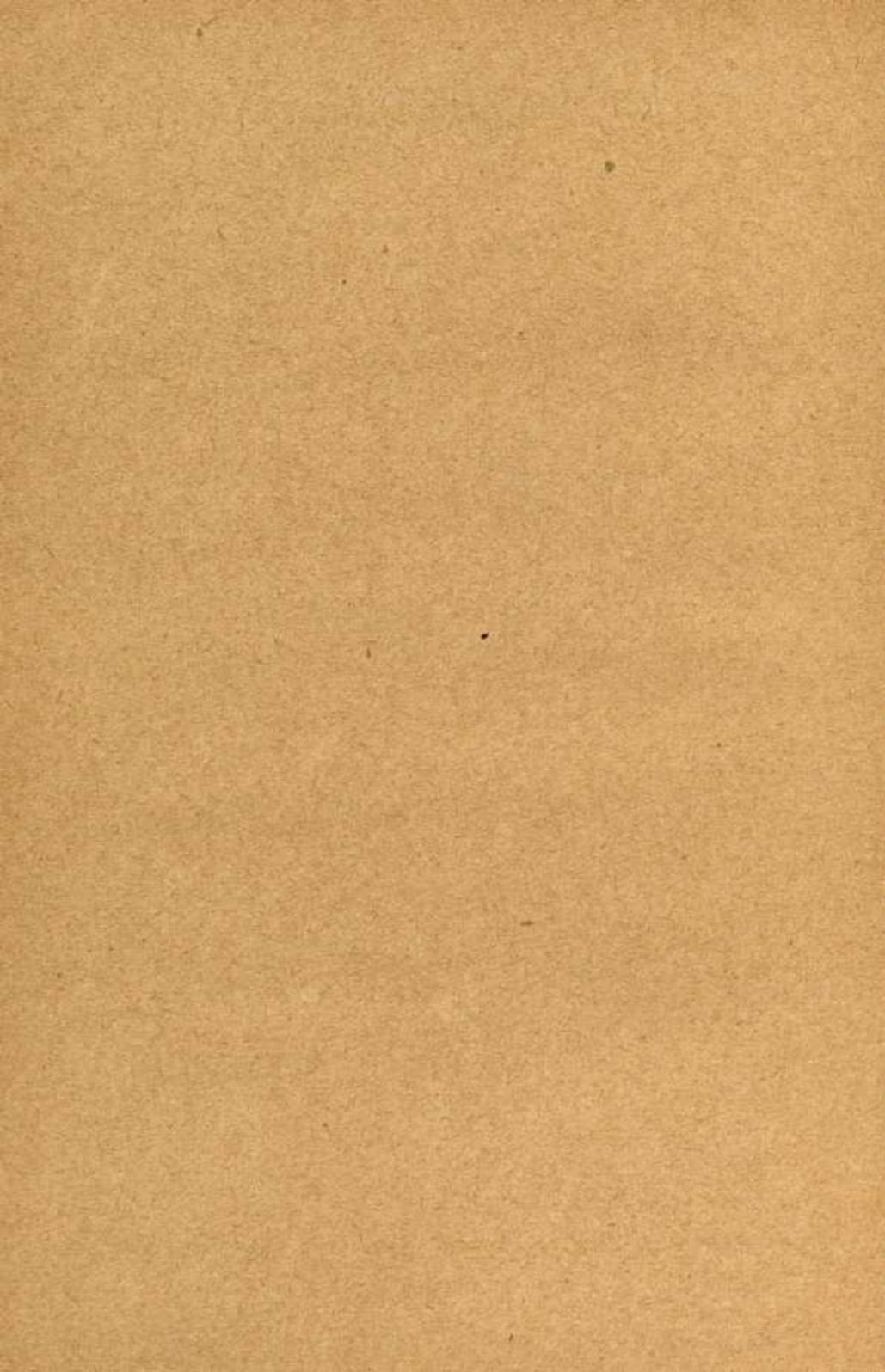
libro algo más que el contorno y la gradación, debe dejar el alma humana, en vivísimos reflejos. La novela á que me refiero exige la cámara obscura del aparato fotográfico, el escalpelo del anatómico, la escafandra inmaterial del filósofo para bucear en el alma humana, la fuerza ascendente de la imaginación para remontarse á la belleza real, la paleta del pintor para los matices, el cincel para el contorno y todas las ciencias y todas las intuiciones y todas las artes en maridaje sublime; porque la novela es en su conjunto, cuando la escribe el genio, ciencia y sensación, lienzo y estatua, verdad y poesía. La misión de la novela no puede ser exclusivamente herir la retina con sus fascinaciones plásticas, ni ponerse al servicio del optimismo ni del pesimismo, ni rendir vasallaje exclusivo á la fantasía. La novela debe ser el dogma literario que predicaron Balzac, Flaubert, los Goncourt y Sthendal, esos grandes apóstoles del Naturalismo.

Estas son las causas por que he prescindido de conveniencias regionales, de amores de localidad, al escribir los esbozos, los humildes esbozos que os presento, porque es lo que está en perfecta armonía con mi temperamento literario, si es que tengo temperamento literario, que es también lo que somete á vuestro fallo.

Vuestro agradecido

ARTURO REYES.

EL TERRIBLE





EL TERRIBLE

I

Vió la luz en el Mundo Nuevo, cursó dramática parda en el barrio de El Bulto, se dió á conocer entre los famosos veinticuatro niños valientes de la Goleta, y al cabo de algunos años, encontrando asaz estrecha la capital para campo de sus hazañas, hizo, una tan sonada, por mudar de aires, que no hubo más remedio que enviarle á terminar sus estudios al Peñón de la Gomera, de donde salió, diez años después, hecho todo un hombre de provecho, capaz de darle tres y raya al más encopetado de los pontífices de la guapería.

El Terrible le apellidaron y no por otro nombre le conocieron y con tan tremendo mote pasó á la posteridad. Era nuestro hombre, alto,

musculoso, fornido, de cuello apoplético; más que de carne y hueso parecía fabricado con piedra berroqueña y cuero sin curtir.

Su continente era aplomado, lentos y jactanciosos sus ademanes, y su voz bronca y campanuda. Su cara, según me aseguran, era una maravilla y no vieron los siglos pasados, ni ha visto el presente, ni verán los futuros feo tan subido como el del protagonista de esta verídica historia.

A pesar de estas condiciones anti-estéticas, era el Terrible, mirado, remirado, y poco menos que llevado en andas y bajo pálido, por las mujeres de más postín de los contornos; pues tenía aquel pirandón de mi historia un jarabe de pico y unos adormecimientos de ojos para sorber el seso á las buenas mozas, que eran muchas y retémuchísimas las que habían tendidos y tenían paño en la cara por su persona.

El día en que lo presento á mis lectores andaba el Terrible con una montaña de pena sobre el corazón; la Casilda, la hija de la Rosario, ilustre jarampera, habíasele metido en el alma, y en la sangre y en los huesos, y en vano nuestro hombre peleaba por echarla fuera lastimado en la negra honrilla por el desparpajo con que aquella rosa de Alejandría le había dicho, que su cuerpecito no se había amamantado á tan buenos pechos, para que con él se recreara aquel torreón de Gibralfaro.

Era la vez primera que le sucedía al Terrible caso tan estupendo, era la primera vez que á una mujer no se le derretía el tuétano de gusto escuchando sus ternezas y zalamerías.

—No puée ser, salero, este altar tiene ya santo, dentro de ná vá á venir el cura y el monaguillo y al que le pese que tome tila, pero no se arrime osté ¡tonto! que le apesta el vagío ¡rediós con el hombre, que huele como la madrona de calle de los Mármoles!

—Por eso no se apure V. carita de porcelana, que porque le huela á usté bien soy yo capaz de sembrar en mi persona una almásiga de clavetes y clavellinas y nardos dobles.

—Quite osté hombre, así se desayunara osté con jabón del Congo, y bebiera agua de Colonia y se pusiera una túnica de jazmines ¡como si ná!

—Qué mala es. usté criatura; no arremate usté tanto la suerte que si se me pone sobre el corazón, alguien que yo me sé, se vá á morir de repente.

—¡Josús y que miedo! ¡qué súpito es usté; el día menos pensao revienta usté de valiente ¡vaya hombre, que no hay justicia en la tierra!

—Mire usté que yo no me pico, portento, no tenga usté mala sangre, mire usté que me estoy muriendo por ese cuerpo serrano, que estoy pasando muchas fatiguitas y que si sigue usté tan tirana me voy á morir de pronto.

—Por la virgen del Cármen, que no haga usted eso, hombre, que me vá á dar un sosponcio de verle esa cara que es un mapa mundi.

—Pero ¿tan feo soy, maravilla?

—Vaya, hijo, pues si parece que usted vino al mundo por una apuesta. En fin, basta de pali-que, hágame usted el favor de largarse con la música á otra parte; pudiera verlo alguien y pasar una mala hora y darme una desazón.

—¡Que lástima, señora! y yo que creo que ese alguien en cuanto me viera echaba á correr y no paraba hasta el día en que el angelito to-que la trompeta.

—¡Chavó! pues ni que fuera usted el cólera morbo asiático.

—Yo soy pan de flor, cariño, pero por su querer peleo con el Padre Santo y me arranco las entrañas y ya sin ellas me bai o el óle y el zapateao.

—Vaya, no puée ser caballero, no sea usted pegajoso.

—Mire usted que me voy irritando, mire usted que yo soy má querencioso y si se me pone, me vá usted á querer y se vá á encanijar de cariño por mí.

—¡De meuos nos hizo Dios! tóo puée pasar pero en tanto y cuanto, aspere usted á que yo le avise y á ver si pá entonces sá podío usted arreglar esa carita y esas jechuras que no están de recibo.

Y al decir esto la Casilda, dió con la ventana en las narices al Terrible, que se alejó con los ojos chispeantes de rabia y diciendo á todo el que lo quiso oír, que no se había de quitar los zapatos hasta dejar expuesto, en la loza blanca del Cementerio, al Culitri, el tan bien correspondido amante de la Casilda.



II

Según me digeron, y nunca he podido comprobar, era el Culitri descendiente, creo que en línea quebrada, del mismísimo Milon de Crotona. Natura, que es un poquito versátil y antojadiza, habíase entretenido en cercenar á aquel ya único descendiente de tan insigne ganso, la mayor cantidad posible de humanos materiales, por lo cual parecía nuestro hombre mirado de frente casi un perfil y mirado de perfil, á cierta distancia, hacíase casi preciso un potente microscopio, para poder apreciarlo en detalles. Su rostro, sin ser una maravilla, era agradable, risueño; sus ojos grandes y azules; el cabello abundante, rubio y sedoso; la barba corta y rizada; sus sonrisas un derroche de dulzura, y su voz resonaba, si se nos permite la frase, á besos y caricias.

Llevaba con gran desenfado un raído levitín zurcido por los codos; las piernas holgaban en anchos pantalones descoloridos, con grandes rodilleras, y sus zapatos de elegante hechura pedían por algunas bocas mal cubiertas con tinta y betún, una plaza en inválidos. El aseo de su persona, sus manos finas y blancas, su rostro cuidado, la immaculada blancura de la camisa y del alto cuello, el pelo arreglado con original coquetería, y otros muchos detalles, esfumaban, por decirlo así, y neutralizaban aquel estado decadente de indumentaria. Además de estas prendas, eran tantas las simpatías del Culitri, había en él tanta dulce imantación que no hubo hombre que no quisiera ser su amigo ni mujer que no le mirara; como ellas saben mirar, cuando el deseo las invade y les encandila los ojos y le ach:charra la sangre.

Los medios de vida del Culitri eran bien escasos; pasaba el día en su casa, una habitación de dos metros en cuadro, ó polando la pava con la Casilda hasta las once de la noche, hora en que se largaba al casino del Sr. Felipe, una timba montada tan por todo lo alto, según decía su dueño, que á su lado eran dos burdeles las de Monte Carlo y Bâden Bâden.

Allí, ora pidiendo á los gananciosos, ora haciendo de grupié, ora levantando muertos, para lo que era pintiparado por su poca vergüenza y su muchísima sangre fría, ganaba honra-

damente lo indispensable para no morir de hambre.

Allá por la madrugada, cuando terminaba la partida, íbase á la taberna del tío Bautista, donde apuraba sendos chatos de solera y se marchaba á dormir hasta el día siguiente á las tres de la tarde, pues antes no lo despertaba un rayo.

*
* *

Entre los amigos del Culitri, distinguíase por el mucho cariño que le profesaba, el Maireno, un jayán muy bronceado de cara, muy bruto y muy hombre de bien.

Hubo este de enterarse de las bravatas del Terrible y lo primero que hizo fué salir disparado para casa de su amigo.

Tumbado estaba este sobre la cama cuando el Maireno llamó violentamente á la puerta.

—Con la cabeza—gritó el Culitri, mientras iba á abrir, malhumorado.

—Abre hombre.

—¡Ah! eres tú, ¿qué te trae á estas horas?

—Ná, hoy no trabajo y me venio á darte un rato de compañía.

El Culitri se tumbó de nuevo, mientras su amigo se sentaba haciendo crujir la silla bajo su balumba de hombre grande.

—¿No vás á salir?

—¿Tan temprano, para qué! hasta luego que vaya á mi chamizo.

—A propósito ¿cómo anda ese trapicheo?

—Muy bien, ella es muy voluntariosa y está del todo por mí. La madre que es un bicho es la que está haciéndome pasar el Purgatorio.

—Yo tú lo que hacía era dejarme de belenes y salirme de la suerte, esa gachí te vá á costar muchos berrinches.

—¡Quita, hombre, berrinches! y aunque me cueste, ese barquito me ha echado un ancla en el corazón.

—Pues te vá á costar muchos disgustos; por lo pronto vas á tener que pelear con el Terrible.

—¿Pelear con el Terrible?... ¿y porqué?

—Porque según man referió, ayer tarde el Terrible se arrimó á la Casilda y le dijo que se estaba muriendo por ella.

—¿Y la Casilda?

—Pues la Casilda le dijo que él era una carga de basura y que estaba ida del sentío por tí y el Terrible anda diciendo que no vá á parar hasta que te haga tiras.

—¡Tiras! ¡tiras! lo que es tiras pocas me podrá hacer, hay poco cuero—respondió el Culitri sonriendo y echándose una mirada sobre la escuálida persona.

—Ríete, ríete tú, y tómallo á broma, tú no sabes quién es ese gachó.

—Déjate tú de cosas, el Terrible es un buen hombre y si no confiesa y comulga todos los días es porque no tiene tiempo.

—Sí, pues vete con cuidado, mira que ese le hace al lucero del alba un túnel en la tripa.

—Anda hombre, no seas tonto.

—Bueno, haz tú lo que quieras, yo ya te he prevenido.

—Dios te lo pague, Maireno ¿vas esta noche al bautizo de la hija del Chato?

—¿Y tú, vas?

—Sí, me han convidado y vá la Casilda.

—Pues entonces nos veremos allí.

—Adios Culitri.

—Adios Mairenillo.

Cuando este salió á la calle iba preocupado; ¡vaya un estómago que tenia el Culitri y vaya con qué tranquilidad había recibido la noticia!



III

—Así variarán de sitio los ventiladores— murmuró el Culitri, después de ponerse una chaqueta en algún mejor estado que el levitín. Aseóse cuidadosamente y después de echarse una última mirada al espejo, que no era otro que uno de los cristales del balcón, salió á la calle contoneándose, y con tanto desenfado y orgullo como si fuera vestido de pontifical.

Cuando llegó á casa de la Casilda estaba ésta que embestia de hermosa; había sacado del cofre los trapitos domingueros, para ir como Dios manda al bantizo. Un vestido color rosa pálido con chorreras de encajes blancos ceñíase á su cuerpo, y se abrazaba con tanto entusiasmo y flexibilidad la tela al cuerpo, que no había en él encanto que no delatara, para tormento de los hombres, que al mirarla quedábanse turulatos, boquiabiertos, con la lengua pegada al pa-

ladar y con el pensamiento repicando á gloria.

Y luego que para mirar la cara de la Casilda era menester darse una sangría; ¡qué ojos! ¡qué boca! ¡qué hoyuelos en las mejillas, y qué manera de entornar los párpados y de echar el habla del cuerpo y qué contoneo de cintura y qué andares y qué garbo en todita su real persona!

Al Culitri le bailotearon los huesos de gusto.

—Nos vamos ya, ¡azucenita del valle!

—Qué carrera en pelo te habrás dao, por no hacerme esperar mucho ¿verdad que sí, archipámpano?

—Es que cuando me pongo á pensar en esa carita de Dolorosa, se me vá el santo al cielo.

—Embustero, lo que es, que habrás estáo de palique con alguna sultana.

—¡Qué graciosa! pues si desde que estoy por tí, me parecen todas las mujeres escorpiones y tarántulas, ¡salero! si eres una enredaderita que me ha llenado de flores el alma; si cada vez que miro esa carita de gloria, me dan mareos y sudores de muerte y me río yo de la tierra y del cielo y del Paraiso terrenal.

—Tú lo que tienes es más concha que un galápago y toitas esas gitanadas son alegrías de boca.

—Permita Dios que si no es verdad se le caiga á tu madre el pelo.

—¿Qué dice V. de mí? só pendón—dijo la zeñá Juana, entrando en la estancia.

—De V., madreçita? pues nada, que le voy á traer un tarro de aceite de bellota para que se eclipse esa luna.

—¡Qué lástima de horca! y eso que siempre le estoy pidiendo á la santísima virgen de la Victoria que le dé á V. lo que se merece.

—Estimando, señora, yo también le pido todas las noches, á Dios del cielo, que no se le caiga á V. el último raigón y que le apuntale las quijadas ¡pues si tengo yo más buen corazón y más conciencia!

—Lo que V. tiene es muy retrepoquísima lacha.

—Vamos á ver, ¿se quieren ustedes callar? ¡Dios mío, qué gente! me ván á quitar del mundo.

—Pero hija mía, ¿yo he abierto mi boca hasta que él me la ha buscao? ¿quieres tú que me trate como á un pingajo ese tiesto y que yo me coma la lengua? si desde que te ha entrao esa afición por ese carricito de zambomba tengo repudrida la sangre.

— Señá Juana, á V. con el pelo se le ha ido el sentido, ¿yo tratarle á V. como á un pingajo? pues si le voy á regalar una dentadura postiza que vá á dar el opio.

—¡Culitri, que es mi madre!

—Pero si yo no tengo la culpa ¡portento! si la tiene esa momia de Egipto.

— ¿Momia de Egipto, yo? abucáncano, cuncero, ¿momia de Egipto yo?

Dios sabe cuándo hubiera dado fin aquel zafarrancho de combate, si no hubieran llegado, como pedrada en ojo de boticario, algunas amigas de Casilda, que iban muy peripuestas para acompañarla al bautizo del vástago ilustre del famosísimo Chato el Carnicero.



IV

El patio del corralón era un gigantesco cuadrilátero rodeado de ruinosos acirates cubiertos de jazmines, rosales y celestinas y con los muros tapizados por los brillantes y florecientes alicatados de las enredaderas salpicadas de campanillas azules.

Todos los bártulos que en el patio tenían á diario las vecinas, muchas de ellas lavanderas de oficio, habían sido llevados á un extremo, dejando libre un gran espacio, donde fueron colocadas varias hileras de sillas, bancos y banquetas improvisadas.

La fiesta prometía ser un suceso: una sala estaba casi abarrotada de barriles de amontillado y de legítimo aguardiente de Faraján, de ese que no hay garganta que lo resista si no está forrada en bronce.

Todo lo más selecto del barrio, las mujeres de mas cartel, los más veteranos de la guardia negra de la guapería, y los más atildados de la gente menosa, fueron invitados á aquel jolgorio.

Poco antes de empezar la fiesta, fueron encendidos entre las enredaderas un centenar de farolillos de papel de colores y, curiosa al fin como mujer, se encaramó la luna en el cielo y se vino á poner encimita del patio y queriendo cooperar, sin duda, á embellecer el cuadro, dijo allá vá luz y dejó apagándose de vergüenza, aquel conato de iluminación á la Veneciana.

Los primeros que llegaron fueron los tocadores, debajo del brazo las inseparables guitarras y pavoneándose y dándose pisto como corresponde á gente de su valer. Después llegaron los padrinos con el niño ya con la cabeza remojada, y como si ellos fueran la descubierta de un ejército, empezaron á desfilar tras ellos, bandurrios de mocitas muy emperegiladas, con viznagas en el cabello, vestidos que parecían de cartón, por lo crugientes y almidonados, y con las caras radiantes de júbilo.

Cada bandurrio de éstos, venía sitiado debidamente por otros de niños de la mena, toreros en gestación, parásitos de mancebías y émulos embrionarios del Terrible y comparsa, todos ellos luciendo sus hechuras con femenino amaneamiento, atufándose el pelo sobre las sienes,

y abrasando las entretelas á las hermosas con miradas alevés y sonrisas irresistibles.

De los últimos que llegaron fueron el Culitri, la señá Juana, la Casilda y sus compañeras. Trabajo les costó acomodarse, pero al fin lo consiguieron merced á la galantería de los hombres que hicieron todos, respectivamente, lo imposible porque se sentara á su lado aquel pedazo de cielo prometido al Culitri.

Ya los maestros templaban las guitarras haciendo vibrar las cuerdas y dando vueltas á las clavijas con toda la prosopopeya del mundo, cuando penetró en el patio el Terrible.

Mal encarado venía el hombre, y todos le abrieron camino, cuando después de dar las buenas noches con un vocejón tormentoso, se dirigió, por donde mejor le vino en mientes, al centro del patio.

A otro le hubiera sido imposible vadear aquella muchedumbre, pero yo creo, que si al Terrible se le hubiera puesto por montera, que ante su paso se replegaran las mares y se abrieran las montañas, lo hubiera conseguido.

Avanzó el nuevo Moisés, sin dar las gracias á nadie, y después de echar una ojeada inquisitorial á su alrededor, dirigióse resueltamente á donde estaba la Casilda charlando con el Culitri.

—Oiga V., lucero matutino; ¿me quiere usted hacer un favor?—dijo á este.

—Ya sabe V. que si á mí me echaron al mundo, no fué nada más que para que yo á V. le diera gusto; con que eche V. por esa boca, ¡estrella polar!

—Pues yo quisiera, ¡querubín! que me dejara V. á la vera de esa mujer, pues la voy á contar un cuento.

—Ay arcángel y que antojadizo lo hizo á V. la divina Providencia.

—¿Pero V. me quiere hacer ese favor?

—Ahora no puede ser, porque para hablar con esta Señora, se necesita, además de mi permiso, otro permiso del cura de la parroquia.

—Por eso no lo haga V., traigo yo un pasaporte que le vá á quitar á V. el sueño.

—¡Hombre, por Dios y por su Santísima madre! que voy á tener que gastar una fortuna en adormidera.

—Me parece á mí que no le vá á gustar á usted si le digo que se venga conmigo á tomar dos copas.

—Dos, y doscientas, y dos millones, mozo bueno; si yo me pirro por eso.

—Pues entonces, con el permiso de estas mujeres....

—Ya lo creo, yo me llamo andandín, y por darle gusto á V. voy á Roma y le beso las sandalias al Padre Santo.

Y al decir esto se levantó el Culitri, y echó á andar tras el Terrible, después de estrechar la

mano á la Casilda, que estaba trémula, con los ojos llenos de borbotones de luz y en ellos chispeante expresión de ira, de pena y de orgullo salvaje. ¡El Culitri era todo un hombre!

Pocos minutos después, salió á la calle seguida de su madre, á la que dijo con acento tembloroso.

—Mira, vente pá Martirico.

Su inmensa intuición de mujer le decía que allí había de tener lugar la terrible catástrofe que presagiaba.



V

El Terrible corría como si fuera por los Santos Óleos, tenía feroces ansias de hacer pedazos al Culitri, hacia ya mucho tiempo, mucho, que ningún hombre osaba ponérsele tan frente á frente.

El Culitri, por el contrario, iba casi sereno, acariciándose el bigote con ambas manos y abarcando dos metros de tierra de cada zancajada.

Martirico estaba solitario, la luna reverberaba sobre el cáuce seco á la sazón y alfombrado de polvo. Allá á lo lejos, los montes levantábanse como negro y monstruoso oleaje petrificado y el viento susurraba no sé qué misteriosos secretes en los secos cañaverales.

En un recodo, al abrigo de miradas indiscretas, se detuvieron el Terrible y el Culitri.

—¿Estamos aquí bien?—dijo éste.

—Sí, así tienes cerca el hospital.

—Hombre, yo creía que pensabas mandarme al cementerio.

—Quita hombre, yo no mato gurripatos, yo lo que voy á hacer es cortarte un tendón del pescuezo, y á descomponerte un poquillo esa carita de mono sabio que tanto le gusta á la Casilda.

—Pues trabajo te mando, garboso; esta cara está asegurada por esta agujita colchonera con que te voy á coser el pico por fantesioso y musiquero que eres.

Y el Culitri, al decir esto, sacó, rápido, de la cintura un cuchillo que más bien parecía una cimitarra tunecina.

El Terrible sonrió á la par que sacaba de la manga una enorme navaja cachicuerna que abrió con los dientes.

Y sin mediar una palabra más, arremetieron el uno contra el otro. Aquella lucha de búfalo y pantera duró algunos minutos. El Terrible arremetió con terrible pujanza; el Culitri parecía bailar una danza fantástica y grotesca; la respiración del uno era estertórica y profunda como de bestia agobiada de cansancio; la del otro ligera y sibilante como la de una serpiente. El triunfo era dudoso; el Terrible que

era bravo y sereno, con el cuerpo arqueado, la cara hecha toda un fruncimiento, con la chaqueta reliada al brazo izquierdo y empuñando con la mano derecha la fulgurante navaja, acreditaba su fama de valeroso y de maestro consumado en aquella chayaicana esgrima.

El Culitri, también sereno, también práctico, y más ágil que su contrario, empezó á cansar á éste con huidas, falsos amagos, saltos y revueltas.

En un ligero descuido del Terrible, el Culitri metió el brazo, y su cuchillo trazó un surco sangriento en la cara á su rival.

Este rugió con rabia inmensa y, descompuesto y dando resoplidos de cólera, abandonó la prudente defensiva y se lanzó con bravo y bestial empuje sobre el Culitri, que le vió venir, sesgó el cuerpo, evitando una puñalada que le desgarró la manga de la chaqueta, y le hundió, al pasar, hasta la empuñadura, el formidable acero en el costado.

Detúvose el jayán en su carrera, un grito ronco brotó de su garganta, se tambaleó algunos instantes, miró al Culitri con infinitos rencores de muerte, y cayó desplomado como torre que se derrumba.

Y la luna siguió alumbrando plácida y luminosa el rostro lívido del muerto, el más lívido aun del vivo, y allá, á lo lejos, por el Pasillo de la Cárcel, á la Casilda, que corría

jadeante, seguida de la momia de Egipto, que murmuraba con acento ahogado.

— ¡Virgen mía, dos libras de cera, ¡dos libras! si encuentre al Culitri con un boquete, en la barriga, más grande que el boquete de la Coracha.



EN EL PERCHEL





EN EL PERCHEL

I

Carita de luna.

Dirás toito lo que quieras decir de mi persona, dirás que soy un jarambel y que te arrancarías la lengua antes de darme tu perdón, y harás bien y muy requetebién si lo haces; el que á una diosa como tú le juega la mala chungaita que te jugué, merece una cadena pá toa la vía.

Tienes toa la razón y un peazo más, pero ¡qué quieres mujer! asín semos los hombres, todos tenemos una mala hora, ¡y cuántas fatiguitas se pasan después de la malita faena!

Cuando me aseparé de tu lao ¡adelfita del arroyo! cuando pensé que ya no tenía cura la puñalaita enconá que acabó con nuestros que-reles, cuando ví que á la vera de la Chilindrina no se me encendía el alma, ni se me reía el co-

razón, ni se me acalienturaba la sangre, no sé que le pasó á mi cuerpo, que se me quitaron el habla y la vista y me dolieron las entrañas y me pareció que se me venía encima tóo el cielo vestío de luto.

No me atermino á llegar á tí y por eso te escribo esta carta, pá que goces con las duquitas de muerte que estoy pasando, pá que sigas dándome chingares y celeras con el Pamplina, que yo te juro, ¡amapolita del valle! y que me muera de sed con los labios en la fuente, si no lo cumplo, que si te vuerven á ver mis ojos amartelá con ese príncipe de la tizne, lo jago aserrín de corcho.

Contéstame por tu salucita y por lo sacais de tu cara, mira que si no se muere de repente tu

José.

¡Al cabo de años mil! ¡pues ya está fresco Joseillo! no le vuelvo á querer aunque me piquen ¡vaya un rediós! después que sá ¡artao de perdonar con la Chilindrina ¡con esa surtana del coto! ¡valiente estropajo! y el gachó no tiée tupé, ¡celeras con el Pamplina! nó, pues si todavía me quiere, vá á pasar el gómite negro y el tifus y un rayo que lo parta ¡vaya si me la paga el muy charrán! ¡estiérco! ya, ya verás güen mozo, como no te vuerven á servir conmigo, ni tus bonituras de cara, ni tus jechuras de

pímpi fantesioso, ni tus gachonerías traicioneras.

Y Pepilla la Peinadora, contoneándose gallardamente, haciendo crugir, con sus andares de buena moza, el almidonado vestido de percal, y con el rostro encendido por la cólera y el despecho de las memorias evocadas, dirigióse á su habitación para guardar la carta.

Dos minutos después salió de nuevo al patio y sentóse á coser al lado de la Señá Rosario, la casera, una estantigua roida, mermada y hecha dobleces por la carcoma de los años.

El espacioso patio estaba riente de limpieza y de luz; sobre las paredes recién blanqueadas reverberaba el sol; el ambiente, límpido y fresco, parecía derramar en sus átomos dulces vitalidades; el árbol que en un ángulo del patio levantaba su ramaje enfermizo, parecía, aislado y escueto, el símbolo de la melancolía; un anciano proscrito que sentía á los besos del sol y á las caricias del céfiro, las tristísimas nostalgias de los bosques, donde nunca logró lucir sus espléndidas galas primaverales. Un gato de morisca piel se desperezaba con felina elegancia al pié del carcomido tronco, mientras que algún que otro intrépido gorrión piaba revoloteando en los ruinosos acirates.

Pepa la Peinadora no tendría más de veinte años, ¡pero vaya unos veinte años!; bien decía

Joscello cuando la describía á grandes rasgos con su hiperbólico lenguaje andaluz.

—Mira—le oí decir á un muy amigo suyo que no la conocía.—Figúrate tú una mujer un poquito alta, con unos ojos más grandes que la voluntad de Dios, más negros que la madre negra de la negra endrina, dos tunantes que cuando se abren de par en par, son dos reyes enfadaos que nos echan á la calle, y si se entornan nos cogen y nos jaceu cenizas, unas jechuras de cara que ni dibujá por pintores; una boca que es una clavellina ingertá; unos dientes que ni jechos por Denamiel con azucar de pilón; un pelo que es una túnica de la Virgen de la Pena; una garganta que si Jesucristo la vé no redime ar mundo; unos pechos que ni los de Cártama; la cintura como un torzal; unos piés como piñones y en fin, además de tó esto, un que sé yo en toa ella que dá el opio, que mata, y que pone el pelo de punta.

*
* *

—Oye Pepa ¿de quién es la carta?—preguntó la Señá Rosario suspendiendo la labor y poniendo al descubierto, al hablar, las desdentadas encías.

—¿De quién quiere usté que sea?; de Joselillo, al que de repente se lá revuelto la bilis de verme platicar con el Pamplina.

—¡Valiente peine! ¿sá jartao ya de la princesa de Asturias?

—Eso parece; en cuantito el hombre sá enterao que su persona pá mí ya no vale dos cuartos de cotufas, se le ha llenao la cabeza de infundios y sá venío diciéndome que se vá á morir y que vá á jacer con el otro una atrocidá.

—Pues que se ande con cudiao con el Pamplina, que este no tiée de pamplina más que el mote; y si no, que se lo pregunten á Juanito Cabriana que era y es más duro que un pinsapo, y porque en una ocasión se fué de la sin hueso más de lo permitió le dió tal palizón, que tuvieron que apuntalarlo.

—Pues no se vaya V. á pensar que Joselillo está jecho de sémula y pan mascao, que no, que tiée el corazón en su sitio, y es más malo que un tabardillo, y pica más que la sarna, y antes que alevante la mano suena el gorpe.

—¿Lo dices por experiencia?

—¡Quite V. allá agüelita!, á mí no me jurga naide más que aquella que me echó al mundo, y eso porque sí, porque ella y yo queremos, porque nos dá la repotente gana.

—A mí no me vengas tú con papeles mojaos que yo sé lo que son los hombres y lo que semos las mujeres y que el primer querer se nos agarrá al corazón y nos jace perder la chaveta y tú, aunque digas que nones, le quieres entoavía un poquillo y otro poquillo más.

—Usted no está buena del último piso.

—Eso lo dices tú con la boca chica ¡pues si cada vez que le echas la vista encima te pones difunta!

—Pues por la salucita de mi madre de mi arma que no puée ser, que no vuelvo á quererle manque se vista de nazareno.

—Eso es jarina de otro costal, jaces bien y yo te alabo el gusto, pero de eso á no tenerle voluntad hay un tirón como de aquí á Pamplona.

—Cierre usted el pico, Señá Rosario, que viene la agüela, dijo Pepa al ver á su madre avanzar dando tropezones por un extremo del anchuroso corredor.



II

Joseillo representaba veinte y cinco años á lo sumo, pero según confesión propia, sabíase que había traspasado la frontera de esa edad de funestos desengaños, anatematizada por el poeta, y que marchaba picando la retaguardia á los treinta y uno. Su rostro, pálido é imberbe, tenía el amarillento satinado de los temperamentos escrofulosos; los ojos eran oscuros y grandes; la nariz pequeña y flexible; los labios finos y descoloridos; la frente reducida y cercada por sedosa cabellera rubia. Había en aquel rostro algo suave y pérfido; cuando sonreía parecía fluir de aquel semblante simpático raudal de sinceridades, pero una ligera contracción de aquella frente y una extraña y sombría inmovilidad de aquellos ojos de antílope,

parecían amagar, de cuando en cuando, con algo ruín y misterioso como una emboscada.

Era de airoso continente, pero lleno de femeniles gallardías; estrecho de cadera, de estatura mediana, con pié y mano de mujer aristócrata. Su traje era siempre de lo más vistoso dentro de las modas del barrio; los colores más chillones eran sus predilectos; como no podía lucir perlas de Ceylán ni diamantes de Golconda, contentábase con brillantes americanos, de los más gordos, para la pechera, leontina de doble, lleno de baratijas, para el reloj, un caldero de plata vieja, primo hermano, sin duda, de la caldera del rancho del cuartel de la Trinidad; y un ancho ajustador de oro de ley que tres meses del año lucía en el dedo meñique de la mano izquierda, y los otro nueve meses restantes lo enviaba á disfrutar de la vida contemplativa en cualquier casa de empeño.

Joseito tenía muchísimas circunstancias además de las indiscutibles de su persona: montaba como un centauro en el más indócil potro andaluz; tocaba la guitarra mejor que Parga; bailaba por los Madriles como la más desenvuelta modistilla de la corte; bebía como tierras de secano en canículas; le faltaba al respeto á su sombra y era capaz de dar una puñalada al acecho al mismísimo sol que nos alumbra. Además tenía una brillante hoja de servicio amoroso, porque era muy tunante, muy fino de labia

*y tenía el corazón
más duro que las columnas
del templo de Salomón.*

según este cantar que oí de labios de una gachí de órdago, que él había dejado plantada después de la caída de las hojas.

Bien dijo la cantadora, pues según versiones de tirios y troyanos, de todas las sultanas que, una á una, y á veces en parejas, habían alegrado sus horas de hastío, sólo dos amores, el saciado de la Chilindrina y el por satisfacer de la Pepa, habían arado un surco en su corazón. El amor á Pepa era una brutal exaltación de los sentidos; cuando se enteró que el Pamplina la hacía la ronsa, pensó volverse loco de rabia y de celos; entonces fué cuando escribió la carta que ya conocen mis lectores y, lleno de ansiedades y de incertidumbre, se plantó en la esquina de la calle á esperar la respuesta.

La portadora de la carta tardó poco en volver.

—¿Qué ha dicho? ¿se la has dado? ¿estaba sola?

—Pues dí tú que preguntas más que el confesor ¡ya lo creo que se la he dado! estaba con la casera en el patio.

—¿Y qué te respondió?

—Pues... ná, cuando le dije que el paper era tayo se echó á reir y...

—¿Y qué? mujer, acaba.

—Pues ná, que me dijo que la carta le serviría pá... cualquier cosa.

—¿Eso te dijo?

—Eso.

—Está bien! veremos á ver si me responde á mí lo mismo.

Y con el rostro rojo de indignación y cólera, los ojos acerados y sombríos, y el ademán descompuesto se dirigió hacia casa de Pepa.

La vieja se encogió de hombros y se alejó refunfuñando.

La respuesta de Pepa había caído como tremendo martillazo sobre la soberbia de Joseillo; él lo esperaba todo, hasta un tiro, menos aquella bofetada de fango.

Cuando llegó á la ventana de la Peinadora se detuvo bruscamente, quedó algunos instantes perplejo, clavada la vista en los renegridos hierros, en los que hacían prodigiosos juegos de cucañas las floridas enredaderas.

Tras algunos instantes de perplejidad, José apoyó la mano derecha en la pared, después de echarse nerviosamente el sombrero atrás; la otra en la cadera, el cuerpo en actitud de sostener el edificio y sin parar mientes en que las vecinas sorprendidas cuchicheaban en los portales y alargaban acá y acullá las gaitas por curiosar la escena que se prometían, silbó suavemente, del mismo modo que lo hacía en tiempos más felices.

Nadie contestó al llamamiento; la ventana permaneció silenciosa; silbó de un modo más enérgico y tampoco logró su objeto.

Una tempestad de rabia resbaló por sus ojos; se ahondaron los surcos de su frente, sus manos se crisparon, levantó sacudido por la ira el puño sobre la puerta de cristales.

En aquel momento una voz jadeante, seca y agresiva, llegó á sus oídos y al volver la cara sus ojos tropezaron con la Chilindrina, que avanzaba rugiente y descompuesta.

—Por vía de Dios! rugió despegándose de la reja y avanzando hácia aquella mujer.

—Aquí te quería cojer, gritó la Chilindrina.

—Vamos pá casa, replicóle José con voz reconcentrada.

—¿Pá casa? cá, hombre, cá, no puée ser, antes de irme de aquí y de tu vera pá no verte más, tengo que decirle, á esa duquesa, las cuatro verdades y llenarle la cara de dedos de persona decente.

—Déjate de cosas y andando, que si ró vas á echar á correr—y al decir esto le apretaba el brazo con sus dedos convertidos en alicates.

La Chilindrina, al verse maltratada, vibró toda, una avalancha de sangre enrojció sus mejillas; miró á su amante con estúpida expresión y rompió á llorar desconsoladamente.

La cara de José era una aurora boreal, aquella escena no estaba pasando desapereibida; al

gunos sordos murmullos de protesta llegaron á sus oídos como vestidos con alfileres.

—Echa á andar ó te divido,—gritó con voz ronca.

—¡Que no me voy! vaya, que no me voy sin pisotear á esa mujer, aunque después me mates.

José, en un arranque bestial de ira, levantó la mano, dispuesto á golpearla, pero en aquel momento alguien detuvo enérgicamente su brazo.

Volvió la cara y quedó mudo de sorpresa. El Pamplina, frente á él, sereno y desdeñoso, le dijo, soltándole al mismo tiempo.

—Hombre, por Dios, ¿qué vá usted á hacer? ¡en medio de la calle!

—¡Mal tiro! y á V. quien le da vela en este entierro?—rugió Joseillo.

—¡Hombre! á mi naide, pero no está bien; á las mujeres se las mata, pero no se les pega.

—Oiga osté, só pendón, que á mí no me ha pegao naide, y si me pega, sarna á gusto no pica—gritó la Chilindrina encarándose agresiva con su caballero andante.

—Tú á callar, mala hora, y sepa V. mozo güeno que pá hablarme á mí, ná más que pá hablarme, sá menester descubrirse, y pá meterse en mis cosas sin mi permiso, estudiar medicina.

—Mire, V. mocito, pá hablar con V. sólo es preciso dejarse la vergüenza en casa, y á esa

mujer no le pega V. delante de mí, porque delante de mí no se hacen esas porquerías.

—Ya se lo diré yo á usted luego y le contaré una historia.

—Me da el corazón que V. no es capaz de contarle nada á ningún hombre.

José se puso lívido; hubo un instante en que sus músculos, puestos en terrible tensión, parecieron prontos á saltar; pero tras breve lucha, se contuvo, arrojó una mirada de reto implacable sobre su contrario, balbuceó un rencoroso, «hasta luego» y se alejó calle arriba seguido de la Chilindrina, convertida en una Magdalena.





III

—¿Hijo, qué ha sido eso? preguntó Pepilla al Pamplina, al pasar éste por delante de la reja.

—Pues ná, cosas de mujercillas vestías de hombre; no sé porqué, ó mejor dicho por lo que yo sé y me callo, ese poca vergüenza iba á pegarle á la Chilindrina y en mitá de la calle y eso no lo hace naide que valga un pimiento y menos con una gachí que, mejorando la present ,es muy buena y muy requeteguena, y que por irse con él ha tirao á la calle la reputación y el pan pá toa la vía que se lo quería dar Don Luis con muchísima voluntá.

—Parece mentira que conociendo V. á don Luis diga esas cosas; ese gachó es un cuchillo con punta que cuando no corta, pincha; que no está más que á lo que cae, que vá con una mano por el cielo y otra por el suelo y la faltriquera

en casa; y que tiene la sangre más negra que el jollín y sinó que se lo pregunten á la Pitillera y á la Primorosa.

—¡Olé por las mujeres con sabiduría! sabe usted más que el Presiente del Instituto ¡cómo ha metío osté el percal pá que no se hable de lo que yó quiero! pero, hija mía, cuando usted vá yo vengo; á mi ni por esa; ahora vamos á platicar como dos presonas formales que semos.

—¿Y qué es lo que tenemos nosotros que platicar?

—Ahora mismito se lo voy á decir.

—Me está usted poniendo en cudiao, ¿se le ha muerto á usted alguien de la familia?

—Muerto... nó, pero está dando las boqueá.

—¿Y quién es ese probetico?

—¡Quién ha de ser! mi corazón, salero, que está acabando por esos ojos charranes.

—¿De veras hombre? por Dios, déjese V. de guasas, que todavía no he comido y esas cosas no las puedo escuchar con el cuerpo vacío, porque me dan calambres.

—La que tiene que dejarse de trinos de rui-señores es V., madrecita, que yo lo que le digo es tan verdad como el Evangelio de la misa; yo lo quiero á V. de un modo que no sé esplicarlo de una manera que no tiene cura y vaya que si me dice V. que nó me dá un dolor miserere.

—Pero eso lo dice V. de verdad?

El Pamplina miró fijamente á Pepa, que se ha-

bía puesto seria, se metió en su alma, escudriñó con mirada lúcida sus rincones más ocultos y presintiendo una derrota, una completa derrota, se replegó instantáneamente, y haciendo una tremenda evolución que quebrantóle el alma, contestó sonriente á la concisa pregunta de Pepa.

—¡Quite V. hija! yo no soy de V. más que un buen amigo, pero otra cosa, no señora, yo ya estoy con el casco averiado y no resistiría el primer temporal; además, V. vale un Potosí y yo no valgo ni un pitillo de la Tabacalera.

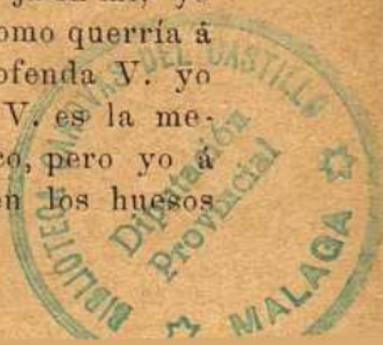
Pepilla quedó desconcertada ante aquel estratégico retroceso, y procurando disimularlo le dijo con ironía.

—Es V. una mala presonal qué mal paguito se recibe de los hombres!

—Mire V., Pepa, déjese de quisicosas y chilindrónes; lo que le he dicho á V. es la fija: ni yo soy pá V. ni V. es pá mí; yo he roao ya mucho, señora, he roao mucho y he visto muchas y retemuebísimas mujeres de buten y V. la mejor de todas.

—Muchas gracias.

—Pero á pesar de tó, V. no encaja en mí; yo no la puedo querer á V. más que como querría á una hermana si la tuviera; no se ofenda V. yo soy asin, más claro que el solera; V. es la mejor mujer de España y Puerto Rico, pero yo á su vera no siento ná, ni me crujen los huesos



ni se me saltan los ojos, ni me arde el bagío: en fin que estoy á su vera como si estuviera al lado de la fuente de la Plaza.

—¿Y á mí que me cuenta V. con eso?

—Pues ná, se lo digo pá qué nunca tome V. el rábano por las hojas, pá que sepa que la quiero á V. muy católicamente, pero que por lo demás no me jace V. cosquillas, porque yo pá jacerme peazos con una mujer, necesito que esta mujer tenga lo que V. no tiene, un corazón más grande que el Espigón, la sangre más caliente que un rayo, y, en fin, algo que no se encuentra en V. aunque se busque con hurones, algo que no lo dá más que Dios en sus ratos de rumbo, y que no se puede pedir prestado á nadie.

—Vaya, bien, sí que sí, ¿y no tiene V. ná más que decirme?

—No señora, ya no me ha quedado naita por dentro.

—Bueno, pues entonces, con su premiso, voy á echarme agua de colonia.

—¡Vaya! V. lo tiene, hija de mi sangre ¡no faltaba más! asín me gusta, que me trate V. con muchísima franqueza ¿vá V. á ir á casa de Petra esta noche?

—No sé.

—Vaya, bueno, entonces hasta que Dios quiera, ¡maravilla!

—Vaya V. con Dios, ¡saleroso!

Y Pepilla por poco hace saltar los cristales de la reja ¡valiente ventanazo!

El Pamplina se alejó lentamente, sin volver la cabeza, aguantando con tenacidades de hierro, los tironazos que un músculo invisible le daba allá dentro para que la volviese. Iba sombrío, despechado, lo había jugado todo á una carta, y estaba arrepentido: aquella táctica decisiva que había puesto en acción era de resultado dudoso y á largo plazo.

Al penetrar en calle de San Jacinto vió al Billetero, cruzado de brazos en la puerta de la taberna, balanceando á compás de un estrevillo del pueblo, su gran cabeza cubierta de enmarañados cabellos entrecanos.

—Vaya, Juan, échame cuatro chato que parezcan cuatrocientos narigones.

De mal arate viene hoy este gachó, pensó el Billetero dirigiéndose, chatos en mano, á la sucia cuarterola del seco y mirando de reojo al Pamplina, que había hecho crugir descoyuntada á una banquetta, bajo su balumba de hombre bien despachado.



IV

Durante el camino no se cruzó una sola palabra entre la Chilindrina y José; ella iba delante, aquello era una locomotora á toda máquina, pero una locomotora recargada de airosidades y gallardías; la cólera le hacía marcar el paso más fuerte, más rápido, más nerviosamente acompasado. Detrás iba José, taciturno, abstraído, pensando con rabia inmensa en que aque la escena no había pasado desapercibida para la Peinadora; además estaba celoso, terriblemente celoso; la intervención del Pamplina antojábasele plan preconcebido, ganas de armar bronca; ¡bronca! pues bronca habría, ya lo creo, no podía quedar aquello así; él, por dignidad, por deseos, por todo, tenía precisión de dejarle su tarjeta en la barriga á aquel caballero.

Pronto llegaron á la casa; estaba ésta situa-

da en un extremo del Molinillo, una casa mata, pequeñita, aislada en medio de un solar, donde los chaveas de las cercanías libraban sus batallas campales.

La Chilindrina abrió la puerta y penetró como una bomba en el zaguán que servía de antecala.

Arraucóse de un tirón el pañuelo de seda azul que cubría su cuidadosamente peinada cabellera obscura; el mantón blanco de mallas fué á parar á la entrada del patio tapizado de enredaderas, y cogiendo una silla sentóse rápida como un tiro en ella, apoyando el codo en el espaldar y la mejilla en la palma de la mano.

Estaba más hermosa que nunca en aquellos instantes históricos, la famosa Chilindrina. Sus ojos pequeños, orlados por ténues pestañas, chispeábanle como brasas encendidas; la blanca y hermosa frente nublada por ligeros surcos; la iracunda contracción de sus encendidos labios dejaba ver los dientes correctos y de amarillento esmalte; sus megillas ovales estaban hendidas por graciosas hoyuelos; la barba reducida, barba de niño gordiflón, uníase en elásticas ondulaciones al cuello blanco y ligeramente descarnado; la nariz pequeña y picarescamente arremangada titilaba los sonrosados cartílagos, suaves como pétalos, al impulso de su respiración ardiente; el busto, de fino contorno, ondulaba jadeante y con el diminuto pié, calzado con

arqueadas botitas de becerro blanco, golpeaba en el suelo con automática igualdad.

José penetró tras ella, cerró de un empujón la puerta, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, como para evitarse hacer mal uso de ellas, dió varias vueltas á la sala como lobo enjaulado y parándose de pronto frente á la Chilindrina y mirándola con sombría fijeza le dijo.

—Otra vez, antes de salir sin mi permiso, te pones bien con Dios porque donde te pille, te hago trizas.

La hermosa bestiecita irritada sacudió la cabeza con indómita altivez y levantándose llena de arrogancias, colocándose los puños cerrados en las caderas y balanceando la esbelta cintura gritó:

—Yo he salido porque me ha dado la repotente gana y saldré siempre que me lo pida el cuerpo sin necesitar permiso de nadie, porque yo soy más libre que el viento, ¿está usted? y no me dá la real gana de vivir ni una horita más con un perdis como su real persona.

Joseito no lo pudo remediar, ante aquel zafarrancho de combate, toda la ira que bufaba en su pecho se convirtió en agua de cerraja, se aflojaron sus músculos, se le desarrugó el entrecejo, quiso mantenerse con cara trágica y todos sus esfuerzos resultaron inútiles; ante la actitud de su amante todo su encono se convir-

tió en risa, pero una risa tan escandalosa que desobedeciendo los mandatos de sus energías, se le escapó en histéricas careajadas.

Después dijo, haciendo visajes por contenerla.

—¡Tú que has de irte si te tengo embragao el corazón; si antes que pestañees te mato.

—Eso es lo que tu quisieras, que me largara, pero no te doy ese gusto y te juro por la gloria de mis muertos y que mal tiro me peguen si á esa mala mujer no la señalo en la cara ¡te lo juro por estas que son cruces!

Y la Chilindrina formando cuatro con los dedos, las besaba con rápido encono.

—No seas lila, mujer, no seas lila, ni tú vuelves á pisar la calle sin mi premiso, ni le haces ná á la Pepilla, primero porque tú tienes mu buen corazón y mucha consencia y segundo porque yo no tengo ná que ver con esa gachí.

—¡Ay que gracioso! ¿que tú no tienes ná que ver con ella? si se creerá usté que yo vengo del Limbo ¡quite usté allá hombre! ¡la culpa me tengo yo! ¡maldita sea la horita aquella! ¡qué desgraciaita que soy y qué solita que estoy en el mundo.

Y al decir esto todo su furor, todos sus celos, toda su pena, se deshicieron en lágrimas y encogimientos de corazón.

José, viéndola llorar, sintióse conmovido y acariciado en su vanidad por aquella amar-

guisina oleada de llanto, acercóse á su amante, ciñó con su brazo su cuello de paloma, la hizo levantar la cabeza y puso sus labios sensuales en aquellos ojos tristísimos.

—No llores más, tórtola, no llores; tú estás loca, chiquilla, tu has perdido la chaveta, tú no sabes lo que yo te quiero ¡la Pepilla! ¿qué es la Pepilla á tu vera, si noun navío de tres puentes, cargao de guasa? no llores más, por los ojitos de tu cara.

—¡Mala sangre! si la tienes negra, si eres malo cinco veces pares, si tú ya estás jartico de mi presona, si son demonios pá tí ángeles que yo pinte, si yo no te puedo dar ná; anda vete, verdugo, si no te quiero ni ver, si me estás matando con tus malas partías, si tiées por co-razon un yunque del Martinete.

—No seas loca, gitana, que se me sequen los ojos si yo no pasé por allí por casolidá.

—¿Entonces pá que te paraste en la ventana; si yo te estaba aeechando desde casa de la Pilita, vamos hombre, dime ¿porqué te paraste en la reja y te pusiste á silbar como quien pide el Santolio?

—¿Que paqué me paré? pá escupir en la ventana ¿pá qué querria tu que fuese? Vamos, déjate de infundios y dame un beso.

—Una puñalá que se te encone.

—Dámela si es tu gusto y beso el jierro y la mano con que me hieras.

— ¡Pillo! eso es lo que tú tienes, mucha labia endulzá, mucha letra menúa, pero no me engañas más, yo te cogeré algún día y el día que te coja se hunde el cielo.

— Vamos, que me desun beso te he dicho.

— Que no, que no puée ser, vamos estate quieto, mira que te muerdo.

— Yo que he de estar me quieto, si me voy á morir si no me lo dás.

— Si no te pueo ver, si...

No pudo continuar porque Joséillo la amordazó con sus labios.

*
**

Dos horas después salía este al parecer risueño; pero apenas traspuso la esquina su rostro se tornó sombrío y murmuró con acento ronco.

— Ahora veremos qué es lo que pinta el Pampolina.



V

El Pamplina no conseguía emborracharse; después de los cuatro chatos, apuró otros cuatro y otros cuatro más y como si tal cosa; lo único que consiguió fué exaltarse un poco, sin conseguir olvidar aquel frío desconsuelo que había dejado en su alma la entrevista con Pepa.

Abstraído en sus pensamientos, y contemplando con vaga atonía los extraños dibujos del vino derramado sobre la mugrienta mesa estaba nuestro hombre, cuando vinieron á distraerle de su ensimismamiento, Churrete el jembro de la Cartagenera, Juan, el compadre de éste, el Jabato, una gran bestia de pelo rojo y enortijado, y el Madamita, un petimetre de la mena, bonito de cara, fino de cintura y, según la opinión pública, con más agallas que un tiburón.

Estos dos últimos, mientras los otros dos elegían mesa para jugar un tute, después de saludar cordialmente al Pamplina, se unieron á éste; eran amigos allá desde la niñez y por tanto de los más benévulos de sus enemigos.

Hablaron de todo un poco, y hasta hicieron historia retrospectiva; el Pamplina se desimpresionaba, lentamente, evocando desaparecidos crepúsculos y apagados luminaires y mientras hablaban el Billetero iba y venía desde la cuarterola á la mesa y desde la mesa á la cuarterola.

Pasaron dos horas en estas sabrosas pláticas y ya sentía el Pamplina que las botas empezaban á dar vuelta á su alrededor en ronda desesperada, cuando, al levantarse, penetró Joseillo en la taberna, paseó por los cuatro ángulos, altanero, la insolente mirada y al divisar á su adversario, dirigióse á él con amenazadora lentitud, con el ancho sombrero sobre las cejas; los hombros subidos hasta casi tocarse con ellos las orejas y aguantando con la palma de la mano derecha el cuchillo, cobarde y previrosamente empalmado en la manga.

—¿Se va V. cuando yo vengo?

El Pamplina que lo había visto acercarse con indolente indiferentismo, le midió de arriba abajo con aire despreciativo, y le contestó, no sin escupir desdenosamente antes de hablar.

—¡Ya se vé que sí! del miedo súbito que me ha dado de verte ¡chavó!

—Eso yo ya me lo sabía de memoria, tú no mereces que ningún hombre venga á buscarte.

—Lo que tú debes hacer es salir de estampía porque sinó te vas á resfalar, después te vas á caer y después se te vá á arrugar la pechora.

—Ya lo creo que me iré, pero será después que te hayas puesto de rodilla y después que me hayas pedío perdón por meterte en lo que no te importa

—Mira tú, José,—dijo el Jabato agarrándole por un brazo, aquí no vengas á meter pata, porque no está bien ni nosotros lo hemos de consentir.

Al Madamita le brillaban ferozmente los azules ojos ¡aquello era delicioso! ¡iban á darse de puñaladas! y que la bronca iba á ser de verdad dado los méritos de los antagonistas.

Juan, Churrete y otros parroquianos se aproximaron al sitio del jorno, formando un ancho semicírculo; el tabernero, azufrado gritaba, manoteando desesperadamente, que lo iban á perder, que tenía un puñado de hijos y que si en Martirico no habían edificado era con el único objeto de que se pudieran matar allí los que quisieran, sin testigos de vista y sin comprometer á ningún padre de familia.

—¡Con que pedirte perdón! ¿eh?—dijo el

Pamplina con aplomada serenidad, y de pronto, enfureciéndose ahulló:

—¡Pedirte que me perdones! lo que voy es á hacerte peazos y con los peazos albóndigas.

Y al desplomar su mano, manopla por lo grande y piedra por lo dura, sobre el hombro de José, éste esquivó el golpe y blandió siniestro y rugiente el cuchillo que á prevención llevaba.

Obedeciendo los irresistibles mandatos del instinto, que es una persona prudente y reflexiva, se alejaron todos, atropellándose, del radio de acción de los campeones.

El Pamplina no perdió la serenidad ni el temple, y rápido y sereno enarboló una silla, que cayó sobre José y ágil y lleno de bravura, antes que su adversario se repusiera del silletazo, cayó sobre él, le atenazó una muñeca de un modo formidable y con la mano libre le azotó el rostro.

José dejó escapar un grito de dolor al sentir la muñeca dislocada, y el enorme cuchillo se desprendió de sus crispados dedos.

El Pamplina, de un certero puntapié, envió la faca á hacer compañía á los espectadores, y desde aquel momento, aquellos dos hombres se estrecharon con rabioso ahinco; rodaron por el suelo, bufando como bestias irritadas; las sillas cayeron unas sobre otras á su alrededor, las copas y las botellas, al hacerse añicos,

remojaron con su contenido la sucia solería del palenque; la mesa rodó sobre ellos en uno de los furibundos vaivenes de aquellos cuerpos enlazados y Dios sabe cuando hubiera dado fin aquel grandioso y gratuito espectáculo, si los parroquianos, convencidos por el tabernero, viendo que no había herramientas que temer, no se hubieran arrojado sobre ellos, y á tirones, puñetazos, puntapiés y otras razones tan persuasivas como éstas, no hubieran conseguido separarlos.

Cuando lo consiguieron, José se incorporó tambaleándose como un borracho; había llevada la peor parte en la lucha; un ojo no se le veía, un tremendo puñetazo se lo había convertido en una protuberancia lívida y carnosa; la sangre se le escapaba por la nariz; la camisa rota y llena de sangre y lodo, dejaba al descubierto en el nacimiento de la garganta la marca de fábrica, que había dejado en ella la magnífica dentadura de su contricante.

Este había sido más afortunado, ó más poderoso; apenas si un ligero rasguño en la cara y una dentellada en una mano, marcaban aquel reciente pugilato.

Se necesitó estopa y pez para sujetar al Pamplina; éste se encolerizaba de tarde en tarde, tenían que repicar muy gordo para que se arrancara, pero cuando la sangre se le iba arri-

ba entonces era preciso atarlo como á un perro rabioso.

A José se lo llevaron Juan y Churrete; iba sin protestar, silencioso, dolorido, jadeante, sin mirar al Pamplina, que caminaba casi arrastrado por el Jabato y Madamita.

—¡Vaya si ha estao güeno el estrupicio! debíamos haberlos dejado concluir la faena—iba refunfuñando este último.

Cuando el Billetero los vió alejarse respiró como si pretendiera monopolizar para sus pulmones todo el oxígeno de la calle y en celebración al feliz desenlace de la bronca, se dirigió al barril del legitimo de Cuevas, y tanto se acercó á él que cualquiera hubiera podido pensar que le estaba contando el suceso, á la canilla, al oído



VI

Petra era la más íntima amiga de Pepilla; contaba algunos años más que esta y, sin ser bonita ni mucho menos, no dejaba de ser mujer de empaque y de mucho trapío, pues si bien Dios no debió poner manos en su cara y sí habérsela encargado á sus aprendices; sin duda al verla terminada, después de poner como no digan dueñas, á los chapuceros de sus ayudantes, quiso compensar á la muchacha de las inespereiencias estéticas de aquellos pintamonas celestes, y le puso en la cara un qué se yo luminoso y simpático, una dulzura en la voz, y una gachonería en los ojos, que no había hombre que, estando á su lado, parase mientes en que sus ojos eran punteros, la nariz corta y arremangada, el pelo crespo y jaro, la boca grande, los dientes vestidos de medio luto, el pescuezo lar-

go y la tez de un blanco tan sucio y pecoso, que la pobrecita pasaba la pena negra para sacarlo en claro á fuerza de recios fregoteos.

Respecto al cuerpo, era harina de otro costal; Dios había podido acudir á tiempo, y con el divino cincel hizo prodigios, en espléndida compensación, y dejó en su robusto seno la apoteosis de la curva; cimbreado su cintura con elasticidades maravillosas, labró á torno sus brazos, arqueó gallardamente sus caderas, le puso por piés dos juguetes, y por ende y en un arranque de rumbo, hizo que aquella perfectísima obra de arte se moviera con el más gracioso contoneo que han visto, ven y verán los nacidos en mujer andaluza.

Petra en sus buenos tiempos había armado en el barrio más ruido que una tormenta, había visto pelear al pié de su ventana á los hombres más garbosos de aquel entonces y cuando se cansó de trapisondas echó el ancla en brazos de Paco el contrabandista, un terne ya maduro que había logrado reunir cuatro ochavos, después de andar un puñado de tiempo á tiros con los carabineros en la serranía de Ronda, en cuyo tiempo recogió, á más de los cuatro ochavos, un tiro en un brazo y otro en una clavícula, del que escapó, según él decía, sólo por darle en la cabeza á los médicos, que se empeñaron, en aquella ocasión, en darle el pase para el otro mundo.

Aunque Pepa había dicho al Pamplina que no sabía si iría á casa de Petra, apenas dieron las siete se puso un vestido de percal rameado sobre fondo blanco, acabadito de planchar, un cuerpo de la misma tela, tan ceñido al corsé que daban mareos mirarlo, encima un pañuelo de lanilla encarnada; se aprisionó el talle con ancho cinturón de cuero; se peinó como ella sabía hacerlo, colocóse sobre la reluciente crencha una rosa entre dos agujetas de doublé; miróse al espejo haciendo dengues y mohines encantadores, y echándose sobre los hombros el mantón, como un torero el capote de gala, gritóle á su madre:

—¿Nos vamos, agüelita?

Y salió la agüelita, una verdadera y ruinoso hecatombe; una desconsoladora y palpable demostración de lo efímero de la belleza y la juventud; y mientras Pepilla se lanzaba á la calle radiante de vigor y hermosura, la vieja dando traspiés siguió tras ella, refunfuñando y dándose á los demonios por aquellas carreras en pelo que le hacía dar su hija con tantísima frecuencia.

*
* *

Indudablemente Petra era mujer hacendosa; su casa respiraba bienestar y aseo; la sala de recibo estaba amueblada con ese gusto ritual

de la gente acomodada del pueblo; sobre las blancas paredes, media docena de cuadros representando los amores de Abelardo y Eloisa, en cromos alemanes con marcos negros y dorados; en una de las laterales una cómoda, digna por lo grande de un castillo feudal, con tablero de piedra de sierra Elvira, casi invadido por una Virgen de los Dolores, con mejillas pintadas de bermellón, ojos sin córnea y lágrimas como garbanzos, vestida estrafalariamente y cubierta por un hermoso fanal.

En el sitio que dejaba la imagen se agrupaban dos gorriones embalsamados sobre enhiestos alambres, juguetes de concha hechos en los presidios, dos ó tres figurillas que parecían acabaditas de llegar de una sala de anatomía, y un maripocero que más parecía una ánfora romana. Frente á la puerta de la habitación, una mesa consola, herencia sin duda de algunos de sus antepasados, y encima de ella un espejo de marco de *peluche* y cuya luna tenía el maquiavélico don de achatar los polos; á la izquierda de la mesa, un cómodo sofá forrado en yute color lila, de cuya misma tela estaba forrada la sillería. La habitación estaba espléndidamente alumbrada por dos quinqués con pañtallas de flores contrahechas.

Allí estaba Petra, crugiente, perfumada, yendo de acá para allá sin objeto, sólo por entretener su impaciencia, cuando llegó su amiga.

Cuatro besos que resonaron como cuatro detonaciones se cruzaron entre ellas antes de decir una sola palabra.

—¿Oye? por qué has venido tan tarde?

—Porque he tenido que dormir una irritación que me han dado.

—¿A tí? ¿quién?

—Ahora te lo contaré, y Paco?

—Ya debía estar aquí; pero cuéntame lo que te ha pasado mientras viene.

Sentáronse las amigas, y Pepa contó á Petra del pé al pá lo de la carta de José, la bronca de la Palmera, y los infundios del Pamplina.

Petrita, cuando acabó la Peinadora, se encogió de hombros y dijo:

—Ni José, ni el Pamplina, merecen que tú los nombres siquiera; el uno es un pímpi sin vergüenza y el otro un gañán de cortijo que lo único que te pueden dar es hambre y malos tratos; tú no has nació pá vivir entre jarambeles y montones de basura, así es que el que te gane, que te gane con méritos y te quite de pasar fatigas, y si no, bien está la cara de Dios en Jaén.

En aquel instante apareció Paco en los dinteles de la sala.

Era el contrabandista hombre de cincuenta años, recio, musculoso, de rostro atezado y expresión franca y agradable.

—¿Has venio ya, hombre?—le dijo Petra con retintín.

—¡Jesús y cuanto güeno hay por casa!

—Pero, ¿por qué has tardao tanto?

—Porque al venir para acá me dijeron que había habío bronca en la taberna del Billetero y fui á enterarme.

—¿Y qué ha sio?

—Casi ná, que ese infundioso de José ha querío tentarle el jato al Pamplina.

—¿Y le ha pasado algo á Joseito?, preguntóle inquieta Pepilla.

—¿Toavía te acuerdas tú de ese pámpli?; pues no le ha pasao ná, sólo que de la sofocación se le inrritó tanto un ojo, que por poco se le salta.

—¿Y á dónde lo has dejado tú?

—José con dirección á la botica por árnica pá el ojo y el Pamplina, que estaba un poquito alumbrao, camino de su casa pá dormir la estrepitosa.

—¿Entonces esta noche no vendrá?

—No, pero en cambio tendremos aquí al señorito más neto y más salao de la tierra.

—¡Corrito!

—El mismo; ¿tú no lo conoces, Pepilla?

—¡Ni ganas!

—Oye, parece que el ojo de José tá puesto tormentosa.

—¿A mí? ¡que si quieres, hombre!, que lo fusilen.

—Mejor que mejor; oye Petrita y Rosa y Clotilde, no vienen?

—Todavía es temprano; yo las cité más tarde.

—Pues mientras llegan, vamos á bebernos dos copas, que con Vds. me van á parecer doscientas.

—¿Doscientas ná más?

—¡Y dos millones!

—Olé por los hombres sin exageración.

—Olé por mi San Francisco.



VII

Media hora despues hervía la gente en la espaciosa habitación. Numerosos amigos de Paco, casi todos ternes y buenos mozos, y muchas amigas de Petra, bonitas casi todas y todas mujeres de salero, que habían ido á felicitar al contrabandista por ser su día, se codeaban en aquel ambiente saturado de acres perfumes.

Encima de la mesa consola, dos damajuanas prometían á los aficionados el líquido maná de los borrachos, mientras en dos grandes azafates se fundían los dulces amontonados en almiaradas intimidades.

Pronto empezó á circular el aguardiente, y una hora después, cuando ya el chiste brotaba de aquellos labios, sin ropaje alguno, y el requiebro vestido de sensualidad, cuando las miradas de los hombres caían sobre los encantos

de las mujeres como granizadas de luz intensa, y las copas temblaban en las manos ya inseguras, y empezaban las lenguas á dividir las palabras con grotescos tartamudeos, apareció Corrito en la puerta de la sala.

Era éste el señorito más chulo que ha nacido de madre; un ingerto de gitano y marqués, más conocido que la belladona y más malo que la rúa.

Frisaría entonces en los treinta y cinco años, era de regular estatura, trigüeño de color y de continente aíroso.

Sus ojos grandes y melados tenían frías tonalidades de acero; la nariz era grande y acaballada; la boca pequeña, los labios gruesos, etiópica la dentadura; el cabello pardo y abundante y el bigote sedoso y brillante.

Vestía con exagerada elegancia; en sus sueltas maneras, en el natural desenfado de sus movimientos, adivinábase al hombre de sociedad un tanto achavaacanado.

Aquella noche llevaba ancho pantalón de franela, zapatos de *satín* blanco, que dejaba ver de vez en cuando el negro calcetín de seda como detalle aristocrático; ceñidor de raso negro con sus iniciales bordadas en oro; camisa de seda cruda con botonadura de pequeños brillantes; chalina de seda blanca; cazadora holgadísima de hilo y sombrero de finísimo fieltro oscuro. En el dedo índice de la mano izquierda

lucía un magnífico brillante admirablemente tallado, y de su cintura pendía una corta cadena de metal blanco, rematada por una artística medalla napolitana.

—Señores, buenas noches!, ¿me dan Vds. permiso?, dijo con acento un tanto enronquecido, á la par que se quitaba el sombrero.

Todas la miradas se posaron en el nuevo contertulio.

Paco se dirigió á él rápidamente.

—Aquí entra V. y me echa V. á la calle si le da la gana, porque esta casa es más de V. que mía.

—Mil gracias, Paco; pues dí que tienes por casa el piso principal de la gloria donde viven, de las once mil vírgenes, las más bonitas.

Las mujeres, al oírlo, sonrieron llenas de orgullo y se esponjaron en sus asientos, mientras los hombres le miraban con prevención.

Corrito inspeccionó con tranquila desfachatez á las diosas allí presentes; ninguna le pasó desapercibida, se enteró perfectamente de los méritos de cada cual, pero la única que reverberó intensamente en su retina fué Pepilla la Peinadora.

A los diez minutos habíase ceñido el señorito al medio ambiente aquel, había encajado en aquella tosca máquina social, y había conseguido que los hombres lo trataran con francas

cordialidades y las mujeres con cariñosa emulación.

La única que le miró indiferente fué Pepilla; estaba esta preocupada por el ojo chafado de Joseillo y por las consecuencias que aquella bronca pudiera tener.

En el momento oportuno, apareció la guitarra, un prodigio hecho por Lorca, adornado con el Iris, hecho cintas de raso, en el extremo del mástil.

—Vamos, Don Corrito, á lucirse — dijo Petra entregándola á este.

—¿Y quienes van á cantar y á bailar?

—Toque V. sevillanas que Pepilla las baila como Dios, y Jesusa las canta como su madre.

—Yo no bailo, ¡quita mujer! murmuró Pepa con cara de vinagre.

—¡Vaya si baila V. salero! le dijo Corrito sin mirarla.

—Que no bailo.

—¿Y porqué?

—Porque aluego me constipo y estornudo.

—Pues á pesar de eso vá V. á bailar porque yo lo mando.

—¿De verdá Señor Gobernador?

—Vaya si es de verdad y no olvide V. ese encargo; V. á nadie, más que á mí, tiene que darle gusto

Al decir esto la mirada del Corrito se posó despótica sobre Pepilla.

Esta se sintió desconcertada por la fría intensidad de aquellos ojos y bajó los suyos.

— No seas guasona, Pepilla y baila, le dijo su amiga.

— Bailaré, mujer, bailaré, pero ya sabes tú que yo necesito que toquen muy requetebien porque si no me pierdo.

— Es que yo toco mucho ¡pero mucho! ya verá V.

Y empezó á tocar Corrito, y bien pronto se convencieron los concurrentes que no había estado de más lo afirmado por él.

Tocaba con pasmosa habilidad, con esquisito gusto, con admirable soltura; las falsetas más difíciles y más complicadas salían llenas de limpidez, cada nota tenía su justa intensidad y precisa duración ¡aquello era una maravilla!

Jesusa cantó como lo sabía hacer en los días de fiesta y su acento de simpático timbre, al resonar en la sala, hizo enmudecer á todos.

Pepilla sacó de la faltriquera los palillos, adelantó el cuerpo al borde de la silla, irguió el busto y en el momento oportuno, al marcarse la entrada, se lanzó airosa y rápida al centro de la habitación.

Bailó como lo hacía en las grandes solemnidades, sacando á relucir todos sus méritos; producía vértigos; mas que andar resbalaba en sus voluptuosos avances; sus brazos se arqueaban sobre su cabeza mientras lucía descaradamente

y con lascivas actitudes los contornos del palpitante seno, la magnífica redondez de las caderas; la prodigiosa esbeltez de la cintura; cada paso tenía sus originales atractivos, todos lúbricos y embriagadores como los de una danza Pompeyana. Sus ojos entornados despedían ardientes raudales de luz; su sonrisa más que sonrisa era una fatigosa contracción del placer; su nariz aspiraba ruidosamente el ambiente como se aspira en los epílogos de la bacanal; su tez tenía las tintas de la adelfa y el cabello crespo y artístico saltábase sobre la sudorosa frente.

Corrito la miraba pálido, excitado, nervioso, hacía grandes esfuerzos por no equivocarse una nota, pero en el instante en que Pepa, imitando al vertiginoso espasmo del deleite en su instante supremo, arqueó elástico el magnífico busto, movió las caderas con rápida cadencia, taconeando febril y acompasadamente, y luciendo con la falda recogida el microscópico pié y el principio de la bien modelada pantorrilla, tembló Corrito y el temblor de su cuerpo se transmitió á sus dedos y estos pisaron torpemente los trastes.

Una atronadora salva de aplausos y gritos estentóreos marcó el final del baile.

—Por poca cosa pierde usted el punteo, dijo Pepilla dirigiéndose al tocador.

—¿Qué quiere V. que le haga hija mía? si

verla á V. bailar y caer con calenturas es una misma cosa.

Dos minutos después soltaba Corrito la guitarra en manos de Antonio el Almendrero y, como quien no hace la cosa, fué á sentarse al lado de Pepilla que, á falta de abanico, se hacía aire con el pañuelo.

—Ahora vamos á hablar nosotros, le dijo.

—¡Nosotros! ¿y de qué vamos á hablar?

—De muchas cosas.

—Bueno, pues empiece V.

—Pues ya empiezo.

Y Don Corrito se pegó á ella todo lo que permite el decoro en sus ratos de benevolencia, y de lo que le dijo ó lo que no le dijo ya nos enteraremos en capítulo venidero.



VIII

El Pamplina durmió la pítima, y á la mañana siguiente, casi á la hora de costumbre, vistió los trapos de la fragua y se dirigió al taller, sombrío, taciturno, repasando en su memoria los sucesos acaecidos el día anterior.

Llegó al taller algo más tarde que de costumbre; ya estaban allí todos sus compañeros engolfados en sus faenas de titanes. El inmenso fogón brillaba, poderosamente avivado por el estertórico resuello del fuelle, que movía á compás de unas guajiras un rapazuelo de renegrido y achatado rostro; acá y acullá robustos jayanes con los musculosos brazos desnudos, golpeaban de un modo automático sobre los negros yunques; un ruido ensordecedor llenaba el espacio; allí la vida se desbordaba negra, letal, atronadora; aquellos hombres tenían en su es-

estructura y en sus facciones algo de la dureza y la aridez de la materia con que luchaban brazo á brazo; el maestro dirigia la batalla vigilándolo todo con mirada escrutadora y dando las órdenes oportunas con unos vocejones más retumbantes que los más sonoros martillazos.

Al entrar el Pamplina suspendieron todos sus trabajos, los martillos quedaron amenazadores en el aire, dejó de resoplar el fuelle, la guajira que cantaba el rapaz sufrió brusca interrupción, y el maestro dirigiéndose al operario rezagado le dijo:

—¿Estás malo?

—No Señor—repuso secamente el Pamplina dirigiéndose torbo y taciturno á su yunque.

Todos se apercibieron de lo mal templado que estaba el guitarro y tornó á golpear el hierro contra el hierro, á dar resoplidos el fuelle, á chispear la llama, á cantar el rapaz, mientras el maestro encogiéndose de hombros se dirigió al extremo opuesto del taller.

—Oye tú, Migaja, trae la palanca—dijo el Pamplina á su aprendiz, un chiquillo con más cabeza que cuerpo y más truhanería que cabeza.

Migaja se fué al fogón, se escupió en las manos y después de frotar la saliva, agarró el extremo de la palanca y tirando de ella la llevó hecha brasas sobre el yunque, donde el Pamplina empezó á golpearla con tanta violencia que

á cada martillazo el aprendiz se veía y se deseaba para que no se le escapase de las enflaquecidas manos.

Nunca trabajó con tanto ahinco ni habló menos el Pamplina que en aquella ocasión: al llegar la tarde estaba negro y jadeante: el sudor que brotaba en su frente iba marcando en su rostro extraños dibujos, pero estaba más tranquilo; aquel terrible batallar de músculos, aquel derroche de energías físicas, habían domado su excitación nerviosa. Si durante las horas pasadas alguien se hubiera asomado á su cerebro, hubiera podido ver cosas estupendas; aquel tiempo no había estado martillando sobre la palanca hecha fuego sino sobre Joseito hecho palanca, y si bien nadie durante aquel día lo había oído pronunciar una frase no por eso había dejado de charlar como un descocido, á sus solas y á sus anchas, pues habían sido muchas las veces que había repetido mentalmente el siguiente monólogo.

— Pensará ese tiesto que está tó acabao, que me voy á dar por contento con lo del ojo, ¡mal rayo! ¡ya verás tú mozo bonito el cuento que yo te cuento por fantesioso! ¡por mi salucita que me las paga! no porque esté por él la Pepilla sino porque á mí no me busca ningún nacio que no me encuentre ¡musiquero! venir á pelear en la taberna como si para matarse y para comerse el corazón se necesitaran testigos de vis-

ta; lo que él buscaba era armar mucho barullo, pá que aluego llegara á oídos de la Peinadora ¡otra que mejor baila! ¡cómo están las mujeres! yo le juro por la memoria de mi madre, á esa gachí que, si pueo, á él lo lisio y á ella la jago un trapo, la ensucio y la tiro, pá que la laven, á Guadalmedina.

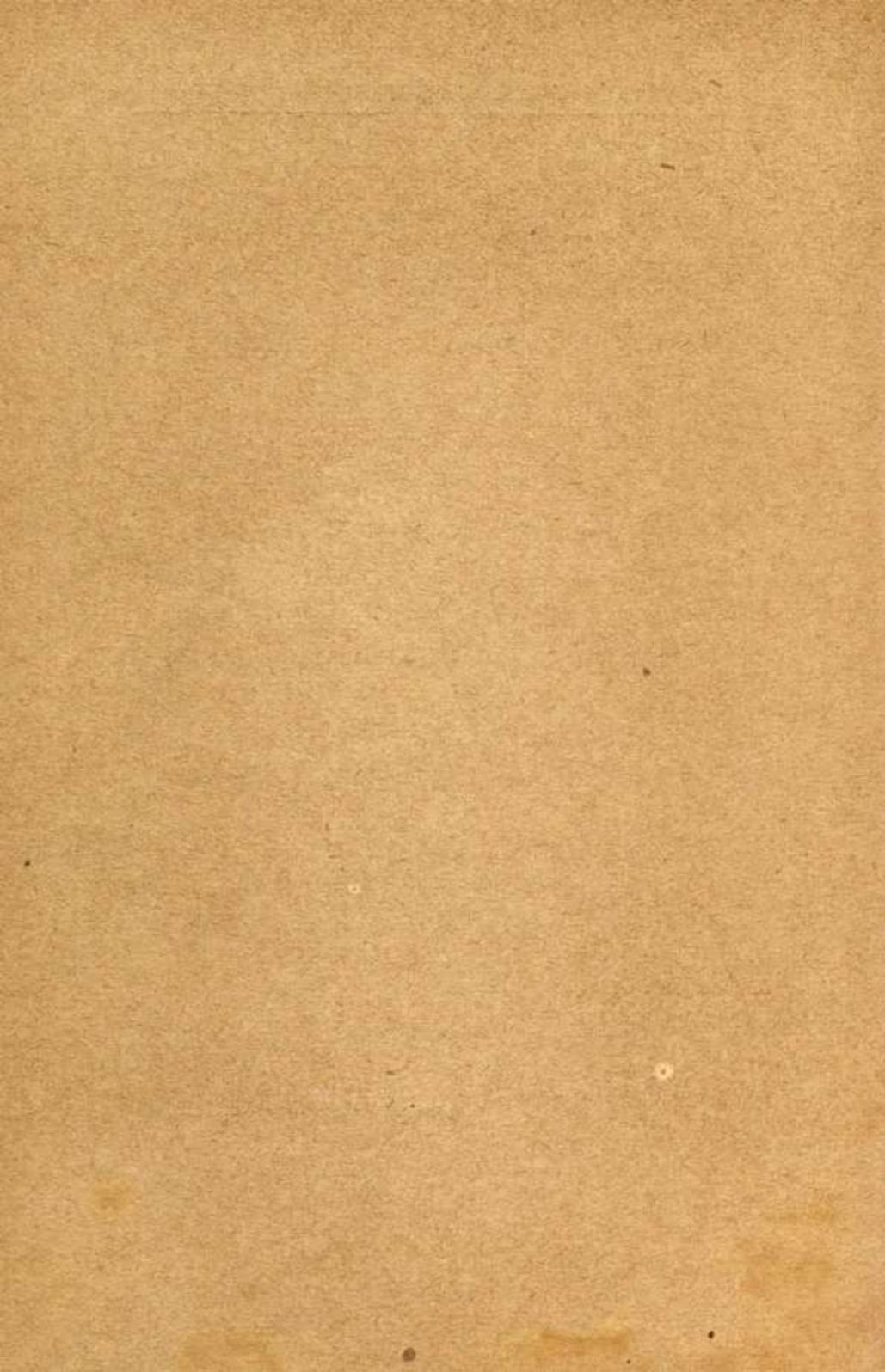
Este monólogo, como digo anteriormente, fué casitantas veces repetido como golpes dió en la palanca y solo dejó de hacerlo cuando anunció la campana, con alegre repiqueteo, la hora de dar de manos.

Ya en la calle estaba casi tranquilo, y ya sus compañeros pudieron abordarle acosándolo con mil preguntas sobre la bronca de la noche anterior que había llegado á sus oídos corregida y aumentada de tal modo, que había quien decía que el ojo de Joseillo había ido á parar á Chafarinas.

Como siempre, puesto que era el camino más corto, se dirigió para su casa por calle del Carmen, donde vivía Pepilla. Al penetrar en la esquina se le mudó ligeramente el color; había visto un hombre en la ventana de la Peinadora; pensó que era José; apresuró el paso con las más negras intenciones del mundo, pero pronto lo refrenó sorprendido; el que estaba en la reja no era José sino el famoso D. Corrito, aquel famoso Lovelace del Bulto, del Perchel y la Goleta.

El Pamplina sonrió de un modo avieso y murmuró sarcásticamente:

—Anda, Joseito; D. Corro te quita la gachí y yo te quitaré los moños pa que aprendas á tener dirnidá.



IX

Cuando Pepilla se retiró la noche de S. Juan de casa de Pedro llevaba la cabeza tarumba, ¡valiente revoltillo de hombres! José, el Pamplina, D. Corrito, ¡vaya un personal! todos allá en su cerebro se fundían fantásticamente. José le repetía al oído aquellas melosidades pérfidas con que supo engatusarle el corazón; el Pamplina, leal y serrote, le daba implacablemente de testarazos á su vanidad de mujer solicitada y Corrito ¡qué Corrito, Dios santo! se le aferraba á las fibras de la vanidad y la ambición y le repetía sin cesar lo que le había dicho en casa de Petra.

—Mira, lucero de la tarde—le decía—yo desde que te he visto me he vuelto loco, te me has metido todita entera en el alma y me estás dando la muerte.

Tu dirás ó pensarás que estos son infundios y bocanadas; pero yo te juro que no, que alacranes me piquen en el corazón si es mentira lo que te digo, chiquilla; yo soy así, yo no hago hacer antesalas al cariño, yo tengo dentro de mí una bestiecita que me muerde y me hace pedazos cuando despierta y esta bestiecita ha despertado y me está royendo los huesos desde que te vi. Yo sé que tú no puedes quererme de golpe y zumbío, pero yo te iré ganando poquito á poco; yo, aquí donde tú me ves, soy muy desgraciado; yo no he encontrado todavía una mujer que me quiera como yo me merezco, y como yo sé querer, volviéndome loco por un beso, siendo capaz de apuñalarme el corazón por una caricia. Si tú te atrevieras á quererme, me moría, paloma, me moría nada más que de pensarlo, y si vivía había de estar mirándome en tus ojos, besando la tierra que tú pisaras, soñando con tus sueños y muriéndome con tus penas.

Todas estas palabras fluían sonoras y dulces en su memoria, como rica fuente de ilusiones y de esperanzas, tornasolando sus pensamientos. Tenía ella muchas y retomuchísimas ganas de respirar otro ambiente; aquella sala se le venía encima con pesadumbres de montañas; ella era una flor en un mal tiesto, esto decían todos; la yema de los dedos le dolía de zarcir chambras y camisas; el potingue diario se le resis-

tía, nunca pudo ahorrar un duro; su madre vivía de milagro, aquella vida era una inquisición; ¡y que no estaría ella muy buena moza, con camisas de raso, chaponas de batista, medias de seda, zapatos de podoré, vestidos de gró, cintillos de brillantes, pulseras de oro y ricos mantones de Manila!

Podría vivir en un principal, amueblado con todos los lindos cachivaches ante los cuales muchas veces se había casi dormido contemplándolos en los bazares de Alonso y de Cabezas; podría comprar aquella pareja de segadores italianos y aquella quisicosa parecida á un sofá tapizada de azul celeste; pues ¡y aquella lámpara color rosa!; ¡pues y aquella pila de agua bendita, de porcelana!; pues y aquel grandioso espejo en el que se podía mirar todita ella de cuerpo entero!

La cama sería un monumento de caoba con mosquitero de tul y colcha de damasco con grandes almohadones de plumas.

Durante las tardes saldría en coche con su madre hecha una señorona; se irían al muelle; los hombres se embobarían mirándola; los ginetes volverían riendas á sus caballos por admirarla de cerca; las mujeres se escandalizarían por su lujo y su elegancia... ¡pues y cuando la vieran las gentes del barrio!; además, Corrito la mimaría mucho, y era buen mozo, tenía un no sé qué que la ponía calenturienta, como no la

había puesto ningún otro hombre; ¡aquél perro era una mala hora!, así era tan famoso; ¡y que no era el hombre descarado para mirar las cosas que más le gustaban en las mujeres!

Lo cierto es que Pepa con estas cosas no podía pegar los ojos, daba fatigosos vuelcos en la cama; el sueño, ante aquel silencioso cataclismo de la moral, se alejaba contristado.

Pasaban las horas y seguía Pepa con aquella batahola en el cerebro, formando planes brillantes para el porvenir, y cuando las primeras luces de la aurora alumbraron pálidamente los cristales de la reja, agobiada de cansancio, quedó nerviosamente dormida.

Cuando despertó eran las dos de la tarde; al caer desde el horizonte de los ensueños en lo más hondo de la realidad, sintió amargo desconsuelo; todos aquellos juegos de luces de bengala de su fantasía, anochecieron repentinamente en su imaginación y apretó fuertemente los párpados por no ver la cómoda sin barniz ni tiradores; el techo de vigas apolilladas; la mesa de pino, sobre la que campeaba una fuente de escarola; el sudoroso botijo del agua; las tres ó cuatro sillas sujetas con tomizas; las estampas pegadas en la pared con obleas y migas de pan, y el lecho aquel donde reposaba, tan distinto del otro soñado con mosquitero de tul y cubrepiés de raso y blandísimos almohadones de plumas.

Reflexionando sobre sus pasados delirios sin-

tióse humillada; parecíale que todo se reía de ella: la cómoda con sus roturas, la pared con sus desconchones y hasta las escarolas con sus hojas verdes y tersas.

Dios sabe cuanto tiempo hubiera permanecido en el lecho, absorta en sus amargas reflexiones, á no haber penetrado, hecha un brazo de mar, Petra en la habitación.

—No duermen más los siete durmientes hija mía; alza, que son las tres.

Pepa se incorporó perezosamente.

—¿Qué te trae por aquí?

—Que voy á casa de la Mendruguito y quiero que me acompañes; ¡voy á sacarle los ojos! ¡Pues no ha tenido el valor la muy pícara de empeñar el corte de vestido que le dí para que me lo hiciera!, no se puede una fiar de nadie! ¡Jesús, qué calor! ¡vaya! lo que es anoche no te aburrirías ¿y á que no sabes con quién acabo de hablar?, pues con José, hija, con José, que tiene un ojo como una sandía de Adra.

—¿Y qué te ha dicho ese pèrdis?

—Pues que merezca la pena, naita; sá enterao de que anoche estuviste de palique con Corrito y dice que....

—¿Qué dice?

—¡Quién vá hacer caso de medios días!

—Pero, qué dijo?

—Pues ha tenío la sinvergüencería de decirme que tú, pa don Corrito, no sirves; que don

Corrito te querrá media hora y después te dará pasaporte; que tú eres poca mujer pa un hombre como ese.

Al oír esto, el rostro de Pepa se contrajo y gritó con voz agresiva y modales de verdulera.

—Que á mí me dé la gana, y verá ese cascarrilla que no soy tan poca mujer como él se piensa.

—Vaya, mujer, no te jachares; la cosa no merece la pena, y si quieres verle pasar ducas, amartélate con don Corro, y ya verás cómo revienta del entripao.

—Si no fuera por... ¡mal tiro! si no se puede ser honrá; ¡que yo no sirvo!

Y Pepa se lanzó fuera del lecho luciendo sin rebozo sus virginales hechizos.

—Siéntate, mujer, siéntate y no me hagas caso ¡habrá charrán! que no sirvo pá maldita la cosa!, que no me dé la gana de probarle que á Don Corrito lo hago yo un papel de estraza en cuanto se me antoje!

—Vaya, mujer, déjate de pamplinas, ¡pues no te ha caído mú hondo! si lo llego á saber no te lo digo, hablemos de otra cosa. Sabes tú que Corrito está por tí ¡vaya si le ha hecho clase tu persona!; anoche cuando te viniste se arrimó á mí y ¡bendita sea la providencia!; según él, á tu vera son estiércol las mejores mujeres; me dijo que si te atrevieras á quererle había de vivir como una reina: y es mú capaz de hacerlo, pá

ese gachó son lo mismo diez mil duros que pá tí diez cuerdas para el pelo.

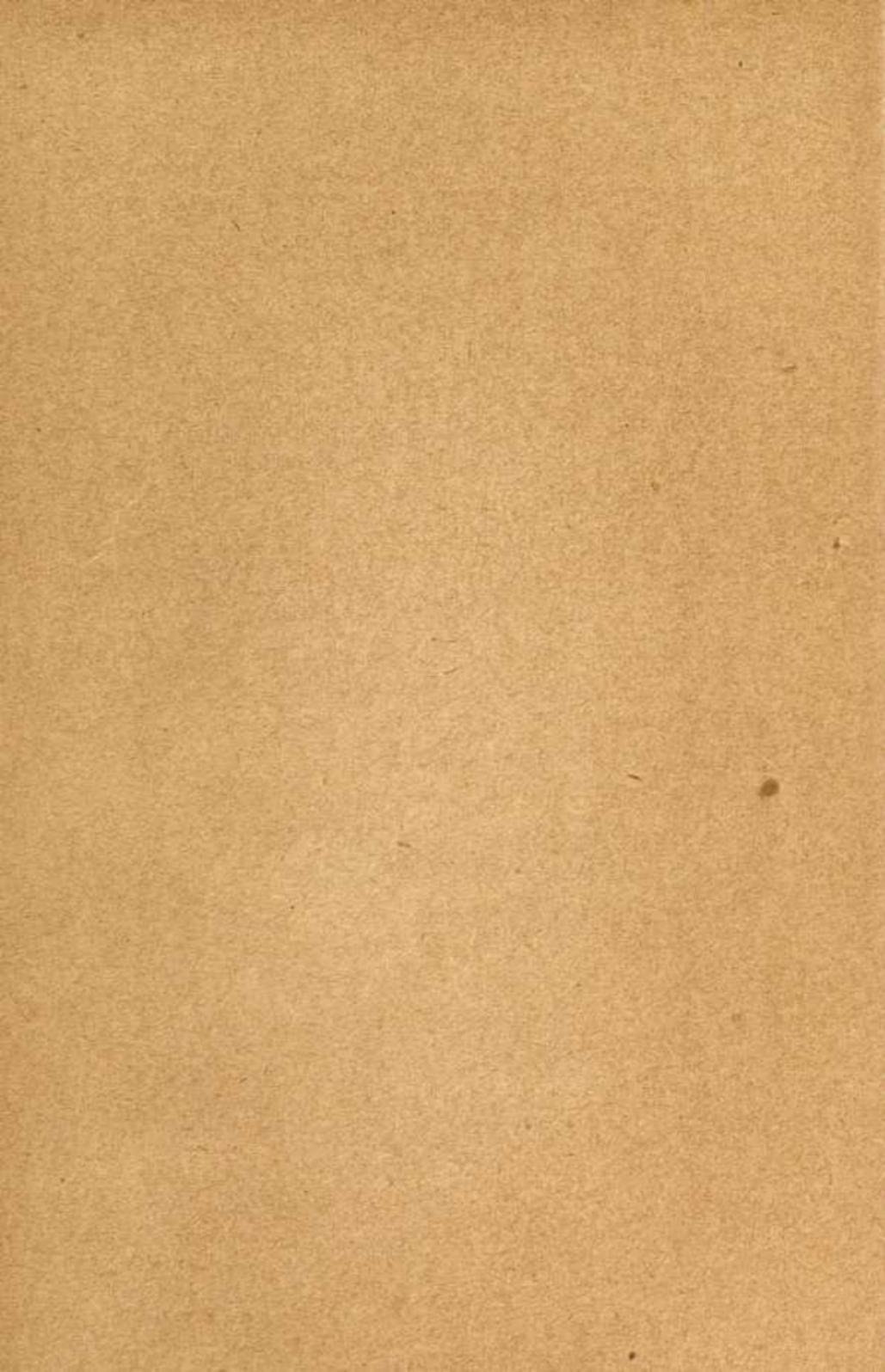
--¿Pero, tú crees?

—No he de creerlo; qué gracia tienes tú!, si con el baile de anoche le diste la puntilla, si tienes tú en la cara, además de ser bonita, una quisicosa que no hay Dios que la aguante.

Pepa, sonriente, besó á Petra en la boca y le dijo bajando los ojos y con las mejillas como amapolas.

—Pues mira, esta noche pasá no he dormido pensando en eso, porque á la fin y á la postre, Joselillo... ná, el Pamplina .. mucha pamplina y... vaya, que yo no he nació pá comer pan y potaje hoy, y pan y potaje mañana.

Entró en esto la agüelita y la conversación fué á parar, llevada ñestramente por Petra, en puerilidades de mujer, y cinco minutos después se lanzaban á la calle nuestras amigas.



Joseillo estaba que echaba chispas; el palique de Pepa con Corrito se le había atragantado, la Chilindrina estaba hecha un basilisco; el ojo chafado le dolía más de lo necesario y sobre todo le afeaba horriblemente; en fin, que parecía que todo se había conjurado contra él en aquella ocasión.

Lo que dijo a Petra lo dijo envenenado, sabiendo que era correo seguro; después se arrepintió profundamente; comprendió al reflexionar que había levantado una muralla entre él y la Peinadora; sabía por experiencia que las mujeres perdonan al hombre que desgarrar su corazón, pero no al que pisotea su vanidad y su orgullo.

Por esto estaba desesperado, por eso al acordarse del Pamplina cayó en la cuenta que debía

hacer pedazos á éste; pensó que podía encontrarle en el jondilón del Zocato y conánimos de pelea se dirigió sin vacilar hacia la calle del Cuartelejo.

La taberna del Zocato era famosa en todo el Perchel; allí se encontraban las mejores aceitunas; allí las tajadas de bacalao eran grandes como puño y estaban fritas como Dios manda, allí el jamon era legitimo de Montefrío, el seco traído de Montilla, y el aguardiente pasado por los alambíques de Yunquera.

Además, la taberna era espaciosa, tenia dos buchinchis para los murciélagos amorosos, y, por ende, Ramoncillo el Gitano, que así llamaban al tabernero, era la mar por la muchísima gracia que Dios había puesto en él; condiciones con las cuales se había hecho de una buena parroquia, compuesta en su mayor parte de operarios de las Fábricas de D. Carlos y D. Tomás, y de algunos toreretes que se pasaban allí las noches poniendo como chupa de dómine á Frasuelo, Rafael, y otros maletas afortunados, y conste que lo de maletas es apreciación de aquellos émulos de Montes y Costillares.

Esta gente era un tanto revoltosa, y á veces por si uno estuvo hecho un guasa en Fuente Ovejuna ó por si el otro dió un golletazo en Cañizares armábase un jollín de moco de pavo, y se mentaban la madre y se daban de cachetes; pero estas tormentas eran siempre apaci-

guadas por Ramoncillo con solo su presencia.

Mientras aquellos toreros en gestación se imponían mutuamente sus méritos taurómacos á gritos y puñetazos, lo más distante posible de ellos, colocábanse los trabajadores de las fábricas, tiznados la mayoría por el humo de los talleres, á jugarse al dómينو ó al tute la convidada.

En una mesa estaba el Pamplina jugando con Francisquito y Perico el Gancho, dos de sus compañeros de oficio.

El Pamplina perdía, era el partido á cinco porras, y mientras que él no se había apuntado más que una, sus adversarios estaban capellanes de raya.

A pesar de que tenía dándole tumbos en la cabeza á la Pepilla, á José y á Don Corrito, jugaba de verdad, entreteniéndose al mismo tiempo en barajar allá en su cerebro con agilidad de grupié, aquellos naipes humanos.

Francisquito fué el primero que cantó victoria; el muy pécora había jugado á cerrar para pescar la raya que le faltaba, saliendo de tinta y quedándose con el blanco doble y el blanco tres.

Quedaron Perico y el Pamplina, éste removió las fichas con rabia, y se dispuso á echar el resto de su sabiduría para derrotar á su contrincante.

Puso los dómínos en correcta fila, ¡qué cosas

le pasaban aquella noche! como no veía el blanco doble, se le había puesto en la cabeza que Joseillo era la ficha aquella.

Tenía buen juego de cinco; salió por el doble, á la tercera jugada metió el compañero el cuatro cinco, él, haciendo como que huía, jugó por la otra puerta; Perico cayó en la celada y pataplún, encerrado. ¡Paso! gritó colérico, y pín pán pún, dómimo hecho por el Pamplina.

Quién sabe si éste se hubiera salido, pero la partida no pudo continuar; el nieto de la tía Zerona, la carbonera de la esquina llegó al lado del Pamplina y le dijo algunas palabras al oído.

—Gracias á Dios que ese pèrdis tiene vergüenza y me ahorra el trabajo de buscarlo, pensó, y dirigiéndose á Perico, le dijo con acento impasible.

—Aspérate una chispa, ya vengo, vé barajando.

Y salió tranquilamente á la calle; allí, en el portal de una casa, estaba Joseito con el sombrero sobre las cejas.

-- Gracias, hombre, así me gusta ¿cómo estás del ojo?

—Hombre tal cual, por eso vengo, pá que me hagas el favor de acompañarme á la botica por unguento.

—Ya lo creo, como que es hacerte una obra de misericordia.

—Pues andando.

—Pues andando.

Y primero el Pamplina, que sabiendo con quién se las había, llevaba los ojos en el cogote, y detrás José, se dirigieron hacia la Estación, perdiéndose á poco en las oscuras penumbras de la vieja iglesia parroquial.



XI

Las cinco serían cuando don Paco pegó la hebra con Pepilla en la ventana, y eran las ocho y, según él todavía no había empezado á hablar con ella.

El reducto empezaba á presentar brechas para el asalto, su certero bombardeo oral destruía razones, miramientos y afectos arraigados. La plaza estaba casi vendida, el peor enemigo estaba dentro de ella, el amor propio y la ambición sublevaban á favor del enemigo todas las pasioncillas ruines del corazón; los sentidos exaltados, se pasaban con armas y bagajes al adversario, y la ciudadela, casi destruida y perdida la fuerza moral, pedía suspensión de hostilidades por no declararse vencida.



Corrito no cedió, y vislumbrando el triunfo, estrechó las paralelas y avivó aquél certerísimo fuego.

— Yo no me voy — decía — sin llevarme la gloria en el alma ó una puñalada en el corazón; yo no he sentido nunca lo que por tí siento, me parece que tengo en las venas plomo derretido, yo no sé lo que tú tienes en tu cara y en tus ojos divinos, y en tu divino cuerpo, que mirarte me emborracha, oírte me vuelve loco y sentirte cerca de mí me martiriza y me hace pensar que todo el cielo se ha empequeñecido para meterse en tu sala, después se ha metido en tu cuerpo, después se ha subido á tus ojos y desde tus ojos me está diciendo, ven y muérete de alegría ó revienta de rabia por no poderte venir.

— Hombre por Dios, que me pongo mala.

— Cree todo lo que te digo, ramillete de alielies, y no seas dura de corazón, mira que me estás matando á fuego lento, que yo ya no puedo vivir sin tí, que no quiero verme más que en tus ojos, ni beber otro aliento que tu aliento; que necesito que seas mía aunque después me arranquen las entrañas.

Iba Pepa á contestar, cuando hacia el extremo de la calle desembocó un pelotón de gentes; un sordo rumor de voces llegó hasta la ventana, los vecinos se arremolinaron, los hombres corrieron hacia allí, la multitud se agolpó al extremo de la calle.

Don Corrito vió brillar á lo lejos algo con reflejos metálicos; aquel bullicio avanzaba, pronto llegó la vanguardia, compuesta de desarrapados, que comentaban un suceso con gritos y aspavientos de entusiasmo y carreras de corsos.

—¿Qué ha pasao?, preguntó Pepa á uno de los desgñados rapaces.

Uno de los muchachos, ávido de ser de los primeros en dar el notición, gritó alegremente:

—Que el Pamplina ha matao á Joseillo ¡ahí viene preso!, ¡valiente puñalá le ha atizao en el pescuezo! él también viene herío.

Pepa se puso lívida, pareció que aquella puñalada se la daban á ella en el corazón.

—¡Joseillo muerto!, ¡no podía ser! se apartó de la ventana, se echó el mantón sobre los hombros y se lanzó como un rayo hacia el sitio del sangriento suceso.

En aquel instante la avalancha de gente pasó por la puerta de su casa; en el centro de aquella muchedumbre iba el Pamplina con los brazos dislocados por los cordeles; siniestramente pálido, con el rostro y la camisa llenas de sangre y mirando á los que lo conducían con expresión de idiota.

Pepa no tuvo que preguntar dónde estaba el muerto, siguió á un grupo que corría y siguiéndolo jadeante y convulsa llegó á donde estaba la víctima.

Pudo abrirse paso á través del apretado círculo de gente que la rodeaba, y al divisar el cuadro sangriento, sintió que le flaqueaban las piernas y se le nublaba la vista.

Joseillo reposaba sobre enorme charco de sangre con los ojos pavorosamente abiertos, los brazos en cruz, las piernas extendidas, los rubios mechones de rizados cabellos sobre la amarillenta frente, con el bello rostro contraído por una última expresión de dolor y de rabia, y empuñando con la mano derecha una enorme pistola de dos cañones y con la izquierda una faca de ancha y brillante hoja. La herida por la que se le había ido el alma era digna tal vez de ésta; parecía un ligero rasguño en el cuello; parecía que la carótida debió poner algo de su parte por llegar hasta el acero.

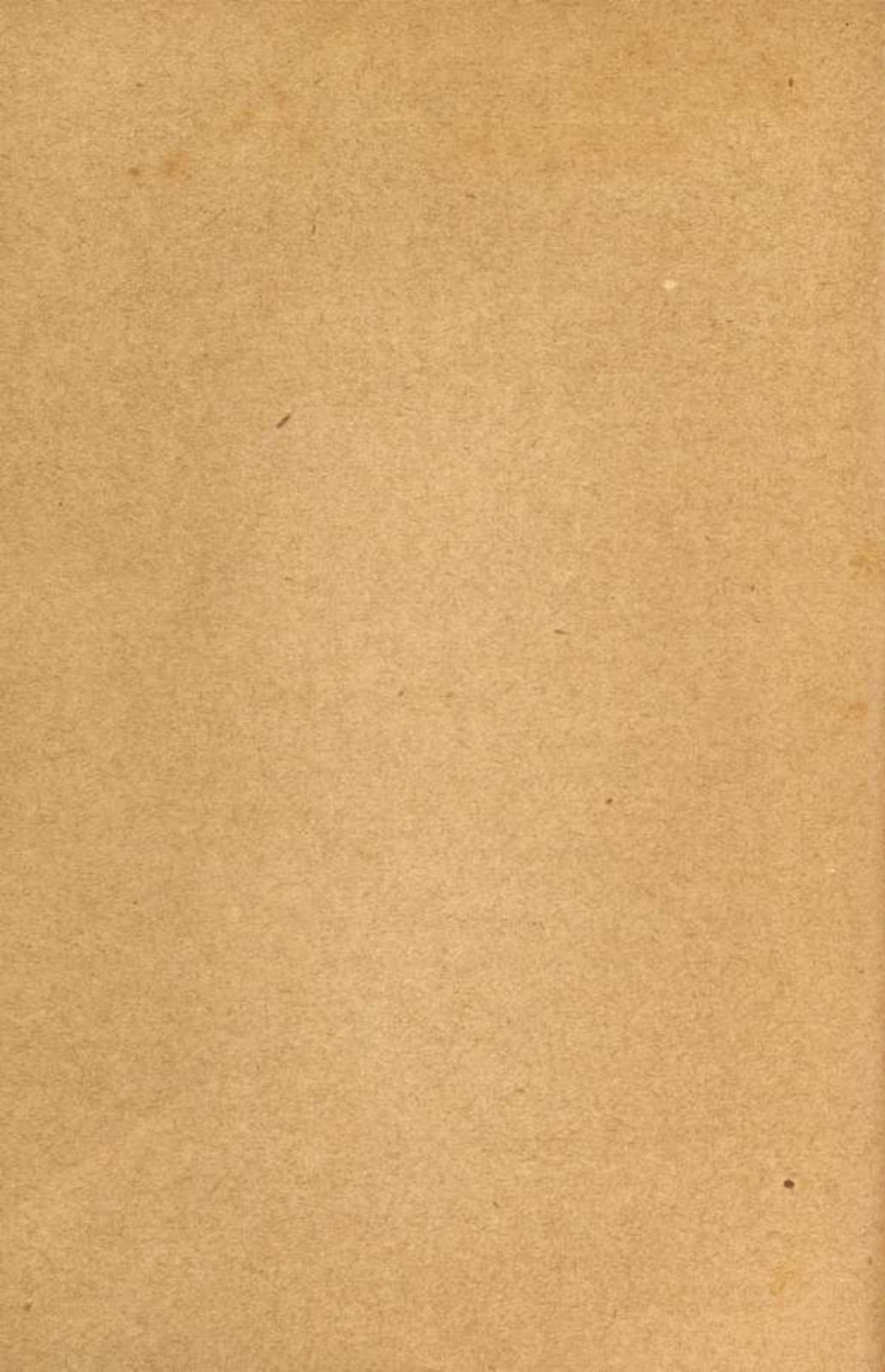
La luz del farolillo del guarda-calle caía sobre el rostro del muerto haciendo más siniestro y más fantástico el cuadro.

La gente comentaba el suceso; Julianillo Redondo lo había presenciado desde corta distancia; éste se lo contaba á todo el que lo quería oír: José había zumbado dos tiros al Pamplina, uno de los cuales lo hirió ligeramente en la cabeza; al sentirse éste tocado, se abalanzó á José con una navaja que parecía un limpia dientes y esquivando una puñalada que le dirigió su contrario, metió el brazo y, zás! dos tamboleos y pataplún, al suelo ¡valiente costalazo!

Pepa quiso alejarse, pero le pareció que el muerto le decía con sus ojos sombríos que no se fuera; se le antojaba que iba a echar a correr tras ella; tenía horribles ganas de llorar y se le erizaba el cabello y se le rebotaba el estómago.

—¿Qué haces tú aquí?, vamos, quita, mujer, ¿estás loca?, anda pá casa.

Pepilla no contestó se dejó arrastrar por Petra, que también estaba emocionada, con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón casi encogido.





XII

Tres meses habían pasado desde la noche aquella en que Joseito había tomado las de Villadiego para el otro mundo. Era domingo, y era grande la animación en el barrio: había toros aquella tarde, Guerrita y Reverte llenaban el cartel con sus nombres ilustres; los toros eran de Pepito Orozco, la mañana amaneció espléndida.

En la taberna del Zocato, nuestros más caracterizados maletas, vestidos de corto, con las trenzas largas como látigos, los tufos sobre las sienes y echándola de maestros displicentes y desdeñosos, discutían como siempre, y como siempre se daban de cachetes y de empellones.

Las tres serían cuando Chicharito y Yerba buena se dirigieron á la plaza: eran aquellos dos notabilidades: el uno gordinflón, casi re-

dondo y patizambo, el otro enteco, desgarrado y larguirucho como un poste de telégrafo.

Cruzarón la calle del Carmen hechos dos brazos de mar, sin mirar ó mirando con olímpico desdén á los pobres mortales sin coleta que pasaban por su lado, poniendo los brazos como asideros de alcarraza y moviendo el cuerpo al compás de la marcha de Pan y Toros, que era para ellos el himno de Riego de sus aficiones. -

Los atractivos del cartel y lo espléndido del día hizo estallar la afición, y la multitud, esperando la hora, se desparramaba por las vías principales, se codeaba en los cafés y en las tabernas. Coches para arriba, coches para abajo, anchos sombreros cordobeses, corbatas encarnadas, puros como masteleros, mujeres como diosas, unas vistiendo el airoso mantón de Manila y otras la graciosa mantilla y el vestido de maja con blondas y caireles; flores, risas, gritos, crujir de látigos, ditirambos de gente bulliciosa, bandurrio de horteras endomingados, en fin, una brillante congestión de gentes y de cosas y de manifestaciones en sonoros y risueños remolinos.

Chicharito y Yerbabuena atravesaron aquella muchedumbre, ensayando quiebros de cintura y ceñidísimos recortes con carruajes y tranvías y con la misma prosopopeya con que pasaría Cesar el Rubicón, penetraron denodadamente en el muelle, donde los diableros,

á la sombra de los escasos y raquíticos árboles que sombrean las aceras, con la misma profusión que las palmeras el desierto africano, vocaban enronquecidos lo fabuloso de sus tarifas de carrera.

El sol centelleaba en aquella solitaria extensión con implacable energía, no obstante lo cual, nuestros héroes, despreciando por inludible economía aquellos miserables vehículos y retando al tabardillo con estóico indiferentismo, penetraron en aquel diminuto Zahara con airoso trote de potros andaluces.

Cuando llegaron á la plaza, parecía que iban pidiendo los auxilios espirituales; pero allí se desvanecieron todas sus fatigas al penetrar rientes y maltrechos en el taurómaco coliseo.

*
* *

A la hora fijada en los carteles, hervía la multitud en gradas y tendidos; el de sol semejaba una desgarrada túnica de colores; las sombrillas, los abanicos colosales de papeles amarillos azules y encarnados, los vestidos de brillantes tintas de nuestras más humildes suripantas, y las flores de sus peinados daban á aquella perspectiva ardiente vivísimos matices. El tendido de sombra, lleno también de bote en bote, presentaba menos variedad de tonos, la gradación era más uniforme, parecía en

conjunto un caballero particular vestido con sencillez y mofándose disimuladamente del sol, de aquel buen hombre arlequinescamente traqueado.

Los palcos, desde lejos, semejaban cármenes granadinos, y digo desde lejos, porque desde cerca varían mucho las cosas y las personas y merced á las benevolencias de la distancia no se puede distinguir ni el negro humo que rasga los ojos, ni la purpurina que enciende las mejillas y los labios, ni el hermoso añadido que enriquece la cabellera más raquíca, ni otras mil nimiedades que no son del caso, pero que se saben de memoria nuestras más afamadas bellezas.

La lidia iba á comenzar, alegró los ánimos la música de Borbón y aparecieron las cuadrillas heridas por el sol y capitaneadas por Guerrita, de rostrosiu expresión y cuerpo gallardo: y por Reverte, un gitano de rostro simpático y andares de ganapán de cortijo.

*
**

Chicharito y Yerbabuena se dignaban hacer algunas apreciaciones benévolas de sus colegas. Guerrita podía ser alguna vez algo, cuando dejara de perfilarse bien, de meter el brazo, de filigranear con el capote, y de adornarse y de entrar para quebrar en la cabeza del bicho al

poner las banderillas, y Reverte podría pasar cuando no aburriera al público con sus recortes al brazo, cosas que no hacían ellos por no estar á sus públicos de Totalán y Marcharaviaya, Cómpeeta y Benagalbón.

—Oye,—dijo Chicharito de pronto, golpeando en el hombro á Yerbabuena, y mirando fijamente á un paleo.—¿No es aquella gachí Pepilla la Peinadora?

Yerbabuena entornó los párpados, se puso una mano sobre ellos en forma de pantalla y le respondió:

—La mismita.

—¿Oye, y esa gachí á dónde ha ido por ese vestido de raso y esa mantilla de encaje y ese postin de señorona?

—Chavó ¿de dónde sales?; pero es verdá que tu has estao trabajando fuera. Pues le viene de Don Corrito, con el que está empalmá hace dos meses.

—De verdá?

—Pus no ves á Don Corrito á la vera en el otro paleo?

—Tienes razón; y la que está con ella, es Petrita?

—Como que esa ha sío la que ha manipuleao el negocio, y según má dicho el Guachindango, Don Corrito, en agradecimiento, la regalao una pulsera con la mar de turquesas y diamantes.

—¿Y Don Corrito está colado?

—¡Chavó si está! como que si á la gachí se le antoja, le pone piso en el palacio del Obispo.

Y terminaron el diálogo para censurar un magnífico farol del Guerra.

Terminó la corrida, la plaza empezó á sangrar por todas sus arterias, la multitud, hambrienta y jadeante, se agolpaba al muelle pisoteándose, dándose codazos, aquellas falanges humanas parecían huir de un incendio, los carruajes, bloqueados, no podían transitar y parecían altares á Venus en medio de la hervorosa muchedumbre.

En uno de estos carruajes descubiertos estaban Pepilla y Petra: la primera hermosísima, con el rostro densamente pálido, los grandes ojos circundados por anchos surcos violáceos. Llevaba con gracia inimitable el vestido con que Goya engalanó sus manolas, y con el correcto dibujo de su cuerpo parecía gritarle á Llovera con irónico desdén:

—Lo que V. dibuja no es ná, ni chieha ni limoná.

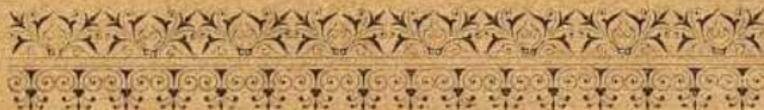
Detrás venía D. Paco, jinete en brioso caballo cordobés de gran alzada, de arqueado cuello, de profusas y brillantes crines, de oreja casi invisible, cabeza pequeña de aventadas narices, pechos robustos y cabos finos como perfiles. La montura de cuero labrada era genuinamente jerezana, y el jinete vestía con admirable soltura el traje corto de montar, ancho sombrero

sevillano y brillante faja de raso negro con la que encorcelaba la estrecha cintura.

Chicharito y Yerbabuena subieron por la Coracha, encoraginados por los estúpidos aplausos con que el público había lisongeados á aquellos dos quisques de la tauromaquia.

Cuando llegaron al ruinoso torreón del Homenaje, se detuvieron; con trágica actitud arrojaron una mirada de sublime desprecio sobre aquel pueblo ignorante, y agarrándose del brazo uno del otro, y entonando á media voz la marcha de Pan y Toros, comenzaron á bajar por los precipicios del Mundo Nuevo con magestuosas actitudes.

UNA TRAGEDIA



UNA TRAGEDIA

I

El mar y la playa parecían dormir, enervados bajo los abrasadores rayos del sol; algunos pescadores, á la sombra de las barcas varadas en la arena, dormían unos, y otros componían las mallas rotas, esperando el crepúsculo para echar las redes. La bahía desierta semejaba inmenso záfiro de onduladas facetas, y algunas gaviotas cruzaban sobre las ondas con tardo y perezoso vuelo.

Al pié de la escollera del espigón, un muchachito escuálido y una muchacha de cara truhanesca y vestido andrajoso departían accionando enérgicamente.

— A mí no me la pegas tú—decía él con voz áspera—esta mañana tá visto el Chirri mû amartelá con el Trompeta.

—Eso es mentira; el Chirri es un embustero; yo esta mañana no he estao con naide.

—No, no es mentira, y no pienses, á mí no me importa un pito.

—Pues si no te importa un pito.... ¿por qué tienes celeras?

—¡Celeras yo! vaya, que se te quite eso de la cabeza; yo no quiero que hables con él.... pues porque no me da la gana, porque él luego se hace persona; en fin, que no quiero ¿lo oyes?, que no quiero, y que no te vea con él, porque entonces....

—¿Entonces qué, qué vá á pasar?

—¿Qué vá á pasar?, naita; que yo te guipe con él, y ya verás.

—Mira, encuantito salgas con que vas á hacer y á acontecer me largo de tu vera ¿sabes?, y no me vuelves á ver el polvo.

Los ojos del Viruta chispearon de rabia, y abalanzándose á la Pingajitos, la cogió brutalmente del pescuezo, gritándola con voz irritada.

—Dilo, dilo otra vez, y te ajogo; dilo otra vez.

Ella logró desasirse de aquellas manos que la asfixiaban, y alejándose algunos pasos empezó á llorar desconsoladamente, convirtiendo á poco su cara en espeso barrizal.

El Viruta, con los ojos encendidos por la ira

y la respiración jadeante, sentóse sobre una piedra, mirándola á hurtadillas.

Lentamente fué calmándose la excitación nerviosa del colillero: sintió como el llanto de la Pingajitos ablandaba sus entrañas, y poco á poco, impulsado por irresistibles deseos de besarla y de enjugar sus lágrimas, fué acercándose á ella, sin abdicar por eso el casi feroz fruncimiento de cejas, ni la expresión sombría de sus ojos.

En aquel instante, su mirada tropezó con un nuevo actor de aquella escena, con el Trompeta, que se acercaba contoneándose, dejando ver á través de los desgarrones de la chamarreta el hérculeo pecho, ennegrecido por el sol y por suciedades antiquísimas; el achatado rostro, contraído por franca expresión de cólera; el cabello negro y encrespado, formando un tupido casquete de flecos grasientos, que caíanle sobre la frente, y casi desnuda las fornidas piernas, de color de cordobán. Pendiente del cuello por una cuerda llevaba el cajón de su industria, un cajón atestado de cajas de fósforos, mientras que en una de sus manos ondeaba algunos décimos de lotería.

Al llegar al lado de la Pingajitos, descolgó de sus hombros con airado ademán el almacén portátil de luminarias, y dejándolo sobre una piedra, y encarándose con la muchacha, la gritó con voz vibrante.

—¿Por qué, por qué lloras, Pingajitos?

—Por lo que á tí no te importa, —respondió el Viruta con acento agresivo y avanzando con aire batallador.

—A tí no te hablo—dijo el Trompeta con aire despreciativo.

—Es que pá hablarle á ella sá menester pedirme antes premiso.

—Pá lo que yo voy á pedirte premiso es pá echarte abajo la cara de uu puñetazo.

—¿A mí tú?, me parece grilla; pá pegarme á mí se necesita tener más lacha que tú tienes.

—Me están dando ganas de..... ¿no oyes, tú, Pingajitos, quien te ha pegao, ha sío ese cunero?

—El cunero, ladrón, cobarde, lo eres tú y el padre que te hizo, y no la preguntes ná más; yo, yo he sío el que la pegao, lo mismo que te voy á pegar á tí, ¡hijo de mala mare!

El Trompeta, aunque nunca conoció á su madre ni supo quien fuera ésta, tenía por costumbre considerar aquel ultraje como el más sangriento, así es que, impulsado por la ira, se abalanzó al Viruta, que rodó por el suelo á la primera acometida de aquel esbozo de mozo de cordel.

La Pingajitos reprimió su llanto para contemplar á los combatientes, y cada vez que el Trompeta asestaba un buen puñetazo á su rival, una sonrisa de júbilo salvaje contraía sus labios,

empalidecidos por la anemia, y gritábale al porraceado, con acento rencoroso.

—Anda, anda, valiente; de aquí al hospital; patalea; patalea; ¡no reventáras, maldito!

Ya cansado de golpear al Viruta, y al ver que éste, agotadas sus fuerzas, no se defendía más que á dentelladas, levantóse el Trompeta, mientras que su adversario, con el rostro encendido y echando sangre por boca y nariz, sentóse rendido de cansancio y casi sin poder sofocar el llanto.

—Anda, Pingajitos; vente conmigo, que ese ya está despachao.

Ella vaciló algunos instantes; empezaba á darle lástima del Viruta; pero le miró éste de tal manera, que la dió miedo de quedar con él á solas; adea ás, gustábale grandemente el Trompeta, aquel emato de Hércules mal traído, y así fué que pronto adoptó el partido de marcharse con éste.

Pronto se alejaron; el Viruta les vió marcharse entumecido de dolor, de rabia de celos, y mordióse las manos y se tiró de los pelos cuando el Trompeta, al llegar al Espigón, le echó una última mirada y agitando los décimos de la lotería en una mano y poniendo la otra en forma de pantalla al lado de la boca, le gritó con acento irónico:

—¡Que te alivies, valiente!



II

El crepúsculo inundaba la perspectiva con sus melancólicas claridades: hundíase el sol en occidente incendiando los lejanos confines; ondulaba el mar su seno como con lenta y suave respiración; los montes esfumaban sus brutales perfiles en el espacio cubiertos de embaudos matices; las brisas marinas refrigeraban el seco ambiente canicular, y en lontananza, sobre el rizado cristal del Mediterráneo, cruzaban las barcas de pesca, al aire el gallardo velamen, como flotantes alas de albastros gigantescos.

Cerca de la playa, entre las azules ondas, bullían ágiles como peces voladores un nubarrón de arrapiezos de curtida piel, mientras

que sobre la arena algunos otros los jaleaban con alegre gritería.

En el radio de muchos metros, el mar parecía hervir, irritado por aquella invasión de rapaces, que ora se peleaban, se daban de cachetes, ora se zambullían explorando su fondo, como si se encontrasen en su propio elemento, y sacudían al salir las enmarañadas cabelle-
ras.

Entre ellos estaban dos conocidos de mis lectores: el Viruta y el Trompeta.

El segundo hacía todo lo posible por escurrir el bulto del lado de su rival; en el agua le tenía un miedo horrible; el Viruta era el más famoso nadador de todos los de aquel bandurrio; lo mismo sacaba una moneda con cinco brazas de agua encima, que se largaba á dar un paseo á la Farola braceando gallardamente.

El Viruta, al parecer distraído, vigilaba al Trompeta; desde que le vió en el agua dábale vuelta una idea en el cerebro; quería vengarse del sobón que le dió aquella mañana; quería darle un buen ahogadillo, hacerle tragar un azumbre de agua de mar, y para conseguirlo esperaba ocasión propicia.

Lentamente el crepúsculo fué plegando sus luces melancólicas, y la noche fué invadiendo con fantásticas oscuridades el horizonte. Ya casi no se distinguía desde la playa los nadadores, cuando el Trompeta quiso dar la última

zambullida; hizo un esfuerzo sobresi mismo, arqueó el cuerpo y lanzóse de cabeza al fondo.

El Viruta no le había perdido de vista: le vió hundirse, y nadando veloz y suavemente, sin agitar las ondas, avanzó en la dirección que debía seguir calando el Trompeta; aguardó algunos segundos sin dejar de nadar, y calculando con sorprendente exactitud el momento en que su enemigo tendría que salir en busca de aire, sumergiósese rápida y silenciosamente.

Se agitaron las aguas en un reducido círculo durante algunos instantes; algunas burbujas de aire salieron á la superficie; pasó cerca, muy cerca de un minuto, y entonces, á bastante distancia, asomó la cabeza lívida del Viruta, que aspiró el aire con ruidosa ansiedad, y se lanzó rápido como un esquife á la orilla, donde pronto se confundió con sus camaradas.

Algunos minutos mástarde, ya vestido, arrojaba una mirada recelosa sobre el obscuro mar, donde aun braceaban algunos muchachos, y se alejaba murmurando con acento trémulo

—Yo no quería más que un ahogaillo; pero quién iba á pensar?

.
Transcurrió la noche: allá por los lejanos confines las vagas claridades de la alborada, iluminaron el cielo; fué plegando la noche su misterioso pabellón de sombras, y cuando el sol, desplegando su regia túnica de oro y arrebales,

asomó por Oriente, pudo verse el cuerpo azulado y rígido del Trompeta, que, remecido por las hondas contra las escolleras, parecía dormir una pesadilla sobre una inmensa hamaca de luz y de cristal.

EL MIRLO





EL MIRLO

Frasquita la Pelendengue era una hembra de veinte años, con una cara que era un portento por lo retebonita y por el mucho ángel que Dios había derramado en ella, para hacer rabiar á todos los fantesiosos de la tierra de la gracia, del vino y de la gente macarena.

La vez primera que vi á la Pelendengue, fué en el corralón del Santo. Había juerga aquella noche, una juerga improvisada. Dolores la Chata comenzó á puntear en la guitarra, y como para ella, hacer esto, era pau comido, y cuando lo hacía parecía que Dios andaba entre los trastes, sucedió lo que siempre, que Pepa la del Cristo y Juana la Peinadora, y la Mendrugillo y la Sálaita y, en fin, todas las mujeres de la vecindad se arremolinaron alrededor de la tocadora,

y tras ellas llegaron algunos de la guardia negra de la guapería y algunos ejemplares de la gente de la mena, y á la media hora la reunión se había convertido en un jolgorio tan por todo lo alto, que no había en el patio del corralón donde echar un alfiler.

La luna, esa lámpara intermitente y gratuita de la gente de poco pelo, ó mejor dicho, de pocos conquibus, aquella noche estaba hecha toda una señorona y había dicho, allá va luz, y no quiero decir á ustedes, lectores míos lo que hizo con los renegridos muros, llenos de enredaderas, del patio que, merced á su generosidad, parecían hechos de cristal y de tul y de reflejos.

Allí estaba Frasquita, y á su lado ví á Frangollo, el grande hombre goletero, un real mozo que parecía estar fabricado con hierro y cordobán y cemento romano.

—Ese es Frangoyo—me dijo una muchachita escuálida, paliducha, de grandes y expresivos ojos azules,—y al decir esto, lo miraba con expresión de ternura, respeto y veneración.

Frasquita era la reina de la fiesta: las miradas que las mujeres asestaban en ella destilaban ácido prúsico, y las de los hombres algo muy dulce y muy ardiente, menos algunas, que si hubieran tenido filos y puntas la hubieran dado de puñaladas.

Estas eran las de aquellos que habían perdi-

do la chaveta por su persona, y á los cuales ella había dicho con retebuenísimos modales, que no podía aceptar sus ofrecimientos por estar ya muy comprometida con el cerro de san Cristóbal.

Frangollo, aquella bestia salvaje, que, según contaban, con solo el vagío tumbaba un poste, aquel animal, repito, andaba haciendo números, papando aire y cogiendo moscas por aquella Frasquita que usaba con él un tira y afloja capaz de acabar con la paciencia de un santo.

Yo, que soy curioso, me metí en el centro de la reunión, y como quien no hace la cosa, me hice todo oídos y pude coger al vuelo la conversación siguiente, que me puso al tanto del estado de aquellos amoríos.

—Oiga osté, azucenita del valle, si por tener mala sangre dieran condecoraciones, parecería usted la Virgen de los Milagros.

—¡Jesús, y cuantas calaveras va haber el día del Juicio!

—Pero eso que yo he dicho, no es verdad?

—Pero, hijo mio, ¿cómo voy á tener mala sangre, si me la dió de la suya la marecita de mi corazón, y mi mare y la Virgen de la Pastora son primas hermanas?

—Valgame Dios ¡rosita de pitimini! que cada vez que V. habla le da un sosponcio á mi corazón y se me quita el habla y me echa chispas el cielecito de la boca.

—¿Me quiere V. dejar en paz, hombre?: yo no puedo quererle á V. por que le tengo retrechísimo respeto, y cuando le miro esa cara me recuerda la de mi agüelito de mi arma que en paz descanse.

—Entonces, su agüelito de su arma se parecía á algún santo.

—¡Vaya! á San Roque, y cuando lo recuerdo á él y lo estoy á osté mirando, la ilusión es completa; me parece estar viendo al santo y al perro.

Aquí llegaba la conversación, cuando rompieron los tocadores á rasgucar en las guitarras y el silencio reinó en la concurrencia.

Pronto resonó una voz fresca y argentina, voz de mujer, que cantó una soledá, un gemido melódico y triste, que no otra cosa parecen estos cantares del pueblo andaluz.

Otra cogió el turno, y barítonos y bajos y tenores y partiquinos de la clase del pueblo, hicieron gorgoritos y filigranas como si tuvieran hechas las laringes de terciopelo.

Cuando ya empezaba á decrecer el entusiasmo, un nombre corrió por entre las compactas filas.

—¡El Mirlo, el Mirlo está en la puerta!

Todos miraron hacia allí y tropezaron sus ojos con el Mirlo, que estaba en el dintel.

No había querido entrar mi hombre porque

era tímido como un cordero y no conocía casi á ninguno de los concurrentes.

No obstante, á él le conocían; dos ó tres veces que había cantado en varias reuniones del barrio había dejado hecho pollitos y sin crestas y sin espolones á los que más gañeaban por aquel entonces en el cante hondo.

Al pasar con dirección á su casa, miró, como miraba siempre, por si veía á la Pelendengue, que hacía un puñado de tiempo se le había metido en el corazón y allí dentro le andaba escarabajando y haciéndole pasar duquitas y celeras.

Cuando la vió al lado de Frangollo se le secó el paladar y se le subió la sangre arriba, pues estaba al tanto de las pretensiones del terne aquel, al cual él lo tenía atravesadito en medio de la garganta.

Cuando oyó pronunciar su nombre, quiso escurrir el bulto; pero antes que pudiera hacerlo, una comisión de rosas de Mayo, entre guiños picarescos y palabras zalameras, lo llevó como bajo palio al centro, al lado mismo de la Frasquita.

Esta reconoció en el Mirlo á aquel su adorador de quien tanto y con tanta voluntad se reía cada vez que se lo echaba á la cara, por su facha y por sus hechuras, que según ella no podían hacerle clase á ninguna personita que supiera distinguir nada más que una miaja.

Frangollo se pavoneó al comparar, para su capote, aquel hombre que parecía el espíritu de la gelosina con sus proporciones de jayán y con sus vigores de mozo de cordel.

—¡Que cante el Mirlo! ¡que cante el Mirlo!
—gritó la concurrencia.

—Vaya, hijo, cante V. que si no le va á dar á alguien un dolor miserere, dijo Frasquita con acento irónico.

El Mirlo se puso primero encarnado; luego muy pálido.

—Por darle á V. gusto soy yo capaz de estar-me cantando hasta que se me gaste la campanilla.

El Frangollo hizo un mohín de desagrado.

—Vaya, mocito, que los tocaores aguardan,
—dijo con voz bronca.

—Compadre, pues diga usted que tiene en el pasapán la campana de San Pablo; voy á dar á V. gusto, mozo güeno.

Y el Mirlo echó la cabeza atrás, entornó los ojos, abrió la boca... y cómo explicar á ustedes, lectores míos, lo que salió de aquella garganta, donde parecía que habían dejado sus arrullos las tórtolas, sus trinos los ruiseñores, las alondras sus arpegios y el alma, toda el alma, se había hecho ritmos y cadencias y suspiros.

Cuando la última nota de su cantar batió sus alas y se perdió entre las olas de luz de la luna, vibró la concurrencia entusiasmada, y aplau-

dió no sólo con las manos, sino con los ojos y con el pensamiento.

Frangollo se puso lívido al ver á Frasquita inclinarse querellosa hacia el Mirlo y envolverlo en una mirada ardiente y dulce como una caricia.

—Eso es lo que sabrá V. hacer, arrullar como las palomas torcaces,—dijo con voz vibrante de cólera.

—Y una miajilla más, pero eso son méritos que guardo pá cuando estoy sólo,—respondió el Mirlo con voz trémula.

—Me parece á mí que esos méritos serán bordar túnicas pá la Virgen, verdad?

El Mirlo se irguió mudo, sombrío, tembloroso; aquel su cuerpecillo escuálido tembló como delgado fleje de acero; avanzó lenta, muy lentamente, hasta llegar frente á Frangollo, se cupinó, cogió á éste por la solapa de la chaqueta, le miró de hito en hito y murmuró con acento claro y enérgico y amenazador.

—Cuando los hombres lo son y tienen vergüenza y ganas de matarse, se coñen la lengua cuando hay mujeres delante.

Frangollo contempló estupefacto al Mirlo; una inmensa sacudida nerviosa recorrió su cuerpo, y levantando la mano, asestó terrible puñetazo en la cara á su rival.

Se arremolinó la gente, gritaron las mujeres, se armó una inmensa barahunda.

Yo, que quise acudir al sitio de la lucha, no pude conseguirlo; pero no por eso dejé de ver como el Mirlo, al sentir el golpe, daba un salto de pantera, sacaba rápido de la cintura una enorme navaja, que abrió de una dentellada, y como esquivando con otro prodigioso salto de costado el golpe que le dirigió el Frangollo, con un cuchillo, que más bien parecía una cimitarra tucucina, diestro, ágil y sereno, condecoró con larga y profunda cuchillada en el rostro á su contrario

*
* *

Hace unos días llegué al corralón del Santo, seis meses después de lo ocurrido.

—¿No sabe usted la novedad?—me preguntó aquella muchachita escañalida de ojos azules, grande admiradora de Frangollo.

—¿Qué novedad?

—¡No lo sabe!; hijo, ¿de dónde viene V?; pues que Frasquita se casó.

—Con Frangollo, no ès verdad?

—Cá; no señor; con el Mirlo, con ese tico; apenas salió de la cárcel, donde se ha pasado cinco meses de pupilo, sin pagar pupilaje.

Al alejarme del corralón tropecé con Frango-

llo; por cierto que estaba desconocido con aquella enorme cicatriz que le dejó en la megilla la puñalada que le atizó el Mirlo, para probarle que sabía hacer algo más que bordar túnicas para la Virgen.

IDILIO



IDILIO

—

I

¿Por qué le apellidaron la Pelona? En vano lo pregunté á las más caracterizadas comadres del barrio, crónicas vivientes con hilvanes de novelistas y respuntes de mal intencionadas, según un buen amigo mio, que murió de un hartazgo de resignación, de talento y de mala suerte. En vano, repito, pretendí sondear las nebulosidades de aquel apodo adjudicado, por no sé quién, á la mujer de más postín y con mejor mata de pelo de los Percheles.

Era la Pelona mujer de gran mérito, tenía el rostro oval, las facciones delicadas, la tez finísima, ligeramente morena, los ojos negros, preñados de lujuriosas tempestades de luz, los la-

bios gruesos y el cuerpo esbelto y lleno de incitantes perfecciones.

No existía mozo en el barrio que al hablar de ella no abriera los ojos con expresión de avaricia, se mordiera los labios y no paladeara algo dulce y ardiente en su pensamiento.

Muchos la hicieron la corte; pero ella, sin miramiento alguno, dió con la ventana en las narices á todos aquellos ternes enamorados, los cuales, por vengarse de sus derrotas, dieron en decir que aquella mujer era de este y del otro modo, y que, por lo mismo, no había hombre que le gustara; versión que nada tiene de sorprendente en estos tiempos felices en que, si no se puede llenar de fango á la escultura, se dice que la escultura es de fango.

Entre estos maldicientes se distinguió Lázaro, el famoso Lázaro, uno de los más célebres valentones de la Goleta, un buen mozo, con más rumbo que dinero, con más labia que un sacamuelas y que era el niño mimado de las mujeres.

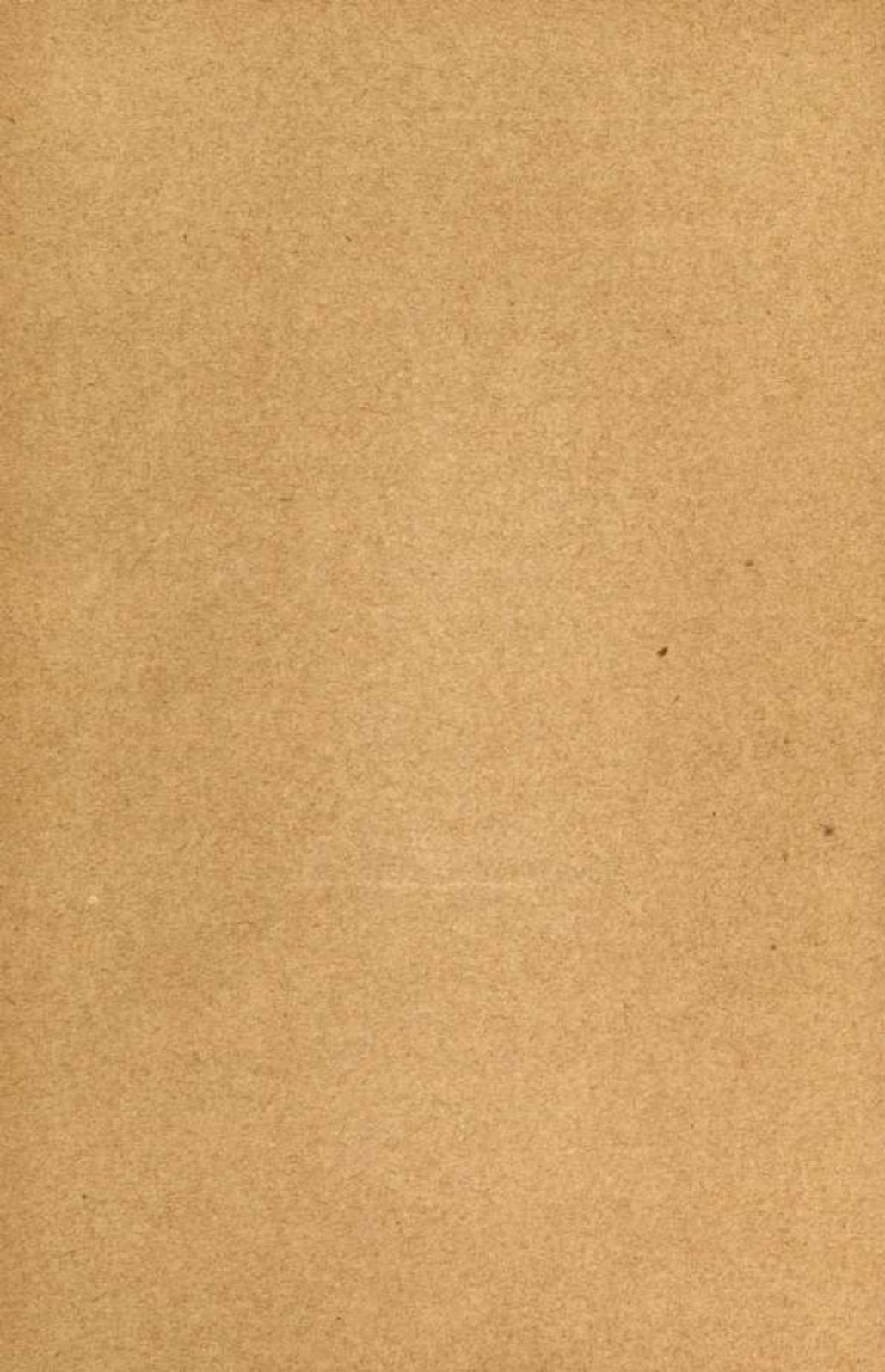
Se le puso un día sobre el corazón que le había de querer la Pelona, y confiado en su renombre, en sus méritos, se arrimó á ella, ordenándole casi, que le quisiera, y por poco muere congestionado de asombro al oír su respuesta, que fué que se largara con la música á otra parte, que ella no se había amamantado para hombre de tantísima fachenda.

Ahito de rabia y despecho, se dedicó desde aquella noche á echar por tierra la reputación de la muchacha.

—Esa gachí no puede querer á nadie: es mi amiga de la Angeles; ¡ya se ve! los hombres le apestan.

Todas estas cosas de aquel mal hombre llegaron á oídos de la Pelona, que comía de sus carnes al pensar en aquellas malas partidas.

—¡Malas puñalaitas le peguen á ese ladrón, cunero, hijo de mala mare!—decía pálida y convulsa de rabia y llorando como si el corazón se le deshiciera en lágrimas.





II

Entre los enamorados más constantes de la Pelona, el que más se distinguió por su asiduidad fué Manolín, un mocito enclenque, paliducho y simpático que, desde tiempo inmemorial, andaba que bebía los vientos por ella.

Este, mucho antes que Lázaro pensara en la Pelona, se acercó un día á ésta, y después de encomendarse á la Santísima Virgen del Carmen, de la que era sistemático devoto, le pidió que le quisiera, aunque no fuese más que por misericordia.

Ella hubo de responderle que perdonara por Dios, y él se fué descorazonado y triste, parpadeando fuertemente para refrenar sus lágrimas.

No por esto dejó de pasar por su casa un solo

día, ni de colocar en su ventana todos los domingos, un ramo de flores, evitando ser visto para que no le fuera rechazado.

Cuando se enteró de la derrota de Lázaro, por poco no revienta de júbilo, y cuando le contaron lo que aquel hombre murmuraba de la mujer querida, juró y perjuró que á la primera ocasión había de pagárselas todas juntas aquel bloque de la escollera.

Esta ocasión no se hizo esperar mucho; estaba un día en casa del Maragato con unos compañeros del oficio, cuando entró Lázaro, seguido de tres colegas de jolgorios y valentías.

Sentáronse frente á los primeros, y Lázaro, que conocía á Manolín y sabía su amor fanático por la Pelona, queriendo hacerle sufrir un poco, habló de ella como siempre que lo hacía desde que fué desahuciado.

Manolín, á la primera palabra insultante, se puso pálido, á la segunda se mordió los labios y á la tercera, demudado el rostro, la mirada centelleante y temblando de cólera, se levantó con lentitud, y encarándose con Lázaro, le dijo con voz sorda:

—Los hombres que lo son y se estiman en algo, respetan á las mujeres.

—¿Y á V. quién le mete en camisa de once varas? Yo hablo de esa mujer lo que quiero; esa mujer es un guinapo.

—Ná más que pá mentarla, tiene V. que ponerse un diamante en la campanilla.

—¿De veras? Dígale V. á quien le haya dicho eso, que con mentarla yo le pongo dos galones, tres estrellas y dos entorchaos.

—Tiene V. poca ropa para eso.

—Yo tengo ropa hasta pá que le vayan haciendo á V. la mortaja y sobre tela.

Y se levantó Lázaro violentamente al decir esto, y al levantarse, una mano de Manolín, encallecida con el uso del martillo, cayó sobre su rostro.

Y rodaron las sillas destrozadas y ellos con las sillas, y cuando el Maragato y los amigos consiguieron poner paz, se vió á Lázaro, á aquel célebre valentón, honra y prez de los del bronce, hecho una lástima, con el rostro amorado, colgándole la faja y con los labios llenos de sangre.

Manolín, con cara de muerto, tembloroso como un epiléptico y afanosa la respiración, murmuró con voz brñea:

—Si vuelves á mentar á esa mujer, te mato.

Lázaro, derrengado y maltrecho, dijo casi mascando las frases para que no las oyeran más que sus amigos:

—Ya nos veremos solitos.

Cuando esta hazaña llegó á oídos de la Pelona, pensó morirse de gusto, y desde aquel día, cada vez que pasaba Manolín por su casa, aso-

míbase recatadamente á la reja, para ver á aquel héroe que tan gallardamente supo vengarla de las habladurías de Lázaro.

Desde entonces no pasaba tantas veces Manolo por su casa: dábale vergüenza pensar que la Pelona pudiera creer que él había pegado á Lázaro por granjearse su cariño, y aunque esto era la verdad, no quería él ni que lo supusiera.



III

En un santiamén se improvisó la fiesta en el patio.

Allí se reunió todo cuanto de mérito encerraba el barrio por aquel entonces; allí estaban la Soledá, la fea más ocurrente de los contornos; la Golondrina, la más graciosa jarampera que admiraron los siglos; la Florera, la reina del ¡olé!; la Mannela, una gitana célebre por su hermosura y por sus ojos de odalisca, unos ojos que metían miedo por lo negros y por lo grandes que eran; la Alondra, la constante enamorada de Manolín, un portento que hacía llorar á las piedras cuando á compás de una guitarra abría la boca y dejaba salir por ella una granizada de notas dulces y armónicas como cantos de alondras y ruiseñores.

Allí estaba también la Pelona, con el abundoso pelo de ébano recogido en brillante rodete, corpiño blanco descotado, luciendo la mórvida garganta, ceñida por una cinta de felpa negra, y el principio del alto seno; su vestido, blanco también, después de señalar sus contornos exuberantes y magníficos, caía en anchos pliegues sobre sus microscópicos piés de andaluza.

Las muchachas formaban círculo desigual, y tras ellas, en piés, la espuma de los mocitos del barrio, todos cortados por un mismo patrón, contoneándose con ridícula jactancia; y allí mismo, entre ellos, algún que otro viejo, representación genuina de la manolería de antaño, serio, grave, ceñudo, filosofando, sin duda, sobre la visible decadencia de su raza.

A dos pasos de la Pelona, estaba Manolo, sin atreverse á mirarla ni á colocarse más cerca de ella.

La Pelona mirábale de cuando en cuando, con objeto de alentarle. Tenía muchas ganas de hablar con él, de darle las gracias por su comportamiento, y no podía menos de morderse los labios de ira, al ver su actitud timorata que ella juzgó indiferente:

— Si no me querrá ya? — pensó, y este pensamiento la hizo arrugar el ceño.

Comenzaron los maestros á rasguear las gui-

tarras, y los concurrentes á palmotear de un modo automático y acompasado.

—¡Que cante la Alondra!, ¡que cante!—gritó la concurrencia.

Ya he dicho que esta era la constante enamorada de Manolín, cosa notoria en el barrio. En aquel momento sus ojos estaban fijos en él, con dulce expresión de cariño y de celos. Por complacer á los concurrentes, y como buscando alivio á sus ansiedades, echó la cabeza hacia atrás, y un gemido dulcísimo, preñado de lágrimas, lleno de gradaciones y ritmos sonoros, fué el prelude de su canto.

Todos guardaron silencio; las cuerdas de las guitarras sonaron suaves, como temerosas de romper con una vibración enérgica aquel gemido que temblaba en el espacio como hilo finísimo de cristal.

Todos permanecieron mudos, suspensos, paladeando en sus interioridades aquel torrente de armonía, ora quejumbrosa y triste como un sollozo, ora enérgica y vibrante como una imprecación, ora vaga y sentida como un reproche.

El rostro de la Alondra se afeaba cantando: sus labios contraídos, dejaban ver los dientes desiguales y oscuros, sus anchos cartilagos nasales titilaban nerviosamente, y en su cuello descarnado se atirantaban los músculos y se hinchaban las venas, pletóricas de sangre.



Cuando la última nota brotó de su garganta, una tempestad de aplausos y requiebros acarició sus oídos; todos estaban emocionados, aquel canto de la Alondra hirió las fibras más recónditas y todos la miraron con descarada codicia.

Esta saboreó su triunfo, contemplando encendida de placer á los concurrentes; después sus ojos pequeñitos y azules se posaron con dulzura inefable, con incontrastable firmeza, con ansias infinitas en Manolo.

Este, al verse blanco de la mirada de aquella mujer, tan codiciada por todos en aquellos instantes, sintióse halagado en su vanidad y se acercó á ella contoneándose.

Cuando la Pelona le vió alejarse de su lado, pálida, despechada, creyendo un desaire su alejamiento, herida en su orgullo y en su vanidad, quiso vengarse y creyó conseguirlo pegando la hebra con cualquiera, sí, con cualquiera; para el caso todos eran iguales, y lo hizo con el que tenía más cerca, con el Carnicero, que era todo un buen mozo, y que un tiempo anduvo loco de amores por ella.

Cuando aquella noche llegó á su casa, entró febril, ceñuda, sombría, y arrojando el mantón, sentóse en la ventana, murmurando con acento seco y vibrante.

—¿Conque la Alondra está loca por Manolin? Verdad que tanto vale Enero como Febrero; ella se conoce que está muriéndose á chorros

por él. ¡Sin vergüenza!, decirselo con los ojos delante de toito el mundo, como si toito el mundo estuviera ciego. ¿Y él? ¡Irse de mi lado por esa cualquier cosa! ¡Luego dice que me quiere! ¡Mal rayo! ¡Que me quiere! Pero á mí qué me importa todo esto. ¿Que se quieren? pues mejor, retemejor, que se casen, que se mueran, que se pudran ¿á mí qué?

Y pensando en estas cosas y en otras parecidas, allí permaneció largo rato, sorda á la voz de su madre, que le decía cada dos minutos con acento desapacible:

—¿Te quieres quitar de la ventana, mujer?
¿No ves que te vas á poner mala con el relente?



IV

Cuando salió Manolo de la fiesta, en compañía de Pepe el Sereno, iba intensamente pálido. Su palidez, dado lo moreno de su color, era casi verdosa; los ojos, como siempre le sucedía en sus grandes momentos de rabia, se le habían agrandado, como si quisieran salirse de las órbitas.

—¿Qué tienes hombre, que tienes? —preguntóle el Sereno.

—¿Qué quieres que tenga? Que hay acciones que muerden y que hacen sangre; que estoy ardiendo, que me ahogo, que me haría pedazos con cualquiera.

—¿Y por qué, hombre, por qué? parece que has pisao mala hierba esta noche; no seas tonto, vámonos á casa de la Concha á remojar el

gaznate, y se acabaron las penas y las malas caras; ya verás como el aguardiente de la Concha es el unto de la Madalena.

—Sí, vamos, tengo ganas de beber, de beber mucho y de pelear.

Pero, vamos á ver, ¿me quieres decir lo que te pasa?

—Sí, hombre, te lo diré; si no, reviento como hay Dios; ¡tengo un nudo! ¿Pero estás ciego? ¿Tú no has visto á la Pelona pegar la hebra con el Carnicero?

—¿Y á tí que te importa?

—¿Cómo que á mí qué me importa; ¿has pensado tú que voy á dejar á esa mujer que se amar-tele con nadie? No sabes que me estoy muriendo de fatigas por ella?

—Hombre, sí, lo sé; pero como parece que no eres tú de su gusto, y como tú estás una miaja comprometido con la Alondra.

—¿Y á mí qué me importa la Alondra, ni nadie en el mundo? Lo que yo necesito es que me quiera la Pelona, y si el Carnicero se mete por medio, me parece que va ir á despachar carne al Campo-santo.

—Quita allá; el Carnicero es un pobre, una buena persona que anda que no vive por la sobrina del Manuso; tú lo que debes hacer es mandar mucho con Dios á esa buena moza; lo que sobran son mujeres, y no merece ninguna que un hombre de tu valer se busque por ella

una esaborición; con que vaya, déjate de aprensiones y vente conmigo.

—No voy, no quiero beber, tengo mala bebefa; y aluego que mi viejecita no anda muy católica de salud, y como no se acuesta hasta que yo voy, me da reconcomia de hacerla esperar tanto.

—Sí es así no me empeño; además, la noche se ha presentado de mal arate, con que hasta mañana, Manolo.

—Adios, Pepillo.

Y después de estrechar fuertemente la mano que éste le tendía, se encaminó á su casa con paso lento y la cabeza vertiginosa.

Maldita sea la hora en que conocí á esa mujer, —murmuró,— va á ser mi perdición; no sé cómo me contuve cuando la ví amartelada con el Carnicero; no he sentido en mi vida angustias como aquellas; parecíame que me estaban aserrando el corazón. ¡Por vida de Dios! ¡Qué me pase á mí esto! No, pues yo no me conformo, yo la he de decir cuatro verdades, aunque luego me muera de pena, ¡vaya si se las digo! aunque me tome más aborrecimiento todavía, ¡más aborrecimiento!; pero si á mí me parece que esa mujer me quiere, si cuando me arrimé al lado de la Alondra se le encandilaron los ojos, como si me quisiera matar con ellos; y si no me quiere, ¿á qué vino mirarme de aquel modo? La verdad es que me estoy muriendo de ducas; yo tengo que hablar con ella mañana

mismo; esto es un sinvivir. ¿Y si me da con la ventana en las narices? No, yo no voy, mejor será que le escriba, si; eso es mejor, así lo más que puede pasar es que tire la carta. ¿Sabrá ella leer? Si sabrá, y si no, que busque quien se la lea.

Y concentrado, sombrío, embriagado de rabia, de celos y de cariño, llegó á su casa.

Allí, sentada en la puerta, estaba la seña Doloreita, luchando á cabezadas con el sueño.

Una hora después andaba Manolo dando vueltas por el aposento con la vivacidad nervioso de un epilético; pero mudo, silencioso, para no despertar á su vieja, que, aunque al parecer dormida, no dejaba de vez en cuando de entreabrir los ojos para contemplarlo con inquietud y cariñoso desvelo.



—Arriba, bigardona, que son las seis, —dijo la señá Frasquita, posando su mano flaca y negra sobre un hombro de la Pelona.

Abrió esta los ojos ante aquella brusca interrupción, y dijo:

—Buenos días, madre; hoy no voy al taller, tengo el cuerpo molido y la cabeza me echa fuego.

—Está claro, ¡el relente de la noche!; te empeñaste en estar hasta las tantas en la reja. No será porque no te lo dije, ya me dolía la boca, pero como has de hacer siempre tu real gusto: en fin, ya no tiene remedio, abrígate esos brazos; de camino que hago la compra, avisaré á la maestra.

—Sí, dígale V. que mañana iré, si Dios qui re.

—Bueno, ¿sabes lo que me ha dicho la Soledad?

—¿Qué?

—Que la Alondra se arregló anoche con Manolo.

—¿De veras?

—Eso dicen, lástima de hombre, desde que le dió la paliza á Lázaro lo quiero bien,—y anudándose el pañuelo á la garganta al decir esto, y empuñando el cesto de la compra, salió de la habitación despues de entornar cuidadosamente la puerta.

La Pelloña respiró fuertemente: ¡tenía unas ganas de quedarse sola!

¡Qué noche tan terrible había pasado! Cuando logró conciliar el sueño, que fué por la madrugada, soñó cosas profundamente sombrías: la Alondra y Manolo estuvieron paseándose por el cerebro: él le pareció infinitamente mejor mozo, visto á través del luminoso tul del sueño. Le oyó decir cosas tan dulces, tan ardientes, tan llenas de luz á la Alondra, que le pareció ver salir por sus labios un reguero de rayos de sol, que acariciaba los oídos de la cantadora, de aquella condenada con cuerpo de reptil y ojos de lechuza.

—¡Qué noche! ¡Jesús, qué noche!—dijo pasándose la mano por la frente, como si quisiera

arrancar de allí aquellas nubes que enlutaban su pensamiento.

¡Vaya si estaba hermosa la Pelona en aquellos instantes! La chamma arrugada, dejaba ver los exhuberantes contornos del pecho, que parecía cincelado en nácares; la sábana, al plegarse dócil á su cuerpo delataba sus formas correctas, esculturales, hermosísimas. Aquella esfinge llena de latidos y de calor, engendraba el vértigo.

Llena la mirada de vaguedades y fija ésta en algo invisible, con los brazos bajo la cabeza y con el rostro ceñudo y sombrío; permaneció abs-traida largo rato.

La habitación estaba sumida en silencio; sólo, de vez en cuando, los ecos chillones de los vendedores ambulantes, que pregonaban sus mercancías, ó el alegre gritar de los muchachos, llegaban hasta allí, turbando la quietud de cripta de la estancia.

Unos golpes rápidos, nerviosos, llegaron á oídos de la Pelona; se incorporó ésta sobre el lecho; parecían aquellos golpes, tan ténues eran, producidos por el aleteo de un pájaro sobre el maderamen de la ventana.

Fijó en ella sus ojos, y por la recta de luz que dejaba libre la carcomida hoja sobre el bastidor, vió un papel que penetraba sigiloso como una traición. Saltó rápidamente de la cama, y arrogante y fascinadora en su desnudez, avanzó

con ligereza á recoger aquella carta, pues una carta era, que yacía sobre los rojos ladrillos. Con ella en la mano, sorprendida, entreabrió la madera y vió á Manolo, que vestido con el hábito del trabajo, la gran chamarreta azul hasta medio muslo, el pantalón de la misma tela, cayendo en amplias arrugas sobre los zapatos andaluces, y la gorrilla de seda negra echada hacia atrás, se alejaba con lentitud, volviendo la cara cada dos segundos.

Verdaderamente no era despreciable Manolo; aquel ropaje le ennoblecía. Manolo era un buen mecánico, inteligente, probo, incansable; su vida tenía la noble transparencia del cristal. Como buen hijo, todos sus afanes eran por su viejecita; por evitarle un disgusto era capaz de todo, aunque no lo decía, ni se jactaba de ello. No por esto dejaba de tener el alma en su sitio; cuando echaba por medio era el mismísimo demonio, como ya lo había probado en muchas ocasiones.

Las mujeres eran su perdición; sediento de placer y de amores, perseguía con tenacidad insaciable, un beso, una caricia, un momento de embriaguez, del mismo modo que persigue el latido á la vida.

Todo esto lo sabía la Pelona; pero nunca había parado mientes en ello. En aquel momento era distinto, parecíale que una voz extraña le repetía al oído lo que antes la dijeron sobre él,

y durante algunos segundos hasta que Manolo volvió la esquina y acarició con una última mirada ardiente y apasionada el ventanucho, no logró ella romper sus abstracciones.

*
**

¡Demonios de garrapatos! vaya una letra la de la carta; cualquiera hubiera dicho que la habían escrito con un palitroque mojado en tinta; y luego que la Pelona no entendía mucho de letra. El papel sí que era bonito, de color de rosa y con un cromó en un ángulo que representaba una paloma depositando una rama de siempreviva en el vértice de un corazón, atravesado por una flecha.

Sentóse la Pelona sobre el lecho dándole vueltas al papel, y después de atajarlo primero y acercárselo mucho á los ojos, más tarde, le ra por letra, medio consiguió descifrar su contenido. Manolo la decía en su carta que aquella noche le aguardara en la reja. Un suspiro resonante brotó de su pecho, y borró de su mirada las sombrías gradaciones de sus penas y de sus celos.

Aquella cita, al arrancarle del mar de su despecho, la arrojó en otro mar, vago, brumoso, indeciso, con olas sin nombre y sin color, en un mar de conjeturas y suposiciones.

— Sí, acudiré á la cita, — murmuró, — yo deqo

darle las gracias á ese hombre,—y al pensar en la entrevista, un calofrío de placer recorrió su cuerpo y sintió extraña impresión desconocida hasta entonces para ella. ¡Valiente peso la había quitado de encima la dichosa carta!



VI

La noche era como casi todas las de Otoño en Andalucía.

La Pelona estaba en la reja, puesta de veinte y cinco alfileres, ¡vaya si estaba hermosa!; tanto! que no había hombre que al pasar no la rindiera culto con una mirada de codicia ó con un requiebro chispeante.

Manolín asomó por la esquina, muy peripuesto con sus trapitos de cristianar, que así se dice en el argot del pueblo.

Avanzaba despacito, muy despacito, como si tuviera miedo de llegar: temía que lo recibiera la Pelona con cajas destempladas, y se le ponía la carne de gallina sólo de pensarlo. Recordó el palique de aquella mujer con el Carnicero en la noche anterior, y este recuerdo prestóle

energías. ¡Vaya!, pensó, si me recibe con mala cara le diré que me voy á casar con la Alondra y que he venido á convidarla al casamiento.

A pesar de estas razones, le dió un vuelco el corazón al llegar á la reja, y murmuró con voz balbuciente:

— Buenas noches, diosa.

— Mú buenas las tenga V.

Los dos estaban resentidos y el acento de los dos fué seco y áspero.

— Dios se lo pague á V, cariño, ¿ha tenido V. que esperar mucho?

— ¿Esperar? Lo menos se ha creído V. que estoy aquí papando fresco aguardándole; vamos, hombre, que se le quite eso de la cabeza; yo estoy aquí por lo que estoy.

Manolo cobró ánimos ante aquella respuesta tan brusca; aquel acento incisivo le irritaba, y respondió:

— Yo creí... ¡ya se ve!, como se lo decía en mi carta.

— ¡Ah! su carta, no me acordaba, como hice con ella un torción pá la hornilla.

— Me da el corazón que no es verdá eso, que lo que V. ha hecho con la carta ha sido un relicario.

— ¿Yo, pá qué? Eso la Alondra.

— Es verdá, V. perdone; no me acordaba que V. no hacía relicarios más que con las cartas del Carnicero.

—Bueno, acabemos pronto, no me conviene que vean espantajos en mi jaza.

—¿Que á V. no le conviene que vean...? Pues bueno, ahora sí que no me voy, porque no me da la real gana, y al que le siente mal, que se purgue.

—¡Josús y cuanto valor!, ¡parece mentira, tan chiquirritín y tan canique...lo que engañan las apariencias!

—No me busque V. la boca; á mí toito lo que V. me dice me sabe á mieles y á canela fina.

—Vaya, hijo, ya estoy cansá de tantas habladurías, va V. á tener que pedir saliva prestada.

—Es verdá, si yo fuera el Carnicero!

—¡Dale con el Carnicero! Si V. fuera el Carnicero, no estaría yo aquí.

—¿Es de verdá eso?

—Hombre... pues sí, es verdá; pero no se piense V. que... si yo lo he aguardado en la reja es pá darle las gracias por haberse portado tan bien como se ha portado conmigo, cuando ese tiesto de Lázaro...

—Yo no he hecho naita, ¡ya me daba á mí el corazón que estaba V. aquí ná más que por eso!

Esto lo dijo Manolo con voz tan triste, que le llegó al corazón á la Pelona.

—¿Pues, por qué iba á ser? Y cuando la

Alondra se entere de que ha estado V. aquí, le va á dar un sosponcio.

—¿Y qué tengo yo que ver con la Alondra? A mí no me importa en el mundo ninguna mujer más que V.

—Lo mismo le diría V. anoche á la otra.

—Yo? Pues si estoy que no vivo...

—Eso es mentira; ya sé que se va V. á casar con ella, me lo han dicho esta mañana, con que si no tiene V. más que decirme, me voy, que es tarde y me hace daño el sereno.

Bueno es advertir que al decir esto la Pelona, no hizo el más leve movimiento para marcharse.

—No se vaya V., por Dios y por la Santísima Virgen, que si se vá V. me caigo muerto de repente.

—No, hijo, no haga V. eso, que si se muere vá á apestar, y no merecc V. la alhucema que gastaría en quitar el mal olor; muérase V. al lado de la Alondra; hijo, al lado de la Alondra, que es á la que usted quiere.

—¿A la Alondra?; á quien yo quiero más que al cielo es á V. Se me ha metido V. en el corazón, en el pensamiento, y cuando la tengo delante me hincaría de rodillas y le rezaría lo mismo que se le reza á la Virgen en la iglesia.

—Quite V. allá hombre y no sea V. embustero.

—¿Cómo embustero? Si tú me quisieras una

miajita, ná más que una miajita, me volvía loco; si hace dos años que no duermo, que no vivo pensando en tí; pues si porque tú me quisieras daría la sangre de mis venas y los ojos con que te miro.

La Pelona sintióse conmovida al escuchar aquel acento suspirante. Una voluptuosa ola de fuego azotó zu cerebro al ver á aquel hombre rendirla culto tan fanático de amor, y arrastrada por dulces vebemencias, murmuró, rompiendo también el valladar y tuteándole con acento trémulo:

—No, eso es mentira, tú á quien quieres es á la Alondra.

—Ni me la mientes siquiera ¡sultana!; para mí no hay más mujer en el mundo que tú. la diosa de las mujeres! bendita sea tu boca y tus ojos, y tu cuerpecito de gloria, ¡fortunilla de mi alma!

—No, mentira, todo eso es mentira, tú no me quieres.

—Te lo juro por la Virgensita del Carmen y por esos ojitos tuyos, y por la salú de mi madre de mi corazón.

—Lo mismo le dirás á la Alondra ¡si fuera verdad! Si me probaras tú cariño, yo también... te querría!

Fué tan dulce el acento de la Pelona al pronunciar estas frases, que Manolo, convulso, con la respiración afanosa, no encontrando palabra

capaz de sintetizar su cariño, tuvo un instante de vértigo, un instante en que no fué responsable de sus actos, y al impulso del poderoso desnivel de su cerebro, oprimió con fuerza, entre sus duras manos, la artística cabeza de aquella mujer y la besó frenético en la boca.

La Pelona no se ofendió; á las mujeres les gustan los grandes atrevimientos, ó las grandes timideces.

Dos horas después, alejábase Manolo embriagado de amor, de felicidad y de esperanzas.



VII

Un mes más tarde, verificábase la boda de la Pelona y Manolo. La noche en que se celebró tan fausto suceso hubo chica con grande en el barrio, tiró el novio la casa por la ventana, la juerga correspondiente tuvo lugar en casa de la novia, en el patio, que parecía un picadero por lo grande.

Las seis de la mañana serían cuando se retiraron los novios; ella tiraba de espaldas de hermosa; mirábanla todos codiciosos; ya era más deseada que nunca, ya tenía dueño; éste no cabía de orgullo en el pellejo ¡qué prisa tenía de llegar á su casa! . . una casita situada extramuros de la población, hasta donde les acompañaron los padrinos y algunos amigos, los cuales, al despedirse, no dejaron de dirigirles

algunas miradas de envidia y algunas frases chispeantes.

Cuando quedaron solos los novios, cuando se abrió ante ellos el misterioso nido de los amores, se encendieron de rubor las mejillas de la Pelona y latióle el corazón con ritmo acelerado.

Rodeóle Manolo con su brazo la esbelta cintura, la estrechó contra su pecho, y á la par que la besaba con labios de fuego, murmuró en sus oídos, con voz apenas perceptible, no sé qué misteriosas ardientes nimiedades.

Un rayo de sol penetró en la estancia, y al ver su poca oportunidad, se retiró rápidamente, merced á que una densa nube eclipsó en el espacio su recta luminosa.

CHURRETE



CHURRETE

I

Era Churrete uno de los más famosos prchombres del barrio; una luena persona, valiente, mujeriego, gran tañedor de vihuela y macareno y rumboso como el que más. No ocurría en el barrio jorno donde no figurara como protagonista, ni había chico ni grande que no le conociera, y su nombre, rebasando los estrechos límites de la capital, voló por toda Andalucía, donde, entre la gente del bronce, era pronunciado con veneración y respeto.

Muchas fueron las veces que le pusieron á la sombra, con todo el miramiento del mundo; pero tales aldabones tenía, que á las veinte y cuatro horas, cuando no se trataba más que de escándalos y palizas, ya estaba mi hombre otra

vez en la calle, dispuesto á darle la desazón al mismísimo lucero del alba.

¿Pensarán mis lectores que Churrete era un jastialón como un castillo, con cara de lobo y voz campanuda? Pues si así piensan, se equivocan de medio á medio: era todo lo contrario: bajo de cuerpo, metido en carnes, algo crecido de abdomen, bonito de cara, con ojos azules, diáfanos, apacibles; boca pequeña y sonriente, bigote rubio y sedoso, cabello escaso y voz melosa.

Vestía, casi siempre, traje oscuro, larga americana, pantalón ceñido, faja negra, camisa siempre albeando, y entreabierta para dejar mayor espacio al pescuezo corto, apoplético, blanco y t rneado como el de una muchacha.

Su oficio, como él decía, era el de baratear en las timbas; pero cuando el gobernador ó el ministro metían la pata nada más que por hacerle la contra y quitarle su medio de vivir á cuatro padres de familia, lo que sucedía de hijos á brevas, entonces se dedicaba al chalaneo, con lo cual tampoco nunca le faltaban cinco duros en el bolsillo, para gastárselos con cualquiera.

Como á todo hombre de mérito, nunca le faltaba un apaño; por aquel entonces, privaba con él la Cartagenera, una muchacha fresca, rolliza, apretada de carnes, con ojos negros y dormilones, frente estrecha, e lor encendido y ca-

bello negro, encrespado sobre la frente, con gracioso artificio.

Su historia era una vulgaridad; por eso no la cuento. Tres meses hacía entró en arreglo con Churrete; antes estuvo en relaciones con Sardinita, un mozo como un roble, avieso y mal encarado, que si por negruras de tripas ahorcaran, ya hubiera hecho él, años antes, juegos malabares en el columpio.

La Cartagenera estaba ahita de él, cuando, un día se tropezó con Churrete; á éste le chispearon los ojos de codicia y á ella se le agrandaron de gusto y á los quince días decidieron juntarse, sin pedirle previo permiso á Sardina.

Cuando éste se enteró, se puso verde, se le revolvió la bilis, los celos se le metieron en el corazón, pero no se atrevió á chistar; ¡era mucho hombre Churrete! aguantóse como un muerto, y basta tuvo agallas para sonreír cuando aquél, una tarde en la taberna, le dijo con cinico descaro:

—Sabes que la Cartagenera es una gacbi de mistó?

Sonrió, ya lo he dicho; pero si Churrete hubiera podido sondear los abismos de su pensamiento, hubiera sentido pánico.

Churrete no quería, ni poco ni mucho, á la Cartagenera. Era vehemente, nervioso, impresionable; sus pasiones eran rápidas, como las grandes ventiscas. A los dos meses sintió el

hastío de la posesión, pensó en el mejor medio de que aquel pasatiempo no gravara su bolsillo, y decidí ó ponerla al frente de una taberna en la calle del Cristo.

No le costó gran cosa montar el establecimiento: un vasar con alardes de estantería, un mostrador más corto que ancho, cuatro docenas de botellas de mostagán y aguardiente, seis barriles pintados de amarillo, unas cuantas copas y vasos, y una cortina de percal encarnado cubriendo la puerta de la trastienda, que servía de dormitorio, completaba el ajuar de aquel jondilón á la moderna.

Se presentó bien el negocio: todos los amigos de Churrete, que eran muchos, iban allí á remojar el gznate, á dars: cuatro pataitas y á no dejar dormir á la vecindad.

La Cartagenera era pintiparada para aquello: sabía alternar con todos, sin dejarse tocar á la ropa, escupir el vino sin que la vieran, poner la cara hosca, y de un empellón plantar en la del rey al que osaba, envalentonado por el alcohol, timarle cualquier cosa fuera de lugar.

Verdad que estos eran muy contados, y á los pocos que lo hicieron, no les quedaron ganas de repetir cuando se enteró Churrete.

Este iba á verla, no todos los días, allá por la madrugada cuando ella echaba á la calle á los más recalcitrantes trasnochadores.

Lo poco frecuente de sus visitas no le sabía

à ella à mieles; pero se mordía la lengua y tragaba saliva; pues una sola vez que quiso echar la de vámonos, hubo un dos de Mayo en aquel zaquizamí, y amaneció la mesa patas arriba, la estantería por el suelo, una docena de botellas desboquilladas, y su robusta persona con más cardenales que la corte pontificia.



II

El Domingo es día de holganza para los habitantes del barrio, obreros casi todos, y para los cuales este día simboliza un oasis en el desierto de sus cotidianas tareas.

La calle de la Magdalena está situada casi extramuros, y compuesta de casas á la malicia, de reciente edificación.

Es la última línea divisoria entre la capital y la campiña, donde se respira á la par que las brisas salutíferas del campo, el denso humo, que arrojan, por sus gigantescas válvulas, los modernas madrêporas de la Industria.

Penetremos en una de estas casas; tras el dintel, veremos una antesala, limpia y reluciente como patena, sin más adorno que dos cromos de colores chillones, representando escenas de majos y frailes; dos sillas de Vito-

ria, una mesa de pino, sobre ésta, dos copas de cristal y una garrafa sobre un plato.

Al frente, el patio, un reducido cuadrilátero donde está la cocina, dos hornillas bajo un so-techado, la orza de la legía y un gigantesco lebrillo de lavar.

Antes de llegar á esta puerta, está la sala de recibo.

Frente á esta estancia está el dormitorio con su gran cama de hierro, con perinolas doradas, enorme lavabo de nogal, una mesa de noche y una percha en la que se ve colgada, al lado de la pesada capa con vueltas de espumillón, la ligera blusa de mallorquín y el vestido negro de cachemira, con que Hermenegilda fué á la iglesia, la noche de su casamiento.

Son las seis de la mañana. Lorenzo aun está en el lecho. Cuando se acostó la noche anterior, hizo propósitos de no levantarse hasta mediodía, para vengarse de las madrugadas anteriores; pero apenas dieron las cinco en el reloj de la cercana iglesia, desvelóse y no pudo pegar los ojos, ¡ya se vé! la costumbre. Hermenegilda, por el contrario, se levantó de un salto, arqueó los brazos sobre su cabeza para sugetarse el pelo en pesadísimo rodete, por medio de una orquilla de carey, y después de ponerse la bata abrió la puerta de la habitación.

Antes de seguir adelante, conviene que sepan mis lectores que Lorenzo era de la madera

de que se fabrican los tontos y los santos; su figura no iba á ninguna parte, como suele decirse; ni feo ni bonito, ni alto ni bajo, ni lerdo ni perspicaz, era simplemente un buen machaca-hierro y un marido todo sonrisas y melosidades, incapaz de mirar á nadie con malos ojos.

Hermenegilda no recordaba haberle visto, ni una sola vez, perder aquella calma, aquel indiferentismo que formaba su temperamento; nada ni nadie conseguía nunca hacer vibrar sus nervios enmohecidos.

Ella era todo lo contrario, parecía hecha de dinamita á juzgar por sus explosiones de cólera; cuando se le subía la sangre á la cabeza, era un veneno, parecía presa de un ataque de hidrofobia; no había término medio, ó matarla, ó dejarla. Lorenzo optaba siempre por lo segundo, y dejaba pasar aquellos chubascos con una indiferencia rayana en estupidez.

Es más, sin darse cuenta de ello, gustábale ver rota la monotonía de su vida por aquellas borrascas pasajeras.

Físicamente considerada, Hermenegilda era una real moza; su rostro era agraciado sin ser correcto, los ojos pequeños, la nariz ligeramente arremangada, los labios encendidos, la cabellera negra con reflejos azules, pero lo que había en ella de una hermosura extraordinaria, era el busto, un busto magnífico, de contor-

nos incitantes, de curvas correctísimas y de voluptuosas morbideces.

La vida de Lorenzo y Hermenegilda deslizábase de un modo plácido.

El era un buen mecánico, ganaba un jornal suficiente para cubrir sus atenciones, bien modestas por cierto, tan modestas, que á pesar de la módica remuneración de su trabajo, nunca le faltaba á Hermenegilda un fondo de ahorro en el fondo de la media, que hacía las veces de Caja de Caudales.

—Vamos, ¿te vas á levantar?—murmuró Hermenegilda abriendo los postigos para que entrara la luz del sol, la cual, riéndose de la impotencia de los cristales, penetró en brillantes reflejos, haciendo cerrar fuertemente los ojos á Lorenzo.

—Sí, ya voy—murmuró éste;—oye, se me olvidó decírtelo anoche: hoy almuerza con nosotros el compadre.

—Qué apretones tienes tú con el compadre. Te tengo dicho que maldita la gracia que me hace que venga, y tú solamente por darme en la cabeza...

—No, mujer, no te irrites; es que anoche estuvimos en el café, jugamos el almuerzo, me tocó perder, y nada más natural...

—Eso es, nada más natural; gaste usted ahora lo que no había ninguna necesidad, y métese

V. en la cocina á echar las bofes para llenarle la barriga á ese perdis de Churrete.

— Mujer, no seas así, es necesario vivir con todo el mundo; el compadre es una buena persona.

— Sí, muy retobuena; te parece á tí que te pones dos galones con traerlo á tu casa. ¡Ya se ve! es un valiente ¡buenos valientes nos dé Dios!

Lorenzo se volvió hacia la pared y se lió la sábana á la cabeza, haciéndose el sordo como de costumbre.

Hermenegilda salió refunfuñando de la sala, y cogiendo el cántaro del agua fué á llevarlo al grifo.

— Tonto, retonto — murmuró con áspero acento — cuidado que está ciego con ese hombre, y eso que me duele la boca de decirle que no quiero, que no quiero y que no quiero que venga, y él, nada, así, á la ovejita mansa, ha de hacer siempre su gusto. Luego dicen que las mujeres... ¡está claro! á la más honrá le doy estos trances; ellos tienen la culpa, tienen ojos en la cara y no ven. ¡tonto! si él supiera que su compadrito de su alma anda siempre pillándole las vuelas para hartarse de decirme que se está muriendo por mí, no se apretaría tantísimo.

Y levantando de un tirón el cántaro, se lo echó al cuadril, continuando su soñoliento á regañadientes.



III

—Buenos días, comadre, y el compadre?

—Afeitándose; tardará poco, ¿si quiere usted esperarle?

—Vaya si le espero, cara bonita.—Ná más que por verla á V. soy yo capaz de esperar hasta la consunción de los siglos.

—No empecemos, compadre, no empecemos, que maldita y remaldita la gracia que me hace que me diga V. esas cosas; no se tome V. alas conmigo.

—Alas!, alones quisiera yo tener, para llevármela de un violetón á la gloria.

—¿Pa qué, pa qué iba V. á hacer eso?

—¿Que pa qué, pa morirme de gusto!

—Vamos, hombre, no sea V. embustero; á mí no me gustan esas habladurías, y aluego que

no está bien que pretenda V. engañar al compadre de ese modo.

—¿Y qué me importa á mí el compadre ni nada en el mundo cuando se trata de su persona? Si le juro á V. por las veritas de mi alma, que estoy que no vivo; que tengo una pena que me está matando. Si cuando me la echo á usted á la cara, se me calientan los sesos y me dan ahogos y no sé lo que me pasa, comadre.

—Josús y cuanta labia; pero, hijo, ¿usted cuántas mujeres necesita? En medio año lleva Vd. cinco trapicheos: la Rosario, la Curra, la Paloma, la Salaita y la Cartagenera; pues ni que fuera V. un surtán del moro.

—Toitas esas juntas no sirven pá descalzarla, y si V. se dejara llevar de la inclinación; porque V. me tiene inclinación ¿verdad, comadre?...

—¿Quién, yo? vaya hijo, V. no está bueno de la cabeza; ¿con que yo le quiero á V?

—Yo no he dicho tanto; pero si lo hubiera dicho ¿qué? sería un farso testimonio?

—Pues no es mu fantesioso el demonio del hombre.

—Sí, si es mentira; lo que pasa, comadre, es que V. me quiere y no me quiere querer, como si fuera una cosa tan mala tener caridá con el prójimo y más si el prójimo es un caballero capaz de comerse la lengua antes de comprometer á la gachí que camela.

—¿Se quiere V. callar? Si no cierra V. el pico, lo planto en la calle.

—Bueno, callaré. Déme V. un ascua pá encender este cigarro.

—¿No tiene V. mistos?

—Sí tengo, pero quiero que me dé V. candela.

—Si es antojo, tome V.

—Ab! que manos, parecen amasaitas con nieve y con clavellinas.

—Acabe V.

—Ya acabo, tirana de mi persona. Deje usted que voy á besar las tenazas por el sitio porque V. las cogió.

—Mire V. que no me gusta que naide se propase conmigo,

—¿Propasarme con V? En todo caso sería con las tenazas.

En aquel instante apareció Lorenzo en la puerta, con la cara cubierta á trechos por el polvo con el que el barbero ocultó los sangrientos surcos que dejara en ella la navaja.

Después de estrecharse fuertemente las manos, sentáronse los compadres en la puerta á esperar la hora del almuerzo, interin la comadre, con el rostro como una amapola y los ojos brillantes, arrancaba soplando, torrentes de chispas á la hornilla.

Los compadres mataron el rato de espera charlando; el uno de hombradas, de valentías, del Sardinita, de la Cartagenera, de la última

vez que estuvo en chirona; y el otro de los talleres, del maestro, del dedo que se despanzuró de un martillazo, de la chaqueta que se había comprado recientemente y de otras mil nimiedades por el estilo.

Ya estaba casi agotado el tema, cuando por la encajada puerta asomó la cabeza Hermenegilda, que les dijo secamente.

—Vamos, el almuerzo está en la mesa y se enfría.

—Santa palabra—murmuró Lorenzo levantándose con el rostro risueño, interin Churrette miraba de reojo, con calenturienta avaricia, el cuerpo de la buena moza.



IV

Cuando Sardinita se vió burlado por la Cartagenera y por Churrete, sintió infinito desconuelo.

El quería á aquella mujer como no quiso á ninguna; no encontró en ella el hastío tras el placer y fué arraigándose en él tanto este cariño, que sentía sus raíces en lo más hondo de sus entrañas. Desde que la conoció, varió por completo de método de vida; apenas si frecuentaba los garitos, nunca se emborrachaba, no tiraba el jornal y su mayor goce consistía en gastarse sus ahorros en comprarle cualquier fineza á aquella mujer, que consiguió entronizarse en su alma.

Esta fué su perdición; á la Cartagenera le sucedía lo que á casi todas las mujeres de su calaña: necesitaba un método de vida apropia-

do á su temperamento y á su educación cínica y brutal. Nacida para vivir entre tempestades, le daba hastío la tranquilidad de un día sereno; acostumbrada á besar la mano que la golpeaba, repugnábale hacer lo mismo con la que sólo tenía para ella dulces caricias, y á la primera coyuntura feliz hizo lo que podía esperarse: salió de aquella tranquila ensenada, buscando los borrascosos amores de Churrete.

Sardinita, aquel hombre tan grande, lloró de rabia, de pena, de celos, y pensó morir de angustia el primer día en que vió solitario y triste el nido de sus amores.

Hubiera dado de puñaladas á Churrete, pero sentía hondo terror ante aquel hombre; había éste adquirido sobre él inmensa supremacía y tascaba el humillante freno sin atreverse á quebrantarlo.

Mil planes de venganza volteaban en su cerebro, y mil veces, al pasar cerca de Churrete, sintió vehementísimos impulsos de hundirle en el cuerpo su cuchillo, tantas veces como lágrimas había derramado.

Desde que la Cartagenera quedó establecida en la calle del Cristo, consolábase algo nuestro hombre viéndola alguna que otra vez al pasar. El primer día que se atrevió á desfilarse ante la taberna, cerró los ojos; al segundo los abrió lo más que pudo y al tercero quedóse mirándola trémulo y emocionado.

Ella le volvió las espaldas, riendo descaradamente.

Mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, se prometió no pasar más por allí; pero al día siguiente, vuelta á las andadas; parecía que para ir á cualquier lado, era preciso pasar por a calle del Cristo.

Muchas fueron las veces que sintió grandes tentaciones de penetrar en la taberna con el pretexto de tomar unas copas; pero al llegar á la puerta flaqueábanle las piernas y se le empañaba la vista.

Cuando llegó á sus oídos el alejamiento de Churrete, se le alegró el corazón y se dió á pensar en el medio de terminar las relaciones de éste con la Cartagenera.

Siguió los pasos á Churrete; investigó los menores detalles de su vida, y no tardó mucho en enterarse de sus pretensiones con la Hermenegilda.

Pensó ir á decirselo á la Cartagenera, decirselo con objeto de que rabiara un poco.

— Ella nose lo va á contar á Churrete, — pensó — y si se lo cuenta, si se lo cuenta, allá veremos que pasa.

Aquella noche fué mas reposado su sueño y soñó que la Cartagenera, aquella pobre oveja descarriada, volvía al redil de sus brazos, arrependida de sus pasados devaneos.





V

El escenario no podía ser más brillante; á un lado el mar, inmóvil, dejando en su casi imperceptible flujo y reflujo cristalinos regueros de espumas sobre la arena; y rompiendo la inmensa monotonía de sus sábanas azules, algunas barcas pescadoras, al aire la blanca lona de sus velas, hinchadas por la brisa.

Al otro lado, el arroyo, seco á la sazón; y á derecha é izquierda de éste, montes rematados por caprichosas diademas de rocas, y tapizados por romeros y tomillares, por esos verdes incensarios de la montaña.

El sol, en mitad de su carrera, inundaba de luz el cielo, resplandeciente dosel de zafir de la engalanada campiña.

Era esa hora en que todo se adormece en el campo, en que duermen la siesta las aves y los

insectos. Las auras marinas refrigeraban el seco ambiente canicular agitando las ramas de los árboles que, agobiadas de calor y de polvo, inclinaban al suelo su ramaje.

En el fondo de una cañada, estaban Hermenegilda, Churrete y Lorenzo.

Fueron á celebrar el día del santo de la primera, y en el momento en que los presentó á mis lectores, acababan de llegar.

Colocaron al pié de un árbol el cesto rebosando fiambres, la bota repleta de vino, y la guitarra que Churrete llevó para lucir sus habilidades.

La comadre tiraba de espalda, por lo fresca y hermosota; una traicionera bata de percal ramado cubría su cuerpo, y la califico de traicionera, porque aunque Hermenegilda se la puso para cubrir desnudeces, el pícaro vestido ceñíase de tal modo, que no había en su cuerpo curva que no delatara. El pañuelo, color granate, que colocó á su cabeza al salir, tenía arrollado al cuello, no sé si por comodidad ó por lucir la reluciente crencha de palisandro y la rosa, ya algo mustia, que prendió en ella. Su busto estaba envuelto en rico mantón de Manila. Este mantón era regalo de Churrete; este presente hecho en el día de su santo, no tenía nada de particular: era muy garboso el compadre y sabía gastarse el dinero que ganaba honradamente á costa de su grandeza de corazón.

Cuando se lo llevó aquella mañana, ella no quiso aceptarlo; pero fué tanta la tenacidad de Churrete, que la dijo Lorenzo:

—Vaya, mujer, tómallo; no ves que tiene muy dura la mollera y cuando se le pone una cosa sobre el corazón no hay más que darle gusto?

No tuvo más remedio que aceptarlo y cuando se miró y remiró al espejo, envuelta en él, sintióse envanecida. ¡Valiente mantón! ¡y que no lucía mucho en su persona!

Ya acomodados en el sitio elegido:

—¡Valiente canina tengo!—dijo Lorenzo.

—¡Josús y quien eres!

—Déjelo V., comadre, que á Dios gracias lo que sobrá es gandaya.

—Pero si no hace diez minutos que hemos llegado.

—No importa, vamos á poner la mesa.

—No piensas más que en comer—refunfuñó Hermenegilda sacando los manteles.

Diez minutos después arreglábase cada cual á su gusto, dándole que hacer á las quijadas y desocupando la bota.

Churrete tuvo para su comadre esas galantes atenciones que se tienen con la mujer que se ambiciona.

Lorenzo, por el contrario, pues hasta para comer era formalote, durante media hora no dijo ésta boca es mía, por no perder bocado, y

por no dejar de hacer gorgoritos, mirando al cielo, con la bota empuñada.

—No bēbas más, hombre, que vas á dar un reventío.

—Déjelo V., el vino entona, pero no emborracha.

Hermenegilda no había dejado de entonarse un poco y le chispeaban los ojos.

Cuando terminaron y ella hubo recogido los restos de la merienda, dijo:

—Ahora es menester que cante V., compadre.

—Pues, ya lo creo, y V. también va á cantar, para que á los jilgueritos se les pongan las crestas más coloraitas de envidia.

Y diciendo esto cogió la guitarra ¡y vaya unas manos de oro!; cada uno de sus dedos parecía una caja de música.

—Venga de ahí azuquita y canela por esa boca, comadre.

Esta no se hizo rogar, echó la cabeza atrás y cantó con voz argentina y con el estilo más neto de la tierra.

Yo tengo mi corazón
con mi pensamiento en guerra,
dice el uno que te ame,
y el otro que te aborrezca.

—¡Olé, bendita sea tu boca!—gritó Churrete, estremecido de deseos y mirándola con sensual avaricia.

La comadre, caldeada por el vino, por el sol y por el regalo, respondió á aquella mirada con otra traicionera y chispeante.

Lorenzo habíase tendido, panza arriba, con el sombrero sobre los ojos, para resguardarse del sol, y amodorrado por el exceso de comida y de vino, quedó á poco hecho un leño á los piés de un árbol.

—Vaya, compadre, á V. le toca.

Churrete cantó, como él sabía hacerlo:

Lo que no te diera nadie
diera yo por tí, serrana;
hasta las santas cenizas
de mi mare de mi alma.

Hermenegilda cantó conmovida:

El hombre que quiere bien,
lo mismo que el peregrino,
debe tener más paciencia
mientras más dure el camino.

Acabada la copla, los ojos de los dos entablaron no sé que misteriosos diálogos de luz, mientras Lorenzo roncaba como un bendito.

Algunas horas después, cuando el campo empezaba á llenarse de penumbras y las crestas de los montes perdían sus áridos contornos en las sombras, se dirigieron los tres á la capital.

Lorenzo no podía trazar una recta en su camino; su rostro tenía esa expresión peculiar de los borrachos y los idiotas.

Delante iba Hermenegilda preocupada, mi-

rando de saslayo á Churrete, que avanzaba contenteándose y con la cara radiante de alegría. ¡No era para menos!, tenía muchas esperanzas de vencer la virtud de la comadre. Era mucho mantón aquel que la había regalado.



VI

Preocupada estaba la Cartagenera, y cuando vió entrar á Sardinita no pudo menos que sorprenderse; pero hizo un esfuerzo y sonrió con ironía.

Sardinita sentóse en un ángulo del zaquizamí, delante de una mesa desvencijada y que al menor contacto perdía el equilibrio.

Su rostro estaba algo contraído, y en vano quería aparentar una serenidad que no tenía.

—¿Qué va V. á tomar, mozo bueno?—le preguntó la Cartagenera, con sorna, acercándose con lentitud á la mesa.

—Pues traiga V. una miagita del legítimo montillano y dos copas: una pa V. y otra pá mí.

—Pá que se va V. á meter en esas honduras;

beba V. solito; yo no quiero beber porque el vino me irrita.

—¡Vaya!, si tiene V. aprensión, beberé yo solo.

—Aprensión yo!. ¡Jesús!, pues ni que fuera V. el Sacamantecas. Vaya, hombre, que me ha hecho V. gracia; voy por la botella y por dos copas pá que bebamos hasta que S. Juan baje el deo.

Poco después colocaba violentamente sobre la mesa una botella y dos vasos, y sentábase frente á Sardinita.

Aquellos dos seres que se habían querido, que habían disfrutado un tiempo, aunque breve, la íntima vida conyugal, se miraron con aparente indiferencia; pero un observador hubiera notado en la mirada de él esa luz sombría que flota en los ojos del hombre celoso.

Ella parecía más serena, más indiferente; pero allá, en las interioridades de su pecho, no dejaba de sentir insólitas inquietudes.

Sardinita llenó las copas hasta que rebosó el vino por sus bordes.

—Vaya, tome V., quinto cielo, y beba á la salud de Churrete.

—Por nadie mejor, ni que más gusto me dé —dijo apurando la copa la Cartagenera.

—Ahora me toca á mí; —repuso Sardinita — V. ha brindado por el hombre que más quiere; yo voy á brindar porque no siga siendo plato

de segunda mesa la gachí que yo más he querido.

—Y se puede saber quién es esa gachí á la que V. tanto ha querido?—dijo la Cartagenera arrugando el ceño.

—Para qué vamos á mentarla? A las mujeres desgraciaitas se les tiene lástima y no se las nombran.

—¡Vaya por Dios!, hombre, y qué misericordioso está V. hoy; pero me da el corazón que esa mujer no es tan desgraciaita como usted se figura.

—Puede ser que no lo sea cuando esté de turno.

Una oleada de sangre puso rojas las mejillas á la Cartagenera, la que, llenando á su vez los vasos, dijo con acento incisivo:

—Está bien; ahora voy yo á brindar por los hombres embusteros, cobardes y sin lacha.

Sardinita se mordió los labios, clavóse con rabioso encono las uñas en la cabeza y murmuró:

—De esos hombres hay muchos, lo mismito que hay muchas mujeres que porque le llenen la barriga son capaces de aguantar carros y carretones.

A ella le chispearon los ojos de rabia, y aferrándose convulsa á los bordes de la mesa y colocando su rostro lívido de coraje á dos dedos



de el de Sardinita, le preguntó con ira reconcentrada:

—¿Eso lo dice V. por mí?

—Quite V. allá, criatura; yo respeto mucho á las emperatrices. Eso va por la gachí á quien yo he querido tanto.

—¿De veras?

—Tan de veras.

—¿Y qué es lo que le pasa á esa mujer?

—Pues ná; que un día se fué de mi lado porque le daba vergüenza de estar con una persona decente y se lió con un personaje, y este personaje, así que se ha desengañao, la ha metió en una ermita pá que haga penitencia, y él está en apaño con una comadre suya que es una diosa, y á la que le ha regalado un mantón que vale un imperio.

—Eso es mentira—gritó la Cartagenera tartamudeando de rabia.

—Puede ser, ¿pero á qué vienen esas ventolinás? Allá se apañen ellos, tome V. un cristallito.

—Yo nõ bebo más con un pérdis como V.

—Bueno, Dios se lo pague; otra vez me dará V. otra cosa—repuso Sardinita levantándose y sacando medio duro, lo echó sobre la mesa.

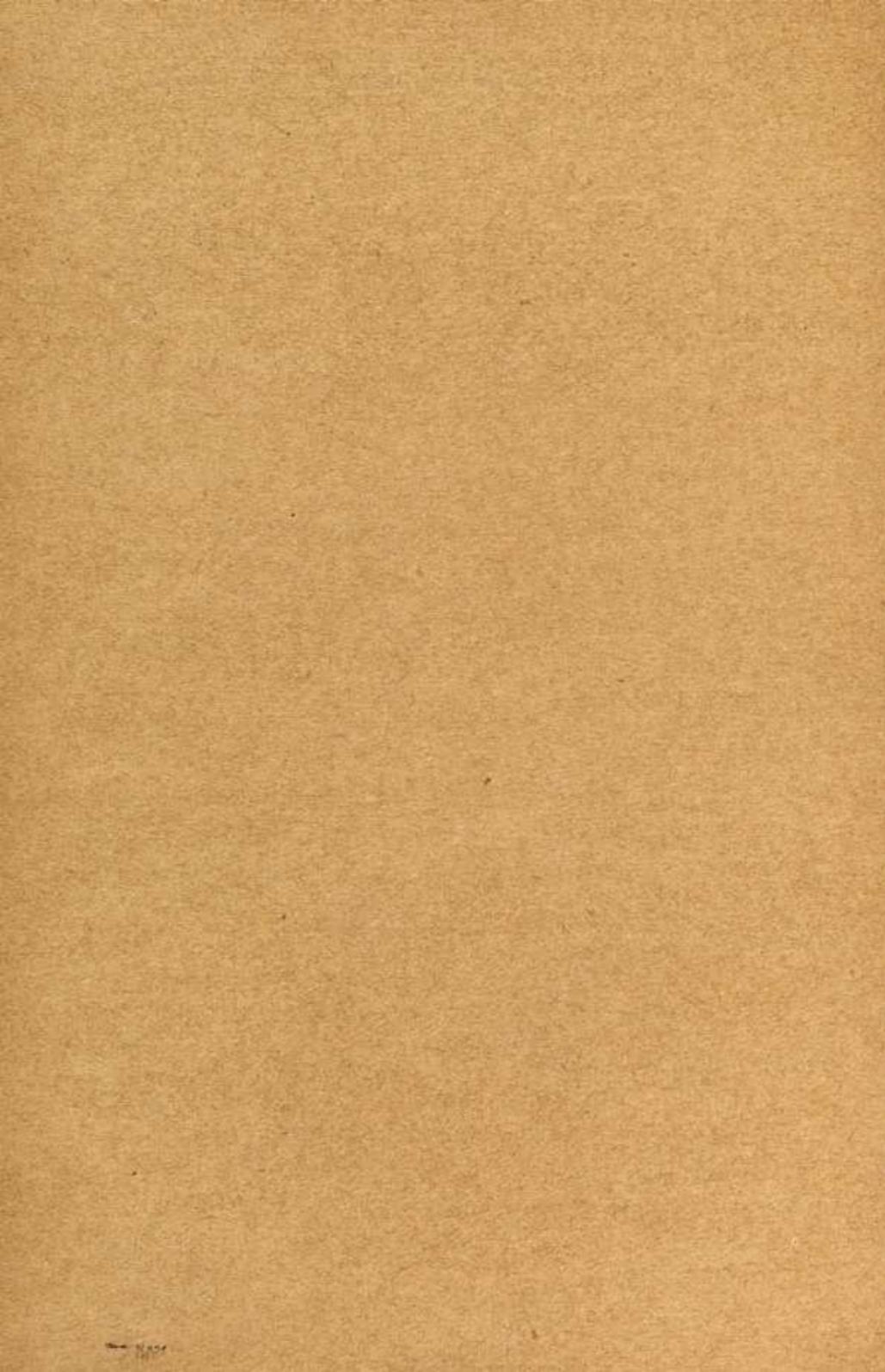
—Vaya, adios, archiduquesa—dijo con ironía, —cóbrate, y la vuelta guárdala pá tila.

Al decir esto salió rápidamente, y cuando la

Cartagenera, hecha un veneno, asomóse al zaguán, doblaba él la esquina.

Temblorosa y sombría situóse de nuevo de trás del mostrador, murmurando con acento ronco:

—Si es verdad lo que ese charrán me ha dicho, que se ponga la comadre bien con Dios.





VII

Eran las nueve de la mañana. Hermenegilda, puesta de trapillo, andaba de acá para allá, colocando las cosas en orden, limpiándolo todo, no sin que algunas veces quedara pensativa y hablara á regañadientes consigo misma.

Pensaba en Churrete, en aquel Churrete que empezaba á manchar su conciencia y á despertar sus sentidos. Ella no tenía la culpa; era de Lorenzo, sí, de Lorenzo. Este se empeñó, con loca tenacidad, en meterlo en la casa, en ponerlo en contacto con ella, en que aceptara el mantón; indudablemente, si Lorenzo era un santo, la santidad es á veces el primer peldaño del idiotismo.

Cuando más abstraída estaba, la Cartagenera asomó en el dintel de la casa.

Venía esta envuelto el busto en amplísimo

mantón blanco de mallas, con un pañuelo de seda celeste en forma de vicera sobre la frente, y con un vestido de percal encarnado.

—¿Da V. su premiso, señora?—preguntó desde la puerta.

Hermenegilda abrió mucho los ojos y palideció densamente.

—Que si da V. premiso, ¿ó sá menester una solicitud en papel sellao, pá entrá en esta casa?

—Pase V., hija; como rempujó V. tanto la puerta pá entrar, me pensé que era V. el amo.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo!

—¡Vaya, bien!; ¿V. me conoce á mí?

—No señora; yo ná más que pá servirla; ¡ya se vé!, como yo no me trato con señoronas, porque me dan sudores...

—¿Sabe V. que me va gustando mucho, pero mucho, el retintín?

—¿Sí, hija mía?, cuánto me alegro; y ¿qué es lo que V. tiene que mandarme?

—Pues verá V., yo venía á hablar con usted cuatro palabras; pero si le parecen muchas, las dejaremos en tres ó en dos.

—¡Qué disparate!, de lo de Dios, mientras más, mejor.

—Pues, yo venía, señora, á decirle que es una lástima lo que está V. haciendo.

—¿Y qué es lo que yo estoy haciendo?

—Una mala faena. Churrete es mi hombre y me lo está V. engriendo; y como es un contra Dios, se me ha puesto sobre el corazón que eso se acabe.

Hermenegilda se puso roja de cólera, y con voz trémula murmuró:

—¿Sabe V. bien lo que dice? No sabe usted que pá nombrarme á mí hay que enjuagarse la boca con agua de jazmines? ¿Que yo estoy engriendo á Churrete? No sé como no la cojo á usted y me bailo un zapateao sobre su real persona.

—No se ponga V. tan alta de pelo, que lo que yo he dicho ha sío la fija; y las verdades son las que amargan, y eso del zapateao me parece grilla, que al venir aquí, no me dejao en casa las manos, y se le pudieran ladear á usté los tacones de las botas.

Nunca le hubiera caído en mientes á la Cartagenera ir á gallear con la Hermenegilda. Eca esta el mismísimo demonio cuando se le subía la sangre al último piso. Así fué que, sin escuchar una palabra más y no encontrando frase suficientemente infamante con que ultrajar á la Cartajenera, arrojóse sobre ésta, y no fué chica paliza la que se propinaron aquellas hurfés de mi barrio, en aquella reducida antesala.

Cuando salió la Cartagenera, con el rostro arañado y con el cuerpo lleno de verdugones, Hermenegilda, no menos mal parada, se echó á

llorar como una Magdalena; más que por lo dolorida que la dejó aquella batalla, por los ultrajes que la habían inferido.

Cuando más engolfada estaba en su dolor, apareció Churrete en la puerta.

—¿Qué le pasa á V., comadre?—murmuró sorprendido.

—Ná, naita,—dijo colérica y llorosa;—que la Cartagenera, esa mala mujer, acaba de salir de aquí; que me ha puesto como un guiñapo; que me ha dicho que lo estoy á V. engriendo...

Churrete no escuchó más y salió de la casa como despedido por una catapulta.



VIII

—¿A dónde tan temprano, zeñá Frasquita?

—A comprar unas cosillas pá la muchacha.

—Se enteraría V. de lo de ayer.

—Ya lo creo, ¡probetico Churrete!; dicen que Sardinita lo mató á traición.

—Pues está claro; cara á cara no se hubiera aterminao, ¡lástima de hombre!, tan valiente y buen mozo como era.

—¿Y V. sabe cómo fué la cosa?

—Sí, señora; como que me lo ha contaó el Zurdo, que vive enfrente de la Cartagenera.

—¿Y qué? Dicen que Churrete estaba de espaldas.

—Verá V.; según cuentan, Sardinita estaba en la taberna cuando entró Churrete. Este iba abróncao por no sé qué mala chaná que le habían hecho, y parece que hubo de tomarse de

palabras con ella. Sardinita estaba en un rincón y Churrete no se apercibió de su presencia. Este, al ver que la otra le respondía de mala manera, como tenía tan malas pulgas, parece que le atizó dos guantazos.

—Y entonces...

—Entonces, Sardinita se fué hacia él y le dió una puñalada por la espalda.

—¿Y murió ensegua?

—Como que no dijo Jesús.

—¿Y Sardinita?

—Le entró tal pasmo de miedo, que se dejó cojer como una oveja.

—¡Probetico Churrete, tan buena persona y tan macareno como era!

—Sí que sí; esta tarde lo echan á la tierra. Mi Juanico lo vió en el Campo-santo, y dice que los médicos han hecho con él una judiada, que lo han abierto de par en par.

—¿Y ha dejado algún dinero?

—¡Dinero! ¡qué había de dejar!; pues si su compadre ha tenío que malbaratar un mantón de Manila que el muerto había regalado á su mujer, pá pagarle un entierro medio decente.

—Y es verdad lo que dicen por ahí, que Churrete y la Hermenegilda...?

—Vaya V. á averiguarlo; yo no metería la mano en el fuego ni quiero tener mala lengua; pero Churrete era mú largo y no se iba á gas-

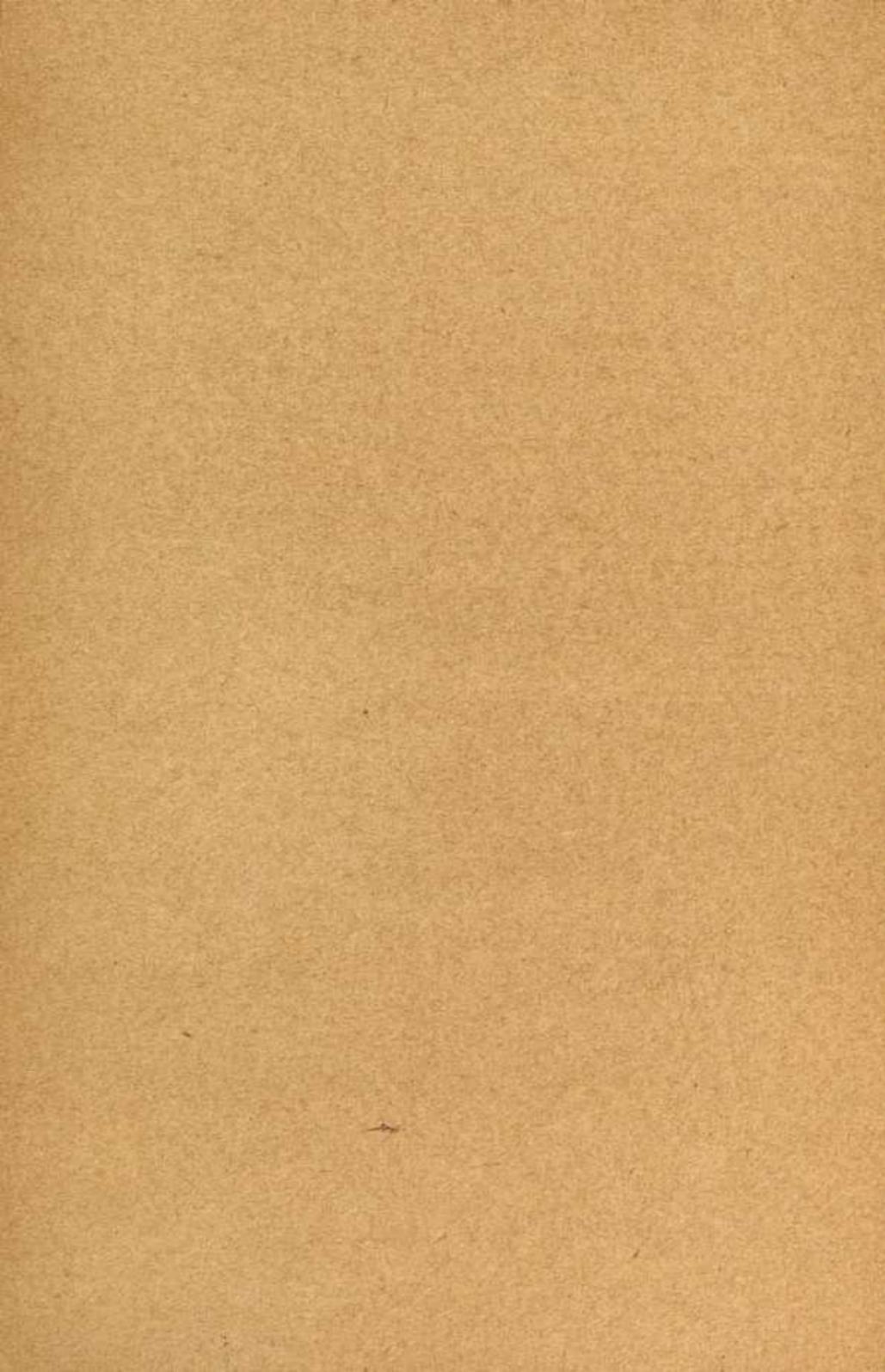
tar de lila cincuenta duros en un mantón pá ella.

—Lo mismo pienso yo, ¡lástima de Lorenzo! es un santo.

—Déjeme V. á mí de santos en estos tiempos; ó ese hombre es mú tonto ó hacia la vista gorda. Por allí viene.

En aquel instante guardaron silencio aquellas dos buenas personas, al ver á Lorenzo asomar por la esquina.

Venia éste con la cabeza baja, agobiado de dolor; iba á enterrar al pobre Churrete, á aquel famoso prohombre á quien la ingrata historia no ha reservado una página en su libro de oro, ni la posteridad ha levantado un monumento para eternizar su memoria.



EN LA PEDREA



EN LA PEDREA

La hierba se enroscaba bajo las caricias del ardiente sol estival; guarecíanse los insectos en sus sombrías guaridas; los pájaros, con el pico abierto y caídas las alas, adormecíanse en el ramaje, y sobre el seco, á la sazón, cauce del río, todo era quietud y silencio.

Busqué amparo á la sombra de algunos árboles aislados en la linde de un espeso cañaveral, y cuando empezaba á aburrirme y á dudar de las noticias que me dieron, ví destacarse por la cuesta del Legío algunos desarrapados, diez ó doce, entre los cuales ví algunos adalides tan ilustres como el Trompeta, el Giboso, el Gani-tas y el Colillero.

Sucios, rotos, descalzos, alegres y ágiles co-

mo ardillas, los ví avanzar golpeándose, corriendo, saltando, entre doradas nubes de polvo, brillantadas por el sol.

Nada más pintoresco que la indumentaria de aquellos veteranos, pues mientras el uno ostentaba con marcial donaire un gigantesco gorro de papel, el otro apenas cubría el vértice de la cabeza, curtida por chichones y descalabraduras, con uno á modo de residuo de gorra desgarrada y mugrienta; mientras este lucía al aire las curtidas piernas, aquel hundía las suyas en inconmensurable pantalón de soldado, sujeto á la cintura por una tomiza, ó por alguna honda fuera de uso de las pasadas campañas.

El Trompeta, el famosísimo Trompeta, cuyo nombre hacía temblar de espanto á los más valientes Capuchineros, á los más denodados caudillos del Perchel, del Bulto y la Coracha, era el general en jefe de aquel lucido pelotón.

Formal, altivo, apuesto el continente y con la mirada avizora, marchaba el primero, sin mezclarse en los retozos de sus subordinados, y sólo si alguno de éstos permitíase algunas libertades impropias del momento, era de ver al denodado guerrillero abdicar de su pomposa actitud y propinar al importuno un pescozón y un epíteto, capaces de conmover á una montaña.

Al llegar al ruinoso muro que sirve de pobre

valladar al río en sus grandes crecidas, detuviéronse aquellas escasas, aunque aguerridas huestes, á una simple indicación del Trompeta, el cual, colocándose ambas manos sobre los ojos, á modo de pantalla, inspeccionó durante algunos minutos los alrededores.

—Sámenester dir á reconocer el cañaverá; ostedes se esperan aquí.... tú, Giboso, vente conmigo y tú, Ganitas, y tú, Colillero, y tóo ostedes, mucho cudiao con salir de pira como la otra tarde; y si vienen mientras nosotros volvemos, crugir bien las hondas pá que os oigamos, y si me sienten ostedes silbar, se vienen juyendo tóos conmigo.

Y después de dictar el Trompeta estas disposiciones con voz clara y enérgica, saltó con agilidad de gimnasta el ancho parapeto, y él y su diminuto teniente se dirigieron, rápidos y silenciosos, á la margen opuesta del río.

En tanto que los jefes exploraban el terreno, los demás, inquietos y mudos y llenos de temor, se agrupaban, como pidiéndose mutuamente amparo y protección: ¡la duda enerva los espíritus!; indudablemente, la incertidumbre es más terrible que la más terrible realidad.

Pocos minutos habían transcurrido, cuando de pronto vi al Ganitas desceñirse rápidamente la honda de la cintura, y escuché su penetrante grito de alarma.

Habían sido los goleteros sorprendidos por

sus valientes adversarios; éstos, ocultos tras el corral de la casa de la Paloma, habían esperado, sin duda, á que el Trompeta y el Giboso se internaran en el cañaveral y llegado que creyeron el momento oportuno, lanzáronse al descubierto.

Al grito de Ganitas, las escasas huestes del Trompeta, sorprendidas y acobardadas, intentaron huir; pero el Ganitas, lleno de noble indignación, increpó á los que huían, y ardiendo en bélico entusiasmo, avanzó sereno y magestuoso y disparó con certera puntería el primer enorme proyectil á las filas enemigas.

Se detuvieron avergonzados los que intentaban huir, y colocándose cada cual donde mejor le vino en mientes, dieron por entablada la lucha. Empezaron á hendir las piedras el cristalino espacio; el vibrante crujir de las hondas á remedar secas detonaciones y á increparse los combatientes con gritos de amenaza y terribles imprecaciones.

Algunos de los proyectiles llegaron hasta mí, y mientras me guarecía tras los árboles lo mejor que pude, ví á la ventorrillera la Paloma salir desolada, para hacer entrar á sitio más seguro á la numerosa prole que se revolcaba feliz é independiente bajo el verde parral de la puerta.

Los capuchineros, más numerosos, pero menos aguerridos, no lograban avanzar un paso;

el más audaz de ellos, el Cabezón, había quedado fuera de combate al pretender un avance, herido en la cabeza por uno de los certeros disparos del Ganitas.

Entretanto, el Trompeta y el Giboso habían penetrado en el cañaveral, y cuando después de reconocer aquellos contornos se convencieron de que sus contrarios no andaban por allí, se dispusieron á desandar lo andado. Yo les ví atravesar por cerca de donde yo estaba, y al oír el grito de alarma del Ganitas, que llegó hasta ellos desvanecido por la distancia, miré al Giboso saltar hacia adelante y al Trompeta detenerlo bruscamente por un brazo y después de ordenarle que aguardara, abrazarse al nudoso tronco de una encina y trepar con prodigiosa rapidez á sus laberínticos ramajes.

Desde allí contempló con ceño adusto el conato de dispersión de sus huestes y le chispearon los ojos de placer al ver la heroica actitud del Ganitas.

—Por aquí, vente por aquí,—gritó saltando del árbol—pá cogerlos por la espalda.

Corrieron los dos adalides hasta situarse á espaldas de los capuchineros, y ya allí lanzaron su penetrante grito de guerra.

esAl e grito, contestaron con una inmensa gritería de júbilo los goleteros, mientras los de Capuchinos vuelven la vista azorados, el miedo enerva sus energías y en vano sus jefes

pretendieron detenerlos en su vertiginosa fuga. Yo en aquella ocasión pude convencerme de que el miedo parece poner á veces alas en los tobillos á los más denodados gladiadores.

Un grito de victoria resonó en el campo de los goleteros; todos estaban ebrios de placer; sólo algunos se dirigían taciturnos y cariacontecidos á la linde del cañaveral; uno cojeando, otro con las manos en la cabeza; aquellas eran las víctimas, los que habían conquistado el triunfo á costa de algún chichón, cardenal ó descalabradura.

Lentamente se replegaron todos al sitio donde yo estaba, y pronto se armó entre ellos terrible barahunda, donde se pegaban por hacerse oír y por querer ser cada cual el primero en contar sus proezas de aquel día.

El Trompeta, al fin, logró imponer silencio, merced á algunas elocuentísimas y contundentes razones, y echando mano al bolsillo de la desgarrada chamarreta, sacó un chicote, que encendió con petulante lentitud.

Dió en él varias chupadas el Trompeta con sibarítica expresión de deleite y después pasó el chicote al Giboso, que á su vez, después de hacer lo mismo, fué á darlo al que estaba más cerca; pero el capitán interpuso la flacucha y renegrida mano.

—No, á ese nó, al sigundo tiniente—dijo señalando al Ganitas.

Este dió un salto de alegría y batió las palmas, mientras los otros le miraban con mal disimulado despecho por el rápido ascenso en su carrera.

Pocos minutos después se alejaban todos aquellos aguerridos campeones y volvió á quedar la llanura en silenciosa quietud.

Dejando el sombroso abrigo desde donde contemplé la tremenda lucha, me dirigí á la población, y al pasar por casa de la Paloma ví á ésta entreabrir la puerta, y después de refunfuñar un centenar de maldiciones contra los invasores de aquella soledad, dar de nuevo suelta á sus rapaces, para que se revolcaran de nuevo sobre el terrizo suelo, donde el sol dibujaba al atravesar los calados de esmeralda de las hojas, luminosos encajes y cristalinos festones de luz y de oro.



Obras del mismo autor.

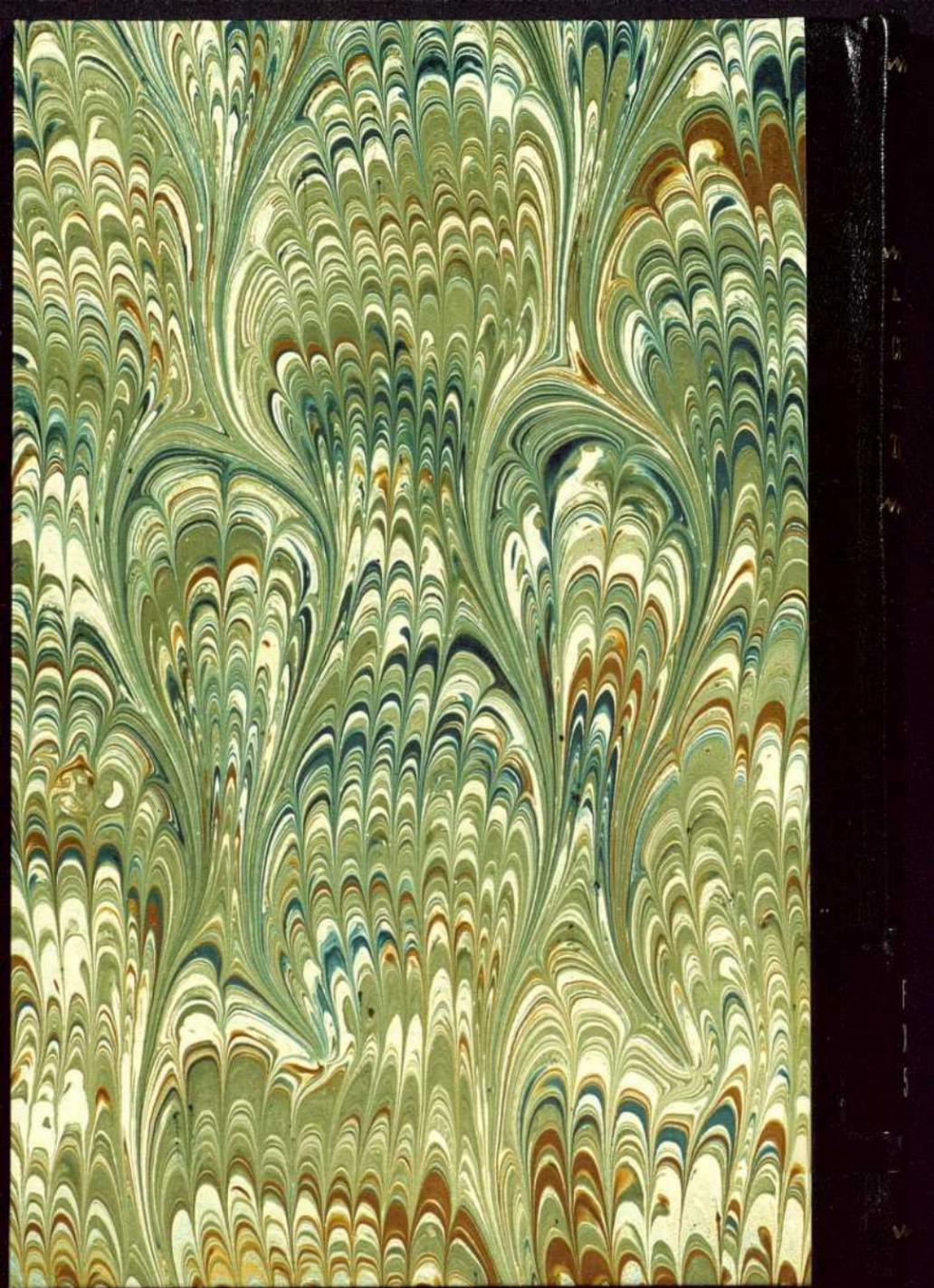


EL SARGENTO PELAYO.
RÁFAGAS,
¡ESTABA ESCRITO!
INTIMAS.
MOSÁICO.

EN PREPARACION

EN LA PENUMBRA. (POESÍAS)







A REYES

COSAS

DE MI

TIERRA



FAN

XIX

507

